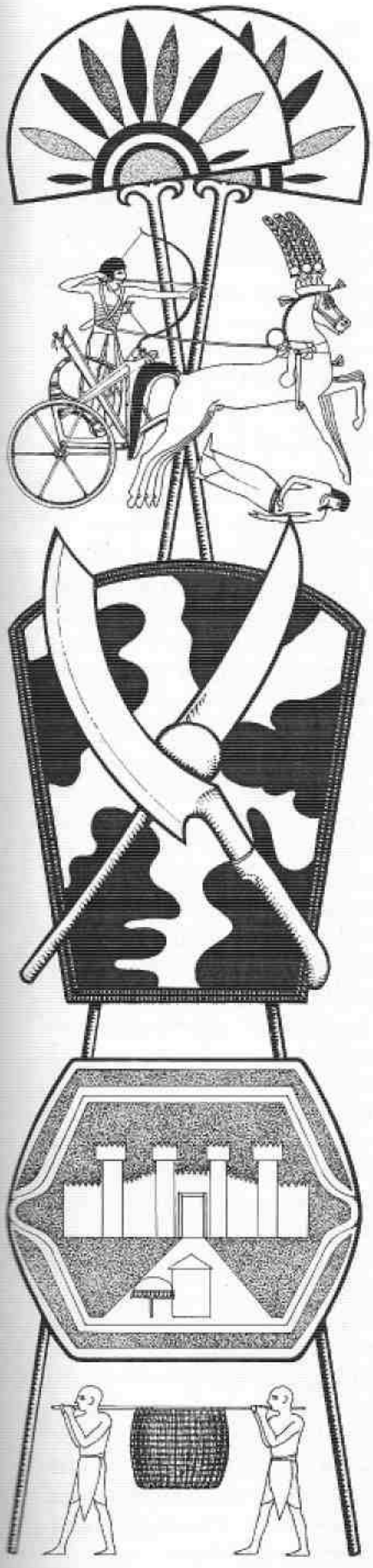


La conquista de Joppa

Cuando el rey Thutmosis III (1479-1425 a. C.) llegó al trono de Egipto en el siglo XV a. C., pasó largas temporadas luchando en Siria y Palestina para extender el imperio egipcio. A los príncipes de las ciudades conquistadas por Egipto les fue permitido seguir gobernando mientras se sometieran a Thutmosis y le pagaran tributo. Una historia escrita en un deteriorado papiro cuenta cómo el príncipe de Joppa, ciudad que hoy se conoce como Jaffa, se rebeló contra Egipto.

El principio de la historia se perdió, pero está claro que Thutmosis fue puesto al corriente de las intenciones del príncipe y, temeroso de que se le unieran otras ciudades palestinas, estaba ansioso por poner fin a la situación. El rey no pudo partir de Egipto enseguida, así que envió un ejército hacia el Norte bajo el mando de su mejor general, un hombre llamado Djhuty. Para asegurarse de que el general sería obedecido como si se tratase de él mismo, le dio su propio cetro de oro y ébano.

Djhuty y sus hombres navegaron desde el Delta a la costa palestina hasta alcanzar Joppa. Después llegaron a tierra y establecieron rápidamente el campamento. Joppa estaba rodeada de murallas y la única puerta estaba flanqueada por torres vigiladas por arqueros. Djhuty envió un heraldo para que ante las grandes puertas les retara:

—¡Rebeldes de Joppa, rendíos ante el hijo de Ra, el Dorado Horus, el Fuerte Toro surgido en Tebas, el señor de las Dos Tierras, el rey del Alto y el Bajo Egipto, Thutmosis, larga vida para él! ¡Rendíos inmediatamente, o salid de la ciudad y luchad!

La respuesta llegó al momento. El príncipe de Joppa rehusó rendirse, pero tampoco saldría de la ciudad para luchar. Era demasiado astuto como para dejar que sus hombres arriesgaran sus vidas fuera de la ciudad.

Djhuty no tenía elección, asaltaría la ciudad. Con sus escudos protegiendo sus cabezas de la lluvia de flechas, las tropas egipcias avanzaron hacia Joppa. Empujaron grandes escaleras y torres de madera contra los muros, pero los defensores aporreaban a los hombres que trataban de escalar las almenas, e incendiaron las torres de madera con flechas de fuego. Después de tres horas de encarnizada lucha, Djhuty ordenó a sus tropas que se retiraran. Las pérdidas egipcias eran serias, pero la guarnición de Joppa había sufrido muchos daños.

Esa noche se sentó en su tienda, preguntándose cómo seguir la

contienda. Había pocas posibilidades de asaltar la ciudad y el sitio podía durar años. Djhuty sabía que era precio utilizar la astucia.

A la mañana siguiente, Djhuty envió su heraldo a las puertas de la ciudad con una carta para el príncipe de Joppa. Los soldados situados sobre los muros bajaron una cesta por medio de una cuerda, el enviado de Djhuty metió la carta en la cesta, que fue elevada y conducida a palacio. El príncipe leyó la carta con desprecio; era sólo otra demanda para que se rindiera, pero advirtió otro mensaje al final, escrito por el mismo Djhuty. En él, el general admitía que no podría hacer nada contra Joppa, pero que temía la ira y ambición de Thutmosis y que él estaba dispuesto a discutir personalmente con el príncipe.

Rápidamente envió una carta a Djhuty acordando una tregua temporal y un encuentro a campo abierto entre la ciudad y el campamento egipcio. Después del mediodía las grandes puertas se abrieron para dejar salir los carros del príncipe de Joppa y veinte de sus oficiales. Después, las puertas se cerraron estruendosamente tras ellos.

Djhuty y sus veinte oficiales, todos desarmados, se encontraron con el príncipe de Joppa y sus hombres y les invitaron a sentarse para discutir, ante una copa de vino.

Djhuty, en poco tiempo, había convencido al príncipe de que era sincero.

—Mi mujer e hijos están conmigo en el campamento —comenzó el general—, pero mañana les enviaré a la ciudad y se quedarán contigo en tu palacio, como prueba de mi buena fe. Mañana este ejército estará bajo tus órdenes, así que bebamos por la libertad de Joppa.

Todas las copas se llenaron de nuevo y los soldados de Joppa y los egipcios pronto comenzaron a beber juntos. Sólo Djhuty bebía menos de lo que aparentaba para mantenerse sobrio.

—Envía un mensajero a Joppa para que dé las buenas noticias —sugirió al príncipe—. El resto de nosotros aún tenemos asuntos que tratar. ¡Así podremos seguir bebiendo este buen vino! Es una crueldad dejar a tus caballos entre tanto polvo y bajo este horrible calor; creo que es conveniente desuncirlos y llevarlos al campamento.

El príncipe de Joppa dio personalmente la orden e incluso aceptó introducirse en la tienda de Djhuty, para mantener una conversación privada. Cuando se pusieron en camino, el príncipe dijo:

—He oído que llevas contigo el cetro del rey Thutmosis. Me gustaría verlo.

Djhuty, encantado, introdujo en su tienda al príncipe. Una vez allí, sacó de una caja de madera de sándalo el cetro:

—Aquí está el cetro del rey Thutmosis, el joven león, hijo de Sekhmet. ¡Rebelde de Joppa, sentirás la ira del rey en este mismo instante!

Djhuty estrelló el cetro en la cabeza del príncipe, dejándole inconsciente. El general, rápidamente, ató al prisionero con cuerdas de piel reforzadas con cobre y envió un mensajero al auriga del príncipe de Joppa.

—Mi general ha preparado obsequios para las gentes de Joppa —dijo el mensajero—, así verán que ahora es su sirviente. Tu príncipe ha ordenado que acompañes a los porteadores a la ciudad e informes a la princesa de Joppa de que los egipcios se han rendido y le envían tributo.

El auriga obedeció al momento y condujo el dorado carro del príncipe hacia las puertas de la ciudad, con los porteadores tras él. El obsequio de Djhuty consistía en doscientas grandes cestas, cada una de ellas colgada de un palo y llevada por dos hombres. Los centinelas escucharon el mensaje del auriga. Vieron que los porteadores no estaban armados y que los oficiales del príncipe continuaban bebiendo con los egipcios. Todo parecía estar en orden, así que enviaron seis hombres para abrir las puertas.

Los porteadores fueron conducidos por el auriga hacia palacio. Los seis hombres comenzaron a empujar las grandes puertas para cerrarlas de nuevo, cuando inesperadamente los porteadores abrieron las cestas. Soldados egipcios saltaron de ellas, con una espada para cada uno y otra para su porteador. Los centinelas dieron la alarma y lucharon ciegamente contra los invasores, pero las puertas se abrieron para dar paso a Djhuty, que había capturado a los oficiales borrachos del príncipe y conducía a su ejército hacia Joppa.

En pocos minutos, las gentes de Joppa eran forzadas por las tropas egipcias a rendirse o morir. El palacio fue despojado de sus tesoros y los guardianes cautivados. Al día siguiente, un barco navegó hacia Egipto cargado de tesoros y el príncipe de Joppa y su familia como prisioneros. Cuando el rey Thutmosis les vio, elogió a los dioses por la astucia que había demostrado Djhuty y la conquista de Joppa.

El príncipe condenado

Hubo una vez en Egipto un rey que no tenía hijos. Visitó todos los templos del país haciendo ofrendas a los dioses y rogándoles un heredero. Por último, los dioses decretaron que su deseo debería ser realizado. El rey fue en busca de su reina y nueve meses más tarde nació un precioso niño.

Esa noche, cuando el pequeño dormía mecido por su niñera, abanicado por pajes y custodiado por soldados, las Siete Hathor se presentaron para predecir su futuro. Nadie las vio entrar en palacio, nadie escuchó sus pisadas, pero de pronto las siete diosas rodeaban al pequeño observando su rostro dormido.

—Le matará un cocodrilo, una serpiente o un perro —dijeron siniestramente a coro y desaparecieron tan misteriosamente como habían llegado.

Las niñeras corrieron a decirle al rey las terribles palabras de las siete diosas, y quedó absolutamente desolado. Pero el rey determinó salvar a su hijo como pudiera, así que ordenó la construcción de un espléndido palacio en el desierto oriental. El principito fue llevado ahí con todos sus asistentes. Nunca se le permitió salir de palacio y no supo lo que era un animal hasta que hubo cumplido los siete años.

Un día, cuando tenía ocho años, el príncipe se fue en busca de alguna salida en el tejado del palacio. Desde allí podía observar la arena roja del desierto. La primera cosa que vio fue un hombre que caminaba con un perro retozando a sus pies. El príncipe estaba absolutamente fascinado sin poder desviar la atención del perro. Cuando uno de sus sirvientes subió al tejado tras él, el pequeño preguntó enseguida:

—¿Qué es eso que sigue al hombre por el camino?

En un principio, el sirviente no estaba muy dispuesto a contestar, pero finalmente dijo:

—Alteza, es un galgo.

Entonces el pequeño dijo:

—Tráeme uno exactamente igual a ése.

El niño puso todas sus ilusiones en un perro. Ninguna otra cosa le complacía. Los asistentes se vieron obligados a poner al corriente al rey. El se alarmó, pero no podía ver a su hijo desdichado y tras pensar durante largo tiempo dijo:

—Llevad al príncipe el perrito más pequeño que encontréis, eso le hará feliz.

El príncipe estaba fascinado con su perrito y jugaba con él du-

rante todo el día. Al principio, los sirvientes rondaban en torno al príncipe y al perrito por si en algún momento éste intentaba morder al pequeño. Pero el perro creció haciéndose cariñoso y dócil y todos olvidaron el peligro.

El príncipe creció inquieto y, con el tiempo, el palacio fue para él una prisión. Los sirvientes dijeron finalmente al joven lo que las Siete Hathor habían predicho el día de su nacimiento. Esperaban que estando al corriente de lo ocurrido, el príncipe querría mantenerse a salvo en el desierto, pero, al contrario, escribió a su padre:

«¿Por qué debo vivir aislado en este lugar? Si estoy destinado a morir, nada puedes hacer para evitarlo. Deja que siga a mi corazón hasta que los dioses decidan llevarme.»

El rey quedó profundamente afectado por el mensaje de su hijo, pero pensó que el príncipe estaba en lo cierto. Envió a su hijo un carro dorado tirado por dos caballos blancos, una espléndida espada, un arco y un carcaj con flechas, y le dijo que podía ir donde quisiera. El príncipe cruzó el Nilo hacia el desierto del Este, maravillado con las cosas nuevas que veía. En su abstracción no se dio cuenta de que un viejo y enorme cocodrilo emergía del agua y caminaba pesadamente hacia él. El príncipe condujo su carro hacia el Norte, con el galgo acurrucado a sus pies. Durante el día cazaba animales del desierto, como el ibis, el avestruz, la gacela y el asno salvaje; por las noches dormía bajo las estrellas. Día y noche el cocodrilo, que era su destino, le seguía.

Tras varias semanas, cuando los pies del príncipe estaban doloridos de estar durante todo el día conduciendo su carro, llegó a las tierras de Naharin. El rey de Naharin tenía una hija. La pretendían muchos de las tierras de Khor, y el rey no sabía a quién elegir de todos ellos. En vista de lo cual ordenó construir una torre con una sola ventana a setenta codos (cerca de cuarenta metros) de altura. El rey anunció que su hija se encontraba allí encerrada y que el que llegara a alcanzar la ventana de un solo salto se casaría con ella. Los príncipes de Khor se reunían junto a la torre y día tras día, semana tras semana, intentaban llegar a la ventana. Ninguno de ellos pudo saltar semejante distancia, pero ellos continuaban intentándolo, pues así podían ver a la princesa junto a la ventana y todos los que llegaron a verla se enamoraron de ella.

Una mañana, cuando los príncipes de Khor estaban entrenándose junto a la torre, el príncipe de Egipto bajó desfallecido de su carro. Los príncipes ofrecieron una cálida bienvenida al agotado viajero. Vendaron sus pies, friccionaron con perfumados aceites su tostada piel y ordenaron que le sirvieran una buena comida. Cuando se hubo alimentado y estaba descansando en una de las tiendas que se agrupaban en torno a la torre de la princesa, le preguntaron quién era.

El príncipe de Egipto no quería que nadie se enterara del terrible destino que pendía sobre él, así que contestó que era hijo de un oficial egipcio.

—Mi madre murió y mi padre se casó de nuevo. Mi madrastra me odia y yo no podía soportar su crueldad por más tiempo, así que he tenido que escapar.

Los príncipes de Khor sintieron lástima por el joven y le invitaron a quedarse con ellos. El príncipe de Egipto aceptó encantado y preguntó a sus nuevos amigos por qué se reunían alrededor de la torre.

—Desde hace tres meses —contestó uno de los príncipes—, hemos intentado llegar a la ventana de un salto, pues el que lo logre se casará con la hija del rey Naharin.

—Si mis pies no estuvieran tan doloridos —murmuró el príncipe de Egipto—, ¡probaría suerte yo mismo!

Los príncipes de Khor se rieron, y nadie tomó en serio al joven extranjero.

A la mañana siguiente, los príncipes de Khor intentaron de nuevo llegar a la ventana. El príncipe de Egipto se mantuvo a distancia observando a los príncipes saltar y caer al suelo sin llegar a la altura necesaria. La princesa de Naharin apareció en la ventana riendo al ver los desesperados esfuerzos de los príncipes de Khor. De pronto se fijó en el joven extranjero, de pie entre las tiendas. La princesa deseaba que él la mirara, pero el príncipe parecía ignorarla por completo.

Durante los días siguientes, la princesa acudió a la ventana todas las mañanas. Los príncipes de Khor estaban absolutamente encantados, no se daban cuenta de que era el joven extranjero el que llamaba su atención. Por fin, al séptimo día, cuando la princesa apareció en la ventana, el príncipe egipcio miró hacia arriba y sus miradas se cruzaron. De un solo salto llegó al alféizar. Cuando se introdujo en la estan-

cia, la princesa le recibió con un beso. Sus sirvientes corrieron a decírselo al rey de Naharin.

—¿Cuál de los príncipes de Khor es el afortunado? —preguntó el rey.

—No se trata de un príncipe —dijo uno de los sirvientes—, es sólo el hijo de un oficial egipcio que huye de su madrastra.

—¿Qué? —rugió el rey—. ¿Voy a entregar mi única hija a un fugitivo, a un don nadie? ¡Que se vaya enseguida!

Los sirvientes se precipitaron a la torre y dijeron al príncipe de Egipto:

—Regresa al lugar de donde provienes.

Trataron de empujarle fuera de la estancia, pero la princesa se abrazó a él gritando:

—¡Juro por Ra-Horakhti que, si es separado de mi lado, dejaré de comer y beber hasta que regrese junto a mí!

Los sirvientes contaron al rey lo que había dicho su hija.

—¡Matad al extranjero! —ordenó el rey de Naharin.

Y los soldados irrumpieron en la torre con sus lanzas apuntando al príncipe de Egipto. Entonces la princesa gritó:

—¡Juro por Ra que, si lo matáis, yo moriré a la puesta del sol! ¡No viviré una hora más que él!

Los soldados no se atrevieron a matar al príncipe y acudieron a decírselo al rey. Estaba muy enojado y ordenó que ambos, la princesa y su pretendiente, se presentaran ante él. Cuando el rey vio al príncipe de Egipto, orgullosamente de pie ante el trono, quedó impresionado por su noble apariencia y dignidad. Entonces le dio el beso de la paz.

—Bien, si vas a ser mi hijo, háblame de tu vida.

El príncipe repitió la historia de su cruel madrastra y la boda se celebró aquel mismo día. El rey de Naharin les proporcionó a los recién casados un espléndido palacio donde vivieron muy dichosos.

En los jardines del palacio había un lago, y una noche el cocodrilo que le siguió desde Egipto se deslizó en sus aguas, esperando al príncipe. Un demonio acuático habitaba en el lago, y no estaba dispuesto a compartir su hogar con el cocodrilo. Durante tres meses, todos los días, el demonio y el cocodrilo se disputaban la posesión del lago, lo que salvó al príncipe de una de sus tres predicciones durante ese tiempo.

No pasó mucho antes de que la princesa sonsacara a su marido la verdadera historia de su vida. Cuando escuchó la profecía de las Siete Hathor, miró con terror al galgo sentado a los pies de su marido y le pidió que se deshiciera de él. El príncipe de Egipto se rió y dijo:

—¡Qué sinsentido! ¡Ha estado junto a mí desde que era un cachorro, y no voy a matarlo ahora!

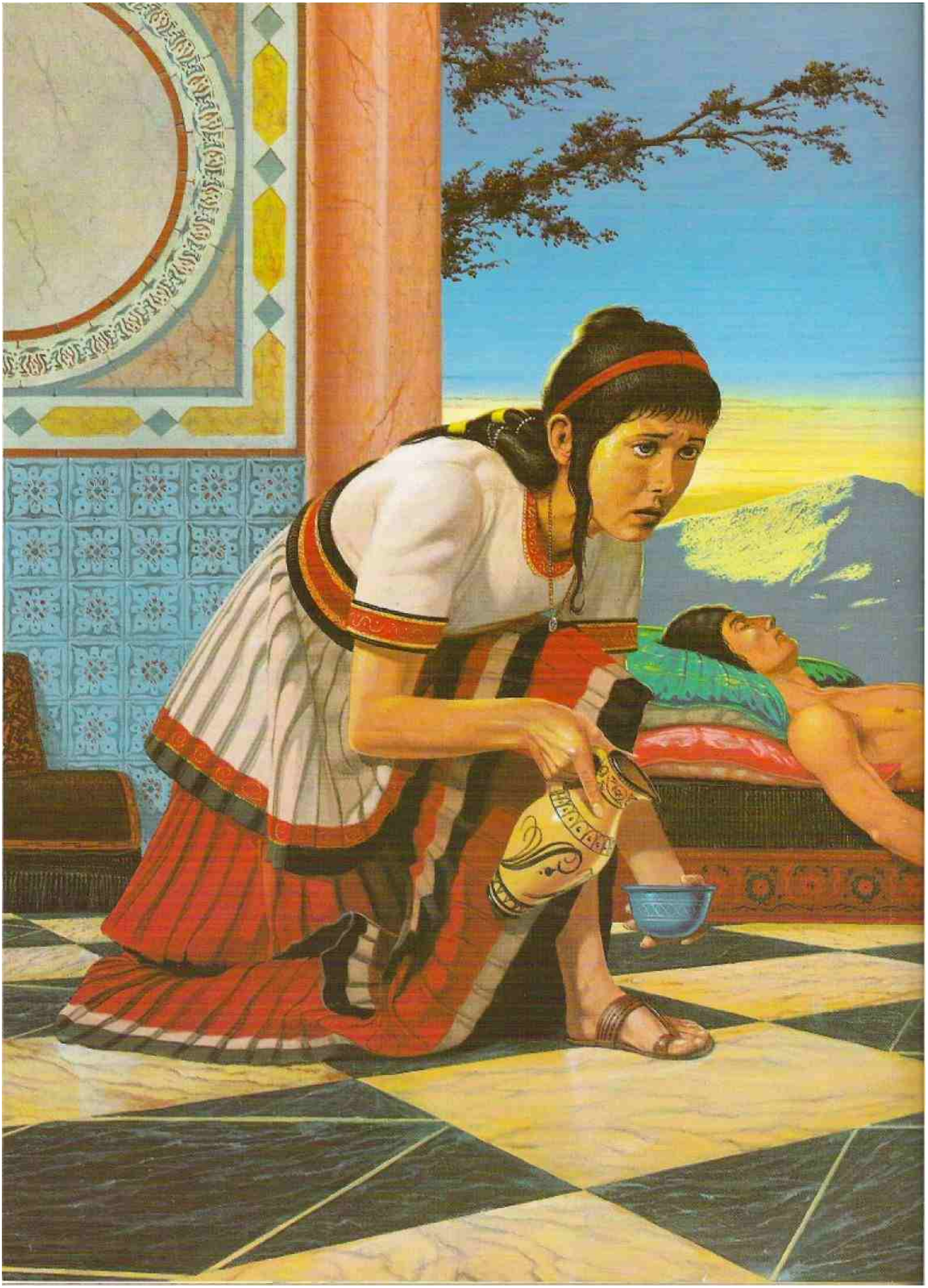
La princesa no dijo nada más al respecto, pero desde aquel día se preocupó desesperadamente por su marido. Una noche, después de una espléndida fiesta, el príncipe de Egipto se quedó dormido tan pronto como se acostó. Su esposa, sin embargo, estuvo velando su sueño. De pronto, una serpiente venenosa surgió de una grieta que había en el muro deslizándose hacia el príncipe durmiente. Su esposa cogió un jarro de vino que había junto a la cama y llenó un cuenco que depositó en el suelo, por donde pasaría la serpiente. Esta hundió su cabeza en el cuenco y se bebió todo el vino. Rápidamente la princesa llenó otro cuenco con cerveza. La serpiente tragó su contenido y se mareó hasta no poderse mover. La princesa llamó a los guardias y éstos se precipitaron sobre la serpiente para descuartizarla. El ruido despertó al príncipe que preguntó sorprendido lo que había pasado. Su esposa le enseñó los restos de la serpiente y dijo:

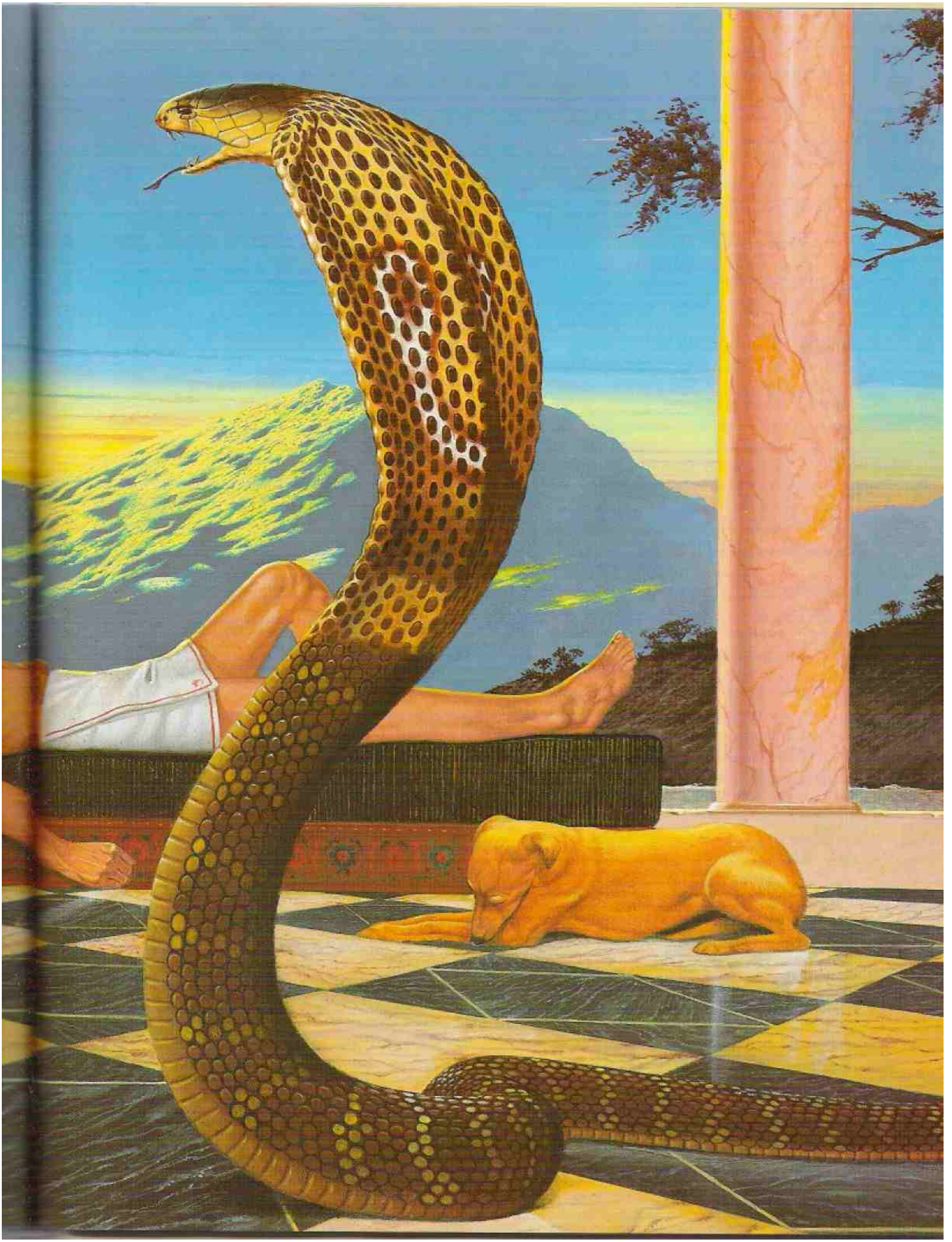
—Seguramente Ra se dignará salvarte de tus destinos. ¡Ya ha puesto uno de ellos en tus manos!

Una mañana, el príncipe decidió ir a dar un paseo por sus tierras, ya que se había despertado antes que su mujer. Su galgo le acompañaba retozando a sus pies. En un lugar alejado de los jardines de palacio, el príncipe se detuvo para admirar un lago bordeado de palmeras, y dio un tirón a su perro. De pronto, éste comenzó a gruñir. Sus ojos brillaron cuando comenzó a hablar:

—¡Príncipe, yo soy tu destino!

Saltó a su cuello y el príncipe corrió desesperado con el galgo tras él. El príncipe se metió en el lago, y el galgo burlado se quedó gruñendo junto a la orilla. Cuando el príncipe pensaba que se encontraba a salvo, el cocodrilo se le acercó por la espalda y le apresó con sus terribles mandíbulas. El príncipe casi perdió el conocimiento cuando el cocodrilo le arrastró al fondo del lago, pero aún podía respirar. El cocodrilo dijo:





—¡Príncipe, yo soy tu destino! Te he seguido desde Egipto para matarte, pero desde hace tres meses mantengo una encarnizada lucha con el demonio que habita en el lago. Ayúdame a destruir a este demonio y te perdonaré la vida.

En ese mismo instante, cuando el demonio regresó...

[Aquí termina la única copia existente de la historia. No podemos saber con certeza el final del relato, pero debió ser algo así...]

En ese mismo instante, cuando el demonio regresó, las aguas del lago se agitaron, y el príncipe fue incapaz de huir, como paralizado por un escalofrío. Cada noche, el demonio se iba en busca de una víctima que devoraba sin compasión y cada mañana regresaba a las frías aguas, pues no podía resistir el calor. Como solía ocurrir cuando el demonio aparecía, el cocodrilo atacó a su enemigo. El demonio rugió y se agitó cuando el cocodrilo clavó sus mandíbulas en su pierna. El demonio hincó sus extrañas garras en la espalda del cocodrilo y los dos enemigos rodaron por el fango. Lucharon ferozmente, pero ninguno hirió al contrario gravemente.

Con el coraje producido por la desesperación, el príncipe blandió su puñal de bronce, que era la única arma de que disponía, nadó en dirección a la verde espalda del demonio y con toda su fuerza se lo clavó. Desgraciadamente, el agua amortiguó el golpe y además las escamas eran demasiado duras para que el filo de bronce las penetrara. El demonio tan sólo sintió la molestia que puede producir la picadura de un mosquito. Volvió la cabeza con sus ojos inyectados en sangre. El príncipe, con la daga inutilizada aún en su mano, logró alcanzar la superficie, pero antes de llegar a la orilla el demonio le apresó.

Durante todo este tiempo, el galgo había estado corriendo y gruñendo alrededor del lago. La princesa de Naharin echó de menos a su marido y ella misma salió al jardín en su busca. Cuando escuchó los ladridos del galgo, supo que algo no marchaba bien. Llamó a la guardia de palacio y corrió al lugar de donde parecía provenir el alboroto.

Lo primero que vio fue al perro que gruñía ferozmente enseñando sus dientes amarillos. Siguiendo órdenes de la princesa, su guardia clavó una flecha en la garganta del galgo, que murió instantáneamente. La princesa dio un grito de espanto al ver a su marido luchando contra un monstruo en el lago. El príncipe no podía ser ayudado, pues se corría el riesgo de fallar el tiro y herir al príncipe en lugar de al monstruo.

Una espeluznante garra se aferró al hombro del príncipe, mientras la otra presionaba su cráneo. El príncipe apuñaló el escamoso pecho del demonio, que al poco tiempo se hundió en las profundidades del lago y murió. El príncipe miró al nublado cielo y dedicó unas oraciones a Ra.

Súbitamente, las nubes se apartaron, dando paso a un brillante rayo de Sol que golpeó el lago. Instantáneamente, el príncipe sintió que se debilitaba el apretón de su enemigo. Sus ojos inyectados en sangre se cegaron ante la deslumbrante luz y las verdosas escamas parecían derretirse bajo el calor del sol. Con un silbido de desmayo, el demonio liberó al príncipe, intentando de nuevo esconderse bajo el agua. Cuando su verdosa cabeza se hundió, el príncipe clavó su daga por última vez en el ojo del demonio. Este arrastró al príncipe al fondo del lago, dando un grito de agonía. La princesa con desmayo vio cómo su marido desaparecía de la superficie. Cuando la guardia se disponía a rescatarle, vieron con sorpresa que el cocodrilo cargaba al príncipe sobre sus espaldas y lo llevaba a la orilla. El marido corrió a los brazos de su esposa.

A pesar de todo lo acontecido, el príncipe lloró la muerte de su perro e hizo que fuera enterrado por uno de los sirvientes de la corte. El príncipe ofreció el lago al cocodrilo y se aseguró de que se arrojaran al agua ricas ofrendas. El cocodrilo engordó tanto que, perezoso, no quiso ya regresar a Egipto. La princesa y su esposo invitaron al rey de Naharin a una espléndida fiesta donde, finalmente, el príncipe relató su verdadera historia. El rey quedó muy complacido al saber que su hija se había casado con el único heredero de un gobernante mucho más poderoso que cualquiera de los príncipes de Khor.

Al poco tiempo, el príncipe y su mujer viajaron a Egipto para decirle a su padre que por fin se había liberado de las tres premoniciones. El rey de Egipto manifestó su gozo construyendo un precioso templo a Ra. El príncipe y la princesa vivieron largos y felices años y cada día daban gracias a Ra, el único poder que superaba al destino.

Los dos hermanos

Hubo una vez dos hermanos llamados Anpu y Bata. Anpu, el mayor, estaba casado y poseía una granja. Bata se fue a vivir con ellos, y trabajaba alegremente ordeñando las vacas, cosechando, recogiendo madera, y así hasta hacer doce tareas diarias. Nadie podía comparársele en cuanto a fuerza y astucia, y era tan sabio que comprendía el lenguaje de los animales. Cada mañana, cuando conducía el ganado a los pastos, los animales le decían dónde se encontraban las mejores hierbas, alimentándose tan bien que prosperaba la granja notablemente gracias a Bata.

Una mañana Anpu le dijo a su hermano:

—Toma un grupo de bueyes y trae un saco de semillas: ha llegado la época de arar.

Bata hizo lo que Anpu había ordenado, y los dos dedicaron los siguientes días a arar y sembrar cebada y trigo. Estaban satisfechos con su trabajo, pero cuando llegaron al último campo no quedaba suficiente semilla para sembrar, así que Anpu envió a su hermano a casa para buscarla. Bata vio a su cuñada, que estaba a cargo del almacén, sentada al sol, trenzando sus cabellos recién lavados.

—Levántate y dame semillas —le dijo—, Anpu está esperando y debo regresar rápidamente.

La mujer de Anpu hizo un nudo con sus delicados dedos y dijo sin mirarle:

—El almacén está abierto, hazlo tú. ¿No ves que estoy ocupada con mis cabellos?

Bata fue al almacén donde cogió suficiente semilla para terminar la siembra. Salió con un enorme saco sobre sus espaldas; a pesar del tamaño y la sobrecarga, sus zancadas eran largas y firmes.

La mujer de Anpu le vio a través de una cortina de pelo y murmuró:

—¿Cuánto eres capaz de cargar de una vez?

—El peso de tres sacos de trigo y dos de cebada —contestó Bata.

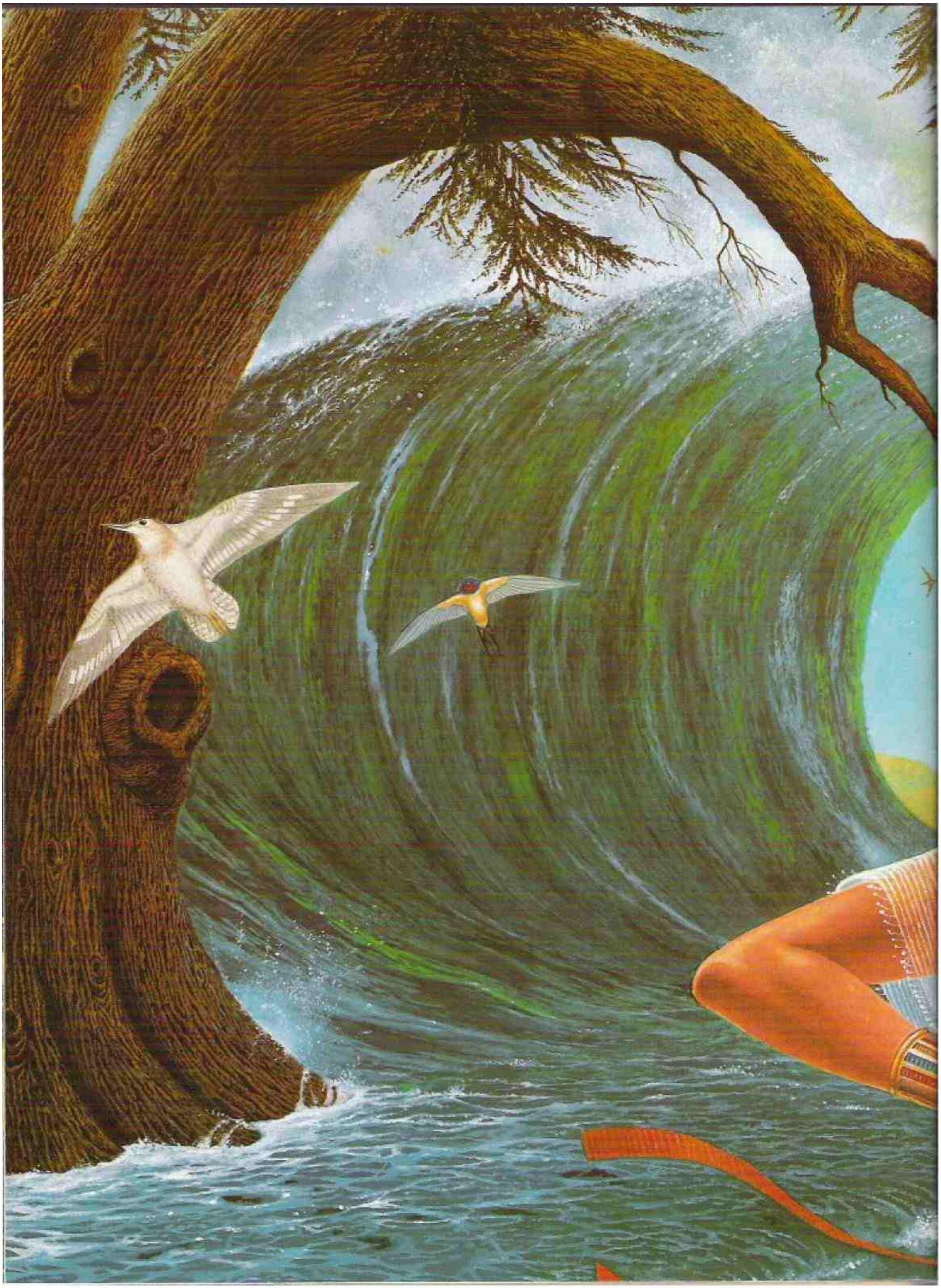
—¡Qué fuerte eres! —dijo la mujer de Anpu admirada—. ¡Guapo y fuerte!

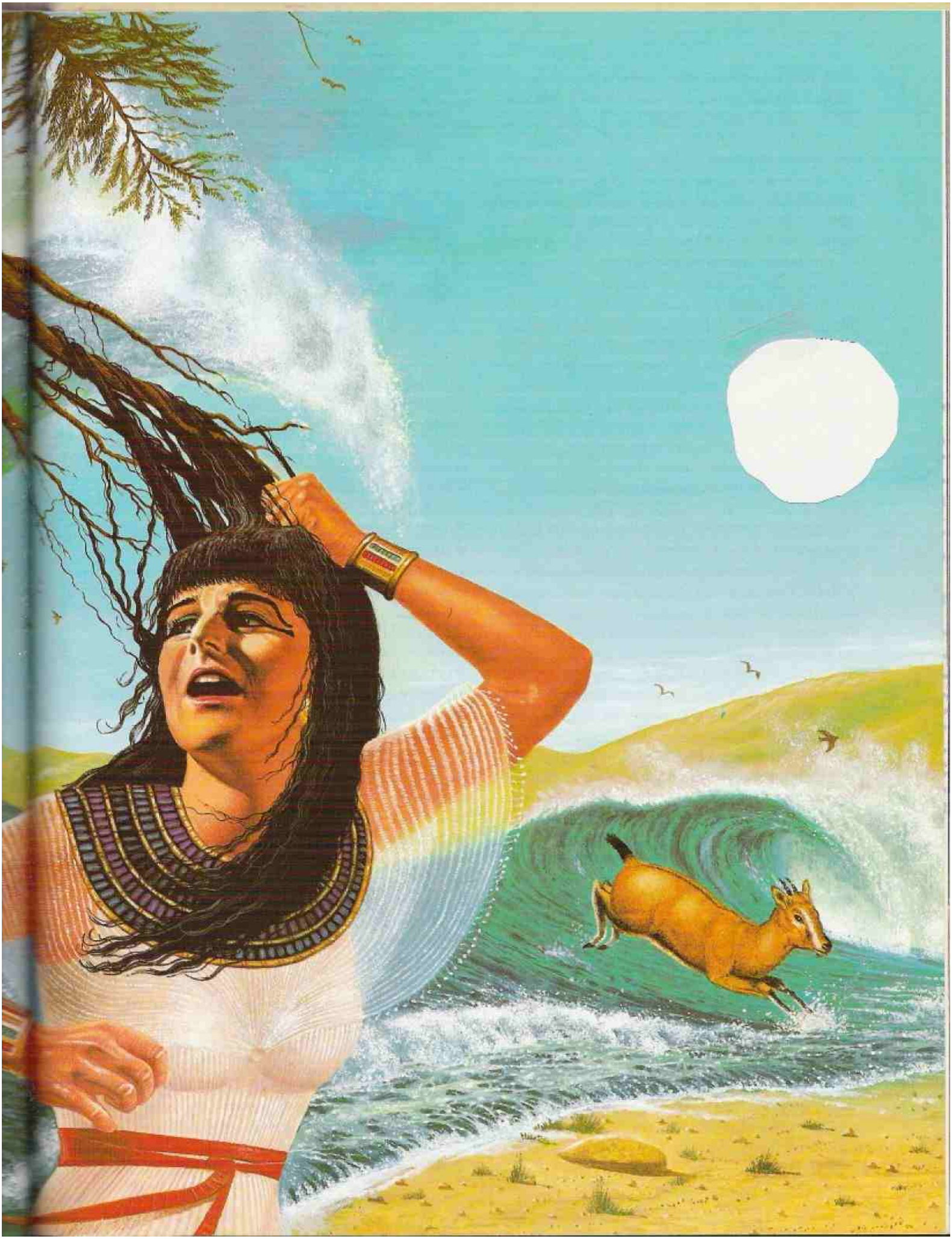
Ella se levantó y acarició los músculos de su brazo.

—Ven. Sólo una hora... Seré buena contigo, y Anpu no se enterará nunca.

Bata dejó caer su saco al suelo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Piensas que traicionaría a mi hermano? ¡El es como un padre para mí y tú deberías ser como una ma-





dre! No comentaré con nadie lo que me has propuesto, ¡pero que no se te ocurra insinuarme otra vez semejante cosa!

Y cargando el saco sobre sus espaldas, volvió a los campos.

La mujer de Anpu estaba furiosa con Bata por haberla rechazado, pero también temía que la delatase. Se rasgó las ropas, alborotó sus cabellos, se manchó la piel para simular golpes y se tumbó en la cama a esperar.

Cuando los hermanos acabaron el trabajo, Bata fue a recoger el ganado y Anpu fue directamente a su casa. En seguida se dio cuenta de que algo pasaba, pues el fuego no estaba encendido, la comida no estaba preparada y su mujer no salió a saludarle como era habitual. Anpu la encontró gimiendo y llorando. Sus ropas estaban destrozadas y parecía malherida. Anpu se arrodilló junto a la cama y preguntó qué había ocurrido.

—Cuando tu hermano vino a recoger las semillas me vio peinándome —sollozó—, trató de besarme y hacerme el amor, pero yo le empujé y le dije que tú eras como su padre y que yo debería ser como su madre. Se enojó y me golpeó cruelmente diciendo que me pegaría más si me atrevía a decírtelo. ¡Oh, querido, debes matarle! ¡De lo contrario no volveré a vivir en paz!

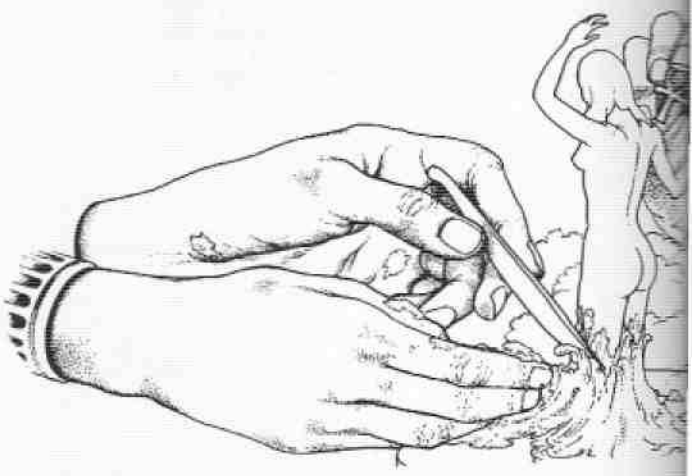
Anpu creyó la historia de su mujer y su ira fue más terrible que la de un leopardo. Afiló una lanza y esperó tras la puerta para matar a su hermano. Bata regresó con el ganado al anochecer, y una vaca volvió hacia él su cabeza:

—Tu hermano se esconde con su lanza tras la puerta. Quiere matarte. Corre mientras puedas.

Bata no pudo creer semejante cosa. Golpeó a la vaca en el lomo y la envió al establo, pero cuando la siguiente vaca le dio el mismo mensaje se paró y vio los pies de su hermano tras la puerta. Bata tuvo miedo y comenzó a correr. Anpu le persiguió con la lanza empujado por la ira. Bata era muy veloz, pero su hermano le dio alcance. Sudando y jadeando, Bata rezaba:

—¡Oh, Ra, mi señor, tú que distingues al malvado del inocente, sálvame!

Ra escuchó los ruegos de Bata e hizo que fluyera un río entre los dos hermanos. El río era ancho y profundo y estaba lleno de cocodrilos hambrientos. Anpu no se atrevió a cruzarlo. Estaba tan enfurecido que se golpeó por no haber matado a su hermano.



Bata se paró en la orilla y le gritó:

—Hermano, ¿por qué has tratado de matarme sin darme oportunidad de que me explicara?

—¿Niegas haber seducido a mi mujer? —gritó Anpu, lleno de rabia y dolor.

—¡Por Ra, es mentira! —declaró Bata—. Cuando regresé de los campos, fue ella quien trató de seducirme, y yo la rechacé. Casi matas a tu hermano por una despreciable embustera. ¡Por mi propia sangre te juro que es cierto!

Enormemente afligido, Bata se hirió con un cuchillo. Cuando vio la sangre salir a borbotones, Anpu creyó a su hermano y se le destrozó el corazón. Bata se debilitó por la pérdida de sangre y Anpu intentó ayudarle, pero no fue capaz de cruzar el río.

Bata le susurró:

—Iré al valle del Cedro para encontrar mi salvación. Escúchame, Anpu. Esconderé mi corazón en el cedro. En caso de que ese árbol se talara alguna vez, yo estaré en peligro de muerte. Si una jarra de cerveza fermentara de pronto en tus manos, sabrás que lo peor ha ocurrido. Tendrás que venir al valle del Cedro y buscar mi corazón, aunque tardes siete años en hallarlo. Cuando esté en tus manos, deposítalo en un cuenco con agua fría y, aunque parezca muerto, revivirá.

Anpu prometió obedecerle y regresó triste a su casa. Mató a su mujer con la lanza que había afilado para Bata y arrojó su cuerpo a los perros.

Algunos días después, Bata llegó al valle del Cedro, que se encuentra en las montañas del desierto, cerca del mar, y descansó allí hasta que sus heridas fueron curadas. Vivió de la caza en el desierto, y edificó poco a poco una

cabaña a la sombra del gran cedro que daba nombre al valle. Entre sus ramas escondió su corazón. Pronto tuvo todo lo que anhelaba, excepto compañía.

Un día, los de la Enéada caminaban por el valle, cerca de la casa de Bata. Los nueve dioses se apenaron al verle tan solo, y Ra ordenó a Khnum que hiciese para Bata una mujer de barro. Cuando los dioses le dieron vida, era la mujer más bella creada hasta entonces, pero ni siquiera la Enéada pudo darle un corazón amante y, cuando los Siete Hathor resumieron su destino, dijeron al unísono:

—¡Morirá de una puñalada!

No obstante, la Enéada, satisfechos de su belleza, se la ofrecieron a Bata.

—Tu hermano ha asesinado a su malvada mujer —dijo Ra—, estás vengado. Ahora, virtuoso Bata, ésta es tu mujer y te hará compañía en este solitario lugar.

Bata se enamoró de ella nada más verla y supo que todo el que la viera la desearía.

—Quédate en casa mientras yo voy a cazar —dijo a su mujer—. De lo contrario, el mar te atrapará y yo no podré hacer nada para impedirlo.

La mujer de Bata inclinó la cabeza sumisamente, pero pronto el aburrimiento hizo presa en ella y un día que Bata se fue a cazar decidió salir de paseo. Cuando se acercó al cedro, el mar la vio y se alzó para abrazarla. La mujer de Bata gritó y trató de escapar, pero el mar vociferó al cedro:

—¡Cógela para mí!

El árbol se inclinó y agarró con su rama más baja los cabellos. La mujer de Bata luchó por liberarse y, finalmente, pudo escapar, dejando un mechón de sus cabellos en la rama.

El mar arrancó los cabellos del cedro y los arrastró a las playas de Egipto, donde desemboca el Nilo. Acariciados por el río, los preciosos cabellos llegaron a un lugar donde las lavanderas reales hacían la colada del faraón. Sumergían las túnicas de fino lino en el río, las sacaban para lavarlas sobre las rocas y después las extendían para que se secaran, pero el perfume de los cabellos impregnó las aguas del río y las ropas. Cuando el faraón se vistió con una de las túnicas lavadas aquel día se quejó del perfume de mujer que desprendían. La lavandera negó haber perfumado la túnica, pero cada día las ropas del faraón salían del río desprendiendo un dulce aroma.

Una mañana, el vigilante de la lavandera real vigilaba por la orilla que todo estuviera en orden. Inesperadamente vio un mechón de cabellos enredado en unas cañas. El vigilante se introdujo en el agua para cogerlos y tan pronto como los rozó supo que de allí procedía tan misterioso perfume. Cuando los cabellos se secaron fueron entregados al faraón y, nada más verlos, él y su corte estuvieron de acuerdo en que jamás habían visto cabellos de un negro tan lustroso, que fueran tan suaves y oliesen tan dulcemente.

—Unos cabellos así deben pertenecer a una hija de Ra —dijeron los hombres más sabios de la corte, y el faraón anheló que aquella mujer fuera su reina.

—Envía hombres a todas las tierras extranjeras hasta que la encuentren —sugirió uno de los hombres más sabios—. No obstante, hemos oído decir que la más bella de las mujeres se encuentra en el valle del Cedro, así que envía veinte hombres allí.

Al faraón le encantó la noticia y esperó intranquilo el regreso de sus enviados.

Uno por uno, los enviados fueron llegando de los países extranjeros diciendo que su búsqueda había fracasado.

Por último, volvió uno sólo de los enviados al valle del Cedro. Bata había asesinado a todos los demás cuando descubrió su misión. El superviviente aseguró al faraón que la mujer de Bata era la que buscaba, en vista de lo cual se envió a un ejército al valle del Cedro para buscarla. Con el ejército viajaba una anciana que el faraón había elegido por su astucia y poderes de convicción.

Cuando se acercaron al valle del Cedro, la anciana se adelantó al ejército y persuadió a la

mujer de Bata para acompañarla a casa mientras su marido cazaba. La anciana sacó un cofrecillo con joyas preciosas que el faraón enviaba como regalo para la mujer de Bata. Había brazaletes de oro para el tobillo, amuletos de plata y turquesas y pulseras de lapislázuli; la anciana le dijo a la mujer de Bata que el faraón la amaba y quería hacerla reina de Egipto.

La codicia se apoderó de la mujer de Bata y, pensando en la aburrida vida que llevaba en el Valle del Cedro, estuvo de acuerdo con ir a Egipto, pero temía la venganza de su marido. Hacía mucho tiempo que Bata había dicho a su amada dónde estaba escondido su corazón y ahora ella usaría el secreto para destruirle. El ejército egipcio fue convocado para que derribara el cedro. Nada más caer el árbol, Bata, con un terrible dolor en el pecho, se desplomaba y moría. Su mujer se engalanó con las joyas que le había regalado el faraón y acompañó a los soldados. Cuando el faraón la vio, su corazón palpitó de alegría y la hizo su esposa predilecta.

En el mismo instante en que Bata era asesinado, Anpu vio cómo la cerveza de su jarra burbujeaba y supo que algo terrible había sucedido. Se puso sus sandalias, cogió una lanza y se puso en camino al Valle del Cedro. Allí encontró a su hermano tendido en el suelo. Los miembros de Bata estaban fríos y tensos, y hacía tiempo que no respiraba. Anpu llevó a su hermano al interior de la casa y lloró desconsoladamente sobre él, pero aún no había perdido la esperanza. Recordando las palabras de Bata, comenzó a buscar el corazón de su hermano entre las ramas del cedro caído.

Durante tres años buscó en vano. Al comenzar el cuarto año, anhelaba volver a Egipto y se dijo a sí mismo:

—Si mañana no encuentro el corazón, regresaré a casa.

Al día siguiente rebuscó entre las ramas del árbol caído y, justo cuanto iba a desistir, tropezó con algo. Anpu creyó que se trataba de un fruto marchito, pero cuando llegó a su casa, bajo la luz de una lámpara, vio que lo que tenía en sus manos era el corazón de su hermano.

Anpu puso el corazón en un cuenco con agua fría que situó junto al cuerpo de su hermano, y esperó. Durante toda la noche, el corazón había absorbido el agua y, cuando llegó al volumen original, el cuerpo de su hermano sufrió unas repentinas sacudidas y sus ojos se abrieron. Anpu acercó el cuenco a los labios de su hermano, que bebió con el agua restante su corazón. Toda su fuerza habitual retornó al cuerpo de Bata, que se levantó y abrazó a su hermano.

Estuvieron todo el día hablando del pasado y planeando la venganza contra la cruel esposa de Bata.

—Mañana me transformaré en un bonito toro de un tamaño y color que nadie haya visto antes —dijo Bata—. Tú deberás conducirme a Egipto. Cuando el faraón me vea, querrá que le pertenezca. Toma todo lo que te ofrezca y regresa a casa. Entonces comenzará mi venganza.

A la mañana siguiente se transformó en un gigantesco toro, con manchas tan azules como el lapislázuli, y Anpu se montó sobre su lomo. Cuando viajaban a través de Egipto, las gentes se aglomeraban para ver al toro, y cuando el faraón se enteró de su existencia, dio gracias a los dioses, pues estaba seguro de que debía ser su mensajero. Anpu condujo a su hermano a las puertas del palacio y el faraón le ofreció por él oro, plata, tierras y esclavos.

Al toro se le engalanó con flores y le permitieron deambular por todo el palacio y sus alrededores. Al principio, todos le tenían un gran respeto, pero, con el tiempo, llegaron a confiar en su mansedumbre. Lo único que pretendía Bata era encontrar a una persona y, finalmente, lo consiguió.

La reina se encontraba una mañana en las cocinas de palacio, supervisando la preparación de los confites del faraón. Bata se acercó a ella por la espalda y rozándola con las puntas de sus cuernos dijo:

—Mírame, estoy vivo.

La reina se volvió asustada y preguntó:

—¿Quién eres?

—Soy Bata —dijo el toro—. Sé que fuiste tú quien dijo a los soldados del faraón que talaran el cedro. Me creías muerto, pero estoy vivo.

Mientras la reina temblaba de pánico, Bata se marchó tranquilamente de la cocina.

En el frescor de la tarde, el faraón se dispuso a celebrar un banquete junto a la reina. Ella llevaba un diáfano vestido y sus joyas más preciadas mientras servía el vino, y el faraón pensó que estaba más bonita que nunca.

—Soberano, mi señor —murmuró la reina—. ¿Jurarías por los dioses concederme un deseo? ¿Me quieres lo suficiente para ello?

El faraón la besó y prometió que lo haría. La reina sonrió y dijo:

—Deseo comer el hígado del gran toro. No hace más que pasearse por palacio todo el día. ¿Por qué no sacrificarlo?

Al faraón le entristeció la idea, pero había dado su palabra y la reina no estaba dispuesta a cambiar de parecer. A la mañana siguiente, el faraón proclamó que el maravilloso toro sería sacrificado a los dioses. Los matarifes reales cogieron al toro, lo ataron por las patas y, una vez en el suelo, le cortaron el cuello. Cuando el toro murió, su sangre salpicó los pilares que había a cada lado de la puerta principal de palacio. El cuerpo fue troceado y se ofreció en el altar de los dioses, pero el hígado se cocinó y fue ofrecido a la reina, que se lo comió con gran deleite.

Al amanecer del día siguiente, el guardián de la entrada de palacio corrió al dormitorio del faraón y dijo:

—¡Oh, soberano, mi señor! ¡Ha ocurrido algo maravilloso! ¡Dos preciosos laureles han crecido durante la noche junto a los pilares que están ante la puerta principal!

El faraón sintió un gran regocijo, seguro de que era otra señal favorable de los dioses. Nadie sabía que los árboles habían brotado de la sangre de Bata.

Pocos días después, el faraón y su reina fueron conducidos en dorados carros a la puerta principal del palacio e hicieron ofrendas a los preciosos laureles. Se llevaron los tronos y el Faraón se sentó a la sombra de uno de los árboles y su mujer junto al otro, mientras sacerdotisas cantaban y bailaban en honor de los dioses.

El faraón sonreía, pero entre el susurro de las hojas, su reina escuchó una voz que decía:

—¡Falsa! ¡Dijiste a los soldados del faraón que talaran el cedro e hiciste que mataran al toro, pero soy Bata, y estoy vivo!

Entonces la Reina se asustó mucho.

Estando otra vez a solas con su esposo, utilizó sus femeninas artes para deleitarle, haciéndole prometer que llevaría a cabo todo lo que ella le dijese.

—Esos dos laureles no tienen ninguna utilidad junto a la puerta principal —dijo la reina—. Ordena que los talen y que fabriquen muebles para mí.

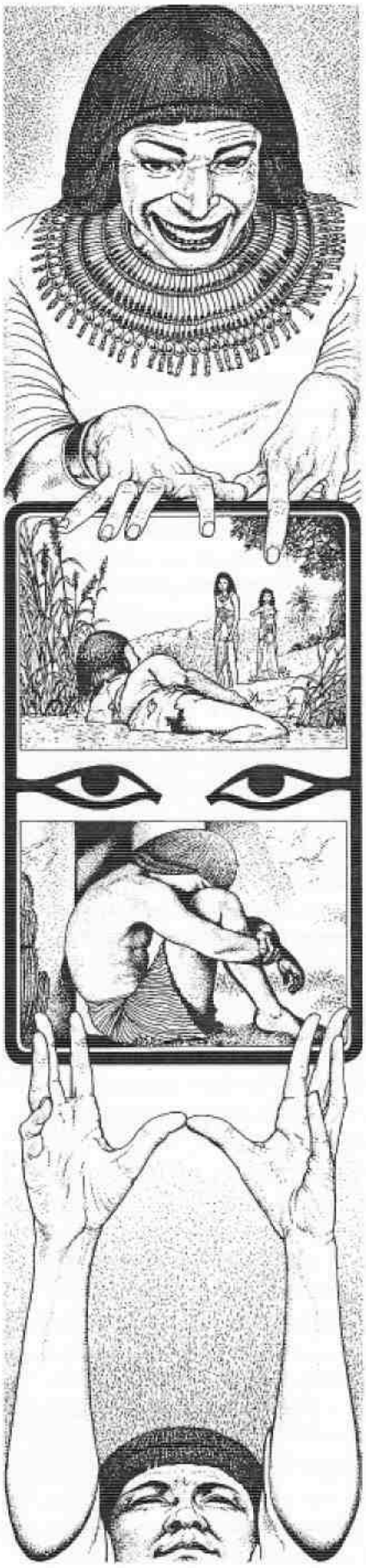
El faraón no estaba de acuerdo con la tala de los misteriosos árboles, pero como lo había pedido la reina no tuvo más remedio que acceder. A la mañana siguiente, la reina fue con su marido a ver cómo los carpinteros reales talaban los laureles. Cuando dieron el primer hachazo, una astilla de madera voló, introduciéndose en la boca de la reina, y en cuanto se la tragó quedó embarazada.

Después de algunos meses, nació un precioso niño, pero la Reina no sabía que su hijo era Bata. El faraón amó al pequeño y le nombró príncipe heredero, y con el tiempo creció convirtiéndose en un inteligente, fuerte y apuesto joven. Si la reina se dio cuenta de la frialdad con que era tratada por su hijo y el parecido que tenía con su marido asesinado, nunca se atrevió a decir nada.

Cuando murió el faraón, y se reunió con los dioses, el príncipe heredero le sucedió. Al poco tiempo de su coronación, el nuevo faraón convocó a la reina, su madre, y frente a toda la corte, Bata contó la historia de su extraña vida. Habló de la huida de casa de su hermano, de la mujer que le habían dado los dioses por esposa y de cómo ésta le había traicionado.

—Seguramente una mujer así debe ser condenada a muerte —dijo Bata, y sus cortesanos estuvieron de acuerdo.

La reina fue llevada, gritando, a morir como las Siete Hathors habían previsto. Bata mandó llamar a su querido hermano y juntos gobernaron Egipto durante treinta años.



La ceguera de Verdad

Había una vez dos hermanos llamados Verdad y Mentira. Verdad era noble y honesto, y su hermano Mentira le odiaba. Un día, Mentira fue a la Enéada a denunciar a su hermano por haberle robado el puñal. Le hicieron describir el arma, y entonces contestó con una sospechosa elocuencia:

—Su filo estaba formado por todo el cobre del Monte Yal, y su mango por toda la madera de Coptos. Su vaina era tan larga como un sepulcro. Su correa estaba formada por el cuero de todo el ganado de Kal. Nunca se ha visto antes un puñal mejor —insistió Mentira—, y Verdad me lo ha robado. Si rehúsa devolvérmelo, habrá que sacarle los ojos, y tendrá que servirme de portero.

Verdad fue convocado ante la Enéada y declaró su inocencia. No podía mostrar el puñal, pues nunca había existido, pero las acusaciones de Mentira eran tan verosímiles que Verdad fue condenado. La Enéada ordenó que le sacasen los ojos y se lo entregaran a Mentira para servirle de portero.

Mentira no podía soportar la presencia de Verdad, sentado pacientemente a la puerta de su casa. Constantemente tenía presente su culpabilidad y la inocencia de su hermano. Así que decidió decirles a los dos viejos sirvientes de Verdad:

—Llevad a vuestro amo al desierto y abandonadlo donde una manada de leones pueda devorarlo. No volváis hasta que estéis seguros de que ha muerto.

Los sirvientes temían a Mentira y no pudieron rehusar. Tristemente, cada uno cogió de un brazo a Verdad y le condujeron hacia el desierto. Cuando Verdad sintió la cálida arena bajo sus pies desnudos, preguntó la razón por la que le habían llevado allí. Los sirvientes, llorando, le pusieron al corriente de sus órdenes.

—No me abandonéis a los leones —rogó Verdad—. Llevadme a algún pueblo distante y manchad mi camisa con sangre de cualquier animal para llevársela a Mentira.

Los sirvientes accedieron a esa sugerencia. Llevaron a Verdad a una pequeña localidad a medio día de distancia, y después regresaron a decirle a Mentira que su hermano había muerto.

Algunos días más tarde, una señora llamada Deseo caminaba por su jardín cuando dos de sus sirvientas se precipitaron a ella diciendo:

—¡Señora! —jadearon ambas—. ¡Hemos encontrado a un hombre ciego que yacía entre las cañas, junto al lago! ¡Ven a verlo!

—Traédmelo —dijo Deseo.

Las sirvientas volvieron al poco rato cargando con Verdad. Estaba agotado y hambriento, y, a pesar de su aspecto, Deseo pensó que era el hombre más atractivo que había visto nunca. Le dio la bienvenida a su casa y a su lecho, y aquella noche engendraron un hijo. Deseo, al poco tiempo, se cansó de su nuevo amante y Verdad desapareció de su casa.

El hijo de Deseo y Verdad no fue un niño normal. Creció fuerte y guapo como un dios, y cuando tenía doce años superaba a todos los niños de la escuela en lectura y escritura, y en las artes de la guerra. Los otros niños le envidiaban y se burlaban de él diciendo:

—Si eres tan inteligente, dinos: ¿Quién es tu padre?

El hijo de Deseo lo desconocía y se mostraba desgraciado y silencioso cuando se mofaban de él, hasta que no lo pudo soportar más tiempo. Entonces corrió hacia su madre y dijo:

—Por favor, dime quién es mi padre y así podré decírselo a mis compañeros.

—¿Ves a ese ciego sentado junto a la puerta? —preguntó Deseo—. Pues ése es tu padre.

El niño quedó conmocionado ante la insensibilidad de su madre.

—¿Y eres capaz de dejarlo ahí? ¡Merecerías ser condenada a los cocodrilos!

El pequeño corrió al patio donde estaba su padre y le abrazó. Más tarde le condujo al interior de la casa e hizo que se sentara en la mejor silla. Después de elegir los mejores alimentos y ayudarle a comer y beber, dijo con ira:

—Padre, ¿quién te ha cegado? Dímelo y te vengaré.

—Fue mi hermano —contestó Verdad.

El pequeño rápidamente forjó un plan y fue al almacén de su madre, cogió diez panes, un odre de agua, una espada, un bastón y unas sandalias de cuero. Cogió un magnífico buey moteado del rebaño de su madre y se fue al lugar donde pastaba el rebaño de Mentira. Se acercó al pastor y dijo:

—Me voy de viaje. Si me cuidas el buey hasta mi vuelta, te daré estas provisiones, esta espada, este bastón y estas sandalias de cuero.

El pastor accedió y el pequeño fingió alejarse de la zona. Pocas semanas después, Mentira fue a inspeccionar su ganado. Inmediatamente le llamó la atención el buey que pertenecía al hijo de Verdad y dijo:

—Lo llevaré a casa para la matanza y ofreceré un gran banquete. Es el mejor del rebaño.

El pastor protestó diciendo que pertenecía a un muchacho que regresaría pronto reclamándolo. Mentira se encogió de hombros:

—¿Qué más da? Me llevaré este buey, y cuando regrese el muchacho le ofreces el que más le guste del rebaño.

Mentira mató el buey del pequeño y cuando éste se enteró de lo ocurrido visitó al pastor.

—Puedes escoger el buey que prefieras de toda la manada —dijo el pastor.

—Ninguno se puede comparar al mío —dijo el chico—. Mi buey es tan grande que si se encontrara en la isla de Amón, su barbilla descansaría sobre el desierto de Nubia y su cola sobre los pantanos del Delta, la punta de uno de sus cuernos estaría sobre las montañas del Oeste y la del otro sobre las del Este. Y si se tumbara cubriría el Nilo por completo.

El pastor estaba atónito:

—¿Existe algún buey tan grande?

El hijo de Verdad fingió estar terriblemente enojado y llevó al pastor y a Mentira a la corte de la Enéada para que fuesen juzgados por el robo de su buey. Ante ellos describió de nuevo al buey y Mentira exclamó:

—¡Qué disparate! ¡Nadie ha visto un buey de semejante tamaño!

—Nadie ha visto un puñal tan largo como un sepulcro, fabricado con todo el cobre del Monte Yal, ni con toda la madera de Coptos, ni con una correa hecha con todo el cuero procedente del ganado de Kal.

Mentira palideció cuando el pequeño gritó a la Enéada:

—¡Juzgad a Verdad y a Mentira de nuevo! ¿Cómo pudisteis condenar a Verdad así? Soy su hijo y estoy aquí para vengar su inocencia.

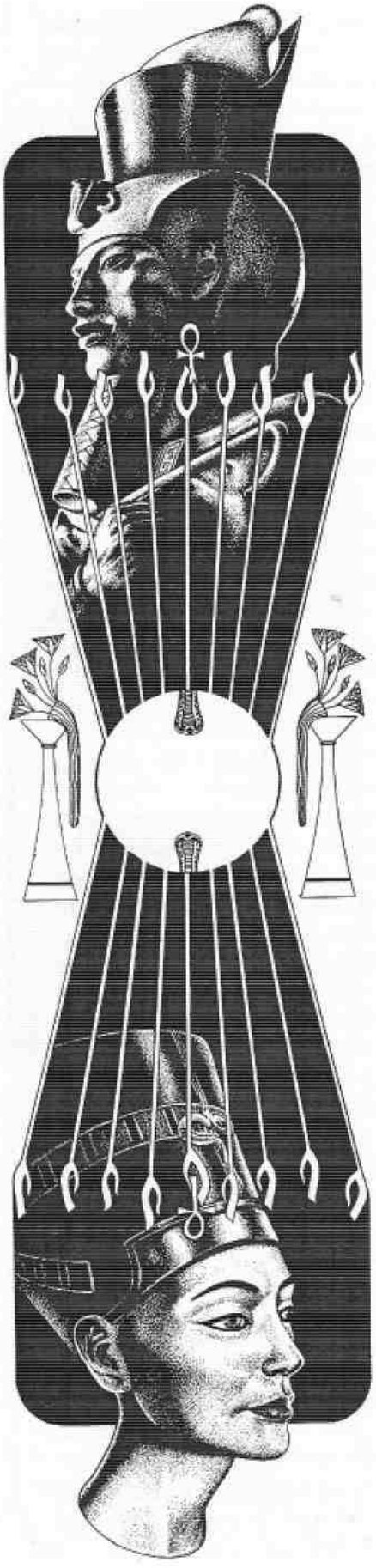
Mentira protestó diciendo que su historia original era cierta:

—¡Si Verdad está vivo y puede desmentirla me declararé culpable! ¡Entonces podréis sacarme los ojos y hacerme su portero!

Mentira confiaba en que su hermano estaba muerto, pero el pequeño dijo triunfalmente:

—Te has juzgado a ti mismo. Acompáñame y comprobarás que tu hermano Verdad está vivo.

El pequeño condujo a la Enéada a casa de su madre y les mostró a su padre. Cuando escucharon la versión de Verdad, la Enéada ordenó que se le sacaran los dos ojos a Mentira. Después de esto, Verdad y su hijo vivieron muy dichosos, y Mentira fue su portero.



El faraón Sol

Al principio del siglo XIV a. C., el imperio egipcio parecía seguro. Nubia estaba en paz y las ciudades-estado de Palestina y el Sur de Siria habían sido dominadas durante cinco generaciones de reyes guerreros. No obstante, cuando Amenhotep III, hijo de Thutmosis IV, llegó al trono aproximadamente en el año 1391 a. C., prefirió el lujo de su corte a las penurias de la lucha. Se concentró en la construcción de palacios y templos e hizo aliados para Egipto, sobornando gobernadores extranjeros con oro, o bien con los matrimonios de sus hijas.

Amenhotep tenía un gran harén, pero parece ser que dedicaba más atención a su mujer principal, la enérgica reina Tiye. Aunque Tiye no llevaba en sus venas sangre real, fue su hijo, otro Amenhotep, quien heredaría la corona. Amenhotep IV (hacia 1353-1335 a. C.) demostró ser el más extraordinario de todos los gobernanates egipcios, y fue el primero en ser denominado faraón, un título que simplemente significa «El Palacio». Significativamente, cambió su nombre de Amenhotep *(amable) por el de Akenaton (beneficioso para Aton)*.

El Aton era el disco del sol, y el joven faraón creía que era la única deidad existente y que, por tanto, era equivocado venerar alguna otra. Akenaton construyó templos en Karnak, en los cuales Aton aparecía como el disco del sol, cuyos rayos terminaban en unas manos que sostenían el signo de vida para el faraón y su amada reina Nefertiti.

Akenaton IV abandonó Tebas y Menfis, y se retiró, con su mujer e hijas, a una nueva capital en El Amarna llamada Akhet-Aton *(horizonte de Aton)*. Construida en un extremo del desierto, la ciudad estaba llena de arquitectura y arte únicos. En un templo egipcio ordinario, las ofrendas se hacían a estatuas divinas que se encontraban en un oscuro santuario, pero en los templos de Aton las ofrendas eran amontonadas en altares construidos en patios abiertos al sol. La compleja imaginería de los viejos dioses y diosas fue desapareciendo y, en lugar de estatuas y relieves, mostraban a Aton bendiciendo la familia real. Los retratos de reyes egipcios solían ser muy estilizados y rebosaban magnificencia, pero a Akenaton le gustaba ser representado como un joven feo desempeñando tareas cotidianas, comiendo, bebiendo, jugando con sus hijas pequeñas o incluso besando a su mujer. Encerrado en su remota capital, Akenaton se hizo cada vez más fanático en su devoción hacia Aton. Dejó de venerar a otros dioses e incluso llegó a cerrar los

templos y envió a hombres que se encargaran de hacer desaparecer los nombres de otros dioses como Amón, y el plural de la palabra dios debería borrarse de cualquier inscripción. Toda la humanidad debería adorar al dios Sol y honrar a Akenaton como imagen viva de Aton.

Los sucesos del extraño reinado de Akenaton están rodeados de misterio, pero queda claro que tenía numerosos enemigos. El cierre de los templos causó el caos, económicamente hablando, y la gran mayoría de la gente rehusó abandonar a los viejos dioses y diosas. Akenaton no parecía tener mucho interés en gobernar Egipto, y la ausencia de un gobernante fuerte fue la causa de que la ley y el orden se debilitaran. El imperio se descuidó, y muchos de los príncipes de Palestina y Siria tuvieron la oportunidad de liberar sus ciudades de la opresión egipcia.

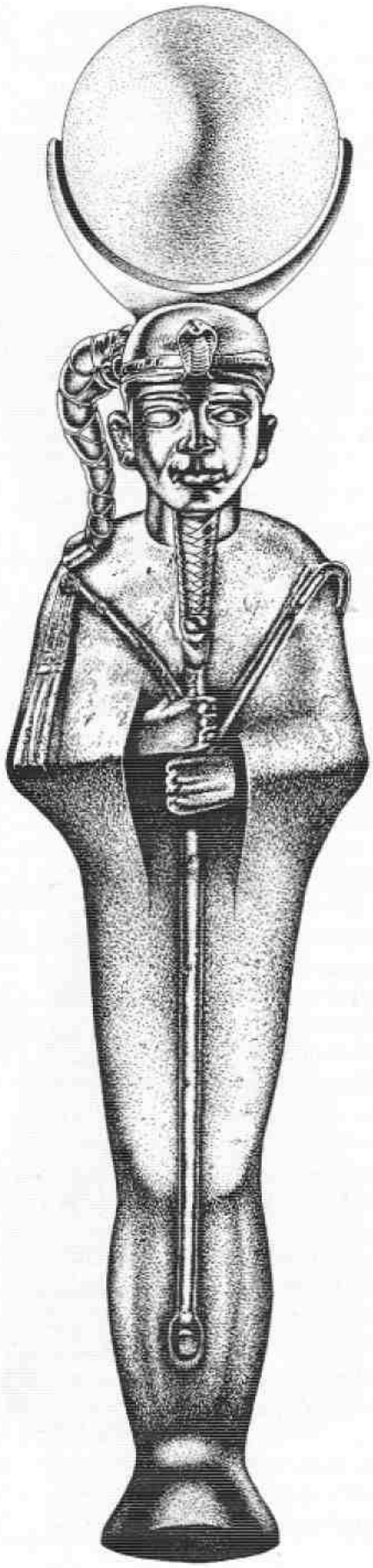
Probablemente, el final del reinado de Akenaton fue violento, y sus ideales no le sobrevivieron mucho tiempo. Un soberano llamado Smenkhara reinó durante poco tiempo tras la muerte de Akenaton, pero la identidad e incluso el sexo de esta persona se desconocen. Algunos historiadores piensan que Smenkhara era el hermano pequeño de Akenaton, sin embargo, otros piensan que «él» no era sino la reina Nefertiti. La principal mujer de Akenaton jugó un importante papel en todo lo que él hizo, y es posible que la nombrara su cosoberana. Ella no fue la primera mujer que gobernó Egipto; Hatsheput, tía de Thutmosis III, había reinado durante quince años sólo unas generaciones antes.

Quienquiera que fuese Smenkhara, él o ella, pronto fue sucedido por un nuevo faraón, un niño de alrededor de nueve años llamado Tutankhaton. Aunque Akenaton y Nefertiti tenían seis hijas, nunca fueron representados por un hijo. Tutankhaton pudo haber sido un hermano mucho más joven de Akenaton o el hijo de una mujer secundaria. Durante la mayor parte de la duración del reinado del niño fueron su visir Ay, y el comandante del ejército, el general Horemheb, quienes realmente gobernaron Egipto, y los que dieron la vuelta a todos los cambios llevados a cabo por Akenaton. El joven faraón cambió su nombre de Tutankhaton (*imagen viva de Aton*), por el de Tutankhamon (*imagen viva de Amón*). Regresó a Tebas y la nueva capital quedó totalmente desierta. Akhet-Aton no se volvió a habitar. La veneración de antiguos dioses y diosas se renovó, y sus templos se repararon y se abrieron de nuevo. La forma Amón de Ra llegó a ser una vez más el dios principal, y gradualmente Egipto fue transformándose en lo que había sido antaño.

Tutankhamon murió inesperadamente cuando tenía unos dieciocho años. Aunque estaba casado con una de las hijas de Akenaton no tuvo descendencia. El visir Ay tomó el trono, y parece ser que se casó con la viuda de Tutankhamon, aunque era lo suficientemente mayor como para ser su abuelo. Dio a su primer señor un precipitado entierro en la tumba más pequeña del Valle de los Reyes, y reinó durante cuatro años (1323-1319 a. C.). Fue sucedido por el general Horemheb, que destruyó los templos que Akenaton había construido para Aton en Karnak, y completó el proceso de restaurar la ley y el orden. Horemheb también murió sin dejar hijos, dejando el trono a su visir mayor, Ramsés, fundador de la Decimonovena Dinastía (1307-1196 a. C.). El vigoroso hijo de Ramsés, Seti I, reconquistó gran parte del imperio y construyó espléndidos templos a los antiguos dioses.

Los faraones de la Decimonovena Dinastía llamaron a Akenaton «El Gran Criminal», y sus sucesores Smenkhara, Tutankhamon y Ay fueron borrados de las listas oficiales de los soberanos egipcios. El tesoro de Tutankhamon escapó de las manos de los profanadores de tumbas sólo porque fue olvidado como faraón y fue enterrado en una insignificante tumba; y sólo porque Akhet-Aton fue abandonado en el desierto, es actualmente una de las ciudades egipcias mejor preservadas. Cuando la corte regresó a Tebas bajo las órdenes de Tutankhamon se olvidaron muchos objetos junto a las casas, palacios y templos de Akhet-Aton. Cientos de inscripciones hechas en arcilla son copias de cartas escritas entre algunos de los soberanos egipcios y príncipes extranjeros, y en el taller de un escultor se encontraron maravillosos retratos de la familia real. Entre ellos apareció un busto de Nefertiti, que la hizo famosa como una de las más hermosas mujeres de la antigüedad.

Las gentes que trataron de destruir la memoria de «El Gran Criminal» han ayudado a los nombres de Akenaton y su familia a vivir eternamente.



La princesa de Bakhtan

Seti I fue seguido por su famoso hijo el faraón Ramsés II, que gobernó Egipto durante sesenta y seis años (1290-1224 a. C.). Igual que su padre, Ramsés, condujo sus tropas en persona y se presentó en batallas junto a su león domesticado. Luchó duramente para controlar Palestina y el sur de Siria, pero aunque sus inscripciones se enorgullecen de numerosas victorias, la verdad es que en aquellos tiempos el poder de Egipto estaba controlado por el imperio rival de los hititas.

La tierra de los hititas era la meseta de Anatolia, ahora en Turquía. Pero a finales del siglo XIV y principios del XIII a. C. consiguieron un imperio propio al norte de Siria. En el quinto año de su reinado, Ramsés mantuvo una gran batalla contra los hititas y sus aliados en Kadesh. Algunos informes de la batalla que han llegado hasta nosotros insisten en que sólo el coraje del faraón fue lo que salvó a los egipcios cuando fueron atacados imprevisiblemente: «Mi majestad hizo caer a los hititas unos sobre otros como los cocodrilos se zambullen en el río. Fui tras ellos como un pájaro grifo. Yo atacaba sólo a los enemigos extranjeros porque mi infantería y mi caballería habían desertado. Ninguno de ellos miraba atrás cuando huía. De la misma forma que Ra me ama y Aton me ayuda, todo lo que mi majestad dice es verdad.»

Aunque Ramsés II luchó como un feroz león en un valle de cabras, ambos bandos reclamaron la victoria de Kadesh. Al final, el faraón fue obligado a hacer las paces con los hititas, y Siria se dividió en dos imperios.

El tratado de paz, del que han sobrevivido dos copias, parece que se cumplió fielmente. Ramsés se casó con una princesa hitita y dedicó el resto de su largo reinado a la realización de grandes proyectos arquitectónicos. Fundó una nueva capital en el Delta Este, lugar de la ciudad Hicsos de Avaris, y construyó numerosos y grandes templos, de los cuales el Ramesseum de Tebas y el templo tallado en la roca de Abu-Simbel son los más conocidos. La calidad de la mano de obra es frecuentemente baja, pero en número y tamaño sus edificaciones sobrepasan a los de cualquier otro faraón. Fue venerado como dios en vida, y los egipcios nunca olvidaron el esplendor del reinado de Ramsés. Mil años después de su muerte, una historia que data de su reinado se encontró escrita en el templo del dios Khons, en Tebas.

Un verano, Ramsés y su ejército condujeron sus carros a través de la tierra de Naharin, cobrando tributos. El príncipe de la zona

conquistada se apresuró a inclinarse ante el faraón y a ofrecerle obsequios de oro, plata, turquesa y lapislázuli. El príncipe de Bakhtan anhelaba sobrepasar a los demás y ganarse la simpatía de Ramsés, por lo que le ofreció lo mejor de todo Bakhtan, su hija mayor. La princesa era graciosa, inteligente y amable, y agradó más al faraón que cualquier otro tributo. Dio a su princesa nombre egipcio, Neferure, y fue su mujer principal. Regresaron juntos a Egipto y vivieron en gran armonía.

El verano siguiente, Ramsés se encontraba en Tebas celebrando el festival del gran dios Amón, en el espléndido templo que le había construido. Cuando se efectuaron las ofrendas finales, uno de sus cortesanos le susurró que un mensajero del príncipe de Bakhtan había llegado con regalos para la reina Neferure. Tan pronto como le fue posible Ramsés recibió al mensajero. Cuando los presentes habían sido presentados y admirados, el hombre besó el suelo ante el faraón y dijo:

—¡Oh, sol que luces sobre las tierras conquistadas! Oh, soberano, mi señor: he venido a pedir ayuda para Bentresh, la hermana de tu reina. Está enferma y nadie en Bakhtan puede sanarla. Egipto es famoso por sus sabios y expertos hombres, capaces de curarlo todo. ¿Puede su majestad enviarnos uno de esos hombres para que alivie la enfermedad de nuestra princesa?

Ramsés deseaba ayudar. Consultó con sus más sabios sacerdotes y consejeros, y eligió al escriba Djehutyemheb para que fuera con el mensajero a Bakhtan. Fue un largo y difícil viaje, pero tan pronto como llegó Djehutyemheb fue conducido ante la princesa. Bentresh yacía inconsciente en su lecho. Sus ojos estaban abiertos, pero parecía no reconocer ni siquiera a su padre cuando estaba junto a ella. Tan pronto como el escriba tocó la mano de la princesa, sintió la presencia de una fiebre demoníaca de gran poder y malicia. Intentó alejar al demonio con sus hechizos más potentes y cubriéndola de amuletos, pero todo resultó en vano.

Entonces dijo Djehutyemheb:

—Sólo un dios tiene poder suficiente para echar fuera semejante demonio. Te aconsejo que escribas y le pidas que te envíe un dios de Egipto.

El príncipe de Bakhtan envió un mensajero ese mismo día. Tras un cansadísimo viaje, el hombre llegó a Tebas durante el festival de Amón. El faraón se sobresaltó al leer la carta del príncipe. Semejante petición nunca se le había hecho, pero por el gran amor que profesaba a la reina Neferure, Ramsés ansiaba concedérselo. Así pues, se precipitó al templo del gran dios Khons el Compasivo y, entrando en el oscuro santuario, hizo una reverencia ante la divina imagen.

—Mi buen señor —comenzó el faraón humildemente—, tengo que hablarte de Bentresh, la hermana de mi reina. Una fiebre demoníaca se ha apoderado de ella y, si no le desaparece pronto, morirá. De todas tus formas, Khons el Resuelto es el más indicado para la medicina. ¿Accedes a que una de tus imágenes de Khons el Resuelto sea enviada a Bakhtan?

La imagen divina accedió con un movimiento de su dorada cabeza. Estremeciéndose con temor reverencial, Ramsés preguntó:

—Mi buen señor, ¿fortalecerás con tu poder a Khons el Resuelto antes de enviarle a Bakhtan a salvar a la princesa?

La dorada imagen asintió de nuevo con un movimiento de cabeza. Ramsés se inclinó ante la imagen, dándole las gracias, y abandonó el santuario.

A la mañana siguiente, el faraón envió cuatro sacerdotes para que portaran el pequeño santuario que llevaba la imagen de Khons el Resuelto a la orilla del río. La imagen se envolvió en perfumadas vendas de embalsamar y se adornó con collares. La única trenza de Khons estaba esculpida en lapislázuli. Y una plateada luna creciente brillaba sobre su oscura frente. Ramsés puso al dios una enorme escolta de sacerdotes, soldados y sirvientes, con barcos para la travesía del Nilo y carrozas para el viaje por tierra.

Un año y cinco meses transcurrieron antes de que la majestuosa procesión del dios llegara a la lejana Bakhtan. Cuando sus habitantes supieron que se aproximaba, se precipitaron fuera de sus casas para recibirlos. El príncipe de Bakhtan se tumbó boca abajo ante Khons, llorando.

—¡Gran dios! ¡Ahora que has venido hasta aquí, sé compasivo con nosotros, como desea el faraón!

Entonces, el príncipe y sus guardias escoltaron al dios hasta el lugar donde Bentresh yacía agonizante. Los sacerdotes colocaron el santuario de Khons el Resuelto ante su cama.

El príncipe y sus soldados esperaban ansiosos, apartados en un lado de la habitación. El aire fue espesándose mágicamente y todos sentían el invisible drama, mientras Khons rodeaba a la princesa con su potencia protectora. Con una violenta convulsión, la fiebre demoníaca abandonó de pronto el cuerpo de Bentresh, silbando ferozmente. El príncipe de Bakhtan se estremeció cuando vio la horrible forma del demonio maligno flotando sobre su hija, pero Bentresh ahora dormía plácidamente.

—Bienvenido en paz, gran dios —declaró entonces el demonio—. Bakhtan te pertenece, sus gentes son tus esclavos y yo también soy tu esclavo. Ten piedad de mí. Me iré de este lugar para siempre cuando el príncipe me haga ofrendas.

La imagen divina asintió con un movimiento de cabeza. Los sacerdotes interpretaron los deseos del dios y dijeron al príncipe lo que tenía que hacer. Se enviaron ricas ofrendas y se celebró un banquete para el dios y el demonio. Las ofrendas fueron aceptadas y en seguida el demonio abandonó Bakhtan para siempre. Después el príncipe levantó a su hija y la abrazó tiernamente, y toda la tierra participó de su alegría.

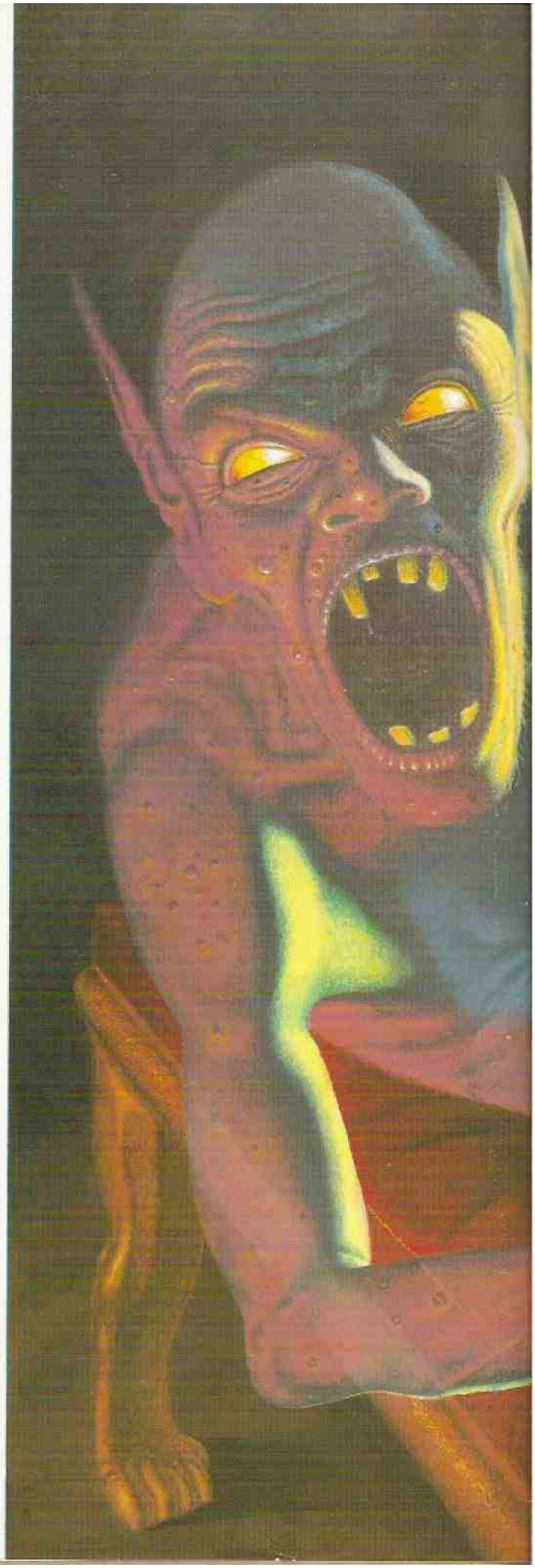
Bentresh y su padre estaban tan agradecidos a Khons, y tan impresionados por el poder de su imagen, que no soportaron la idea de que fuera devuelta a Egipto. El príncipe construyó un altar para Khons el Resuelto y lo guardó allí durante tres años y nueve meses.

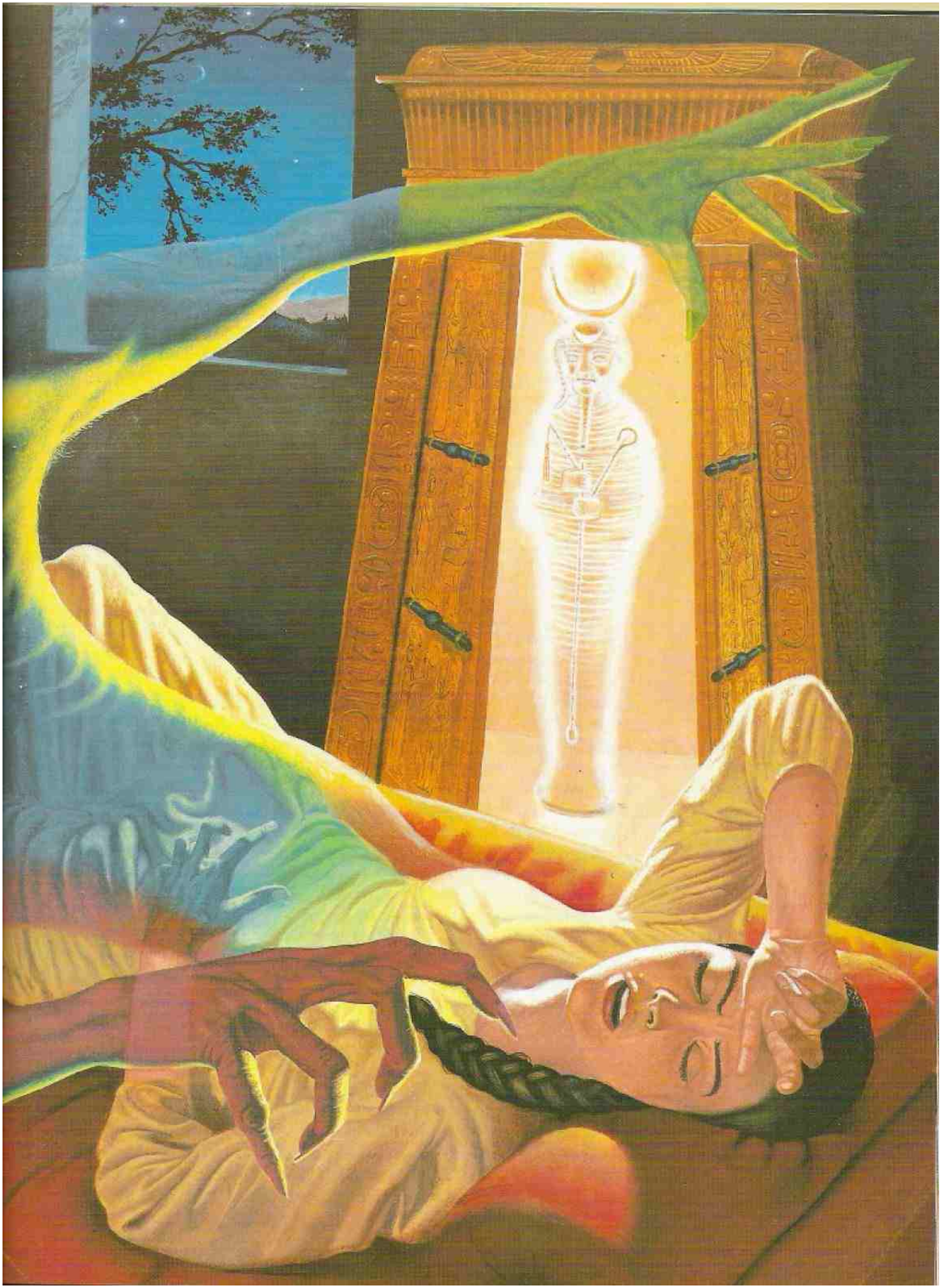
Una noche, el príncipe soñó que la imagen escapaba del altar en forma de halcón y volaba hacia Egipto. Deslumbrado por sus brillantes alas, el príncipe despertó temblando de miedo. Ahora comprendía que era peligroso enjaular a un dios y que Khons había decidido regresar a Egipto.

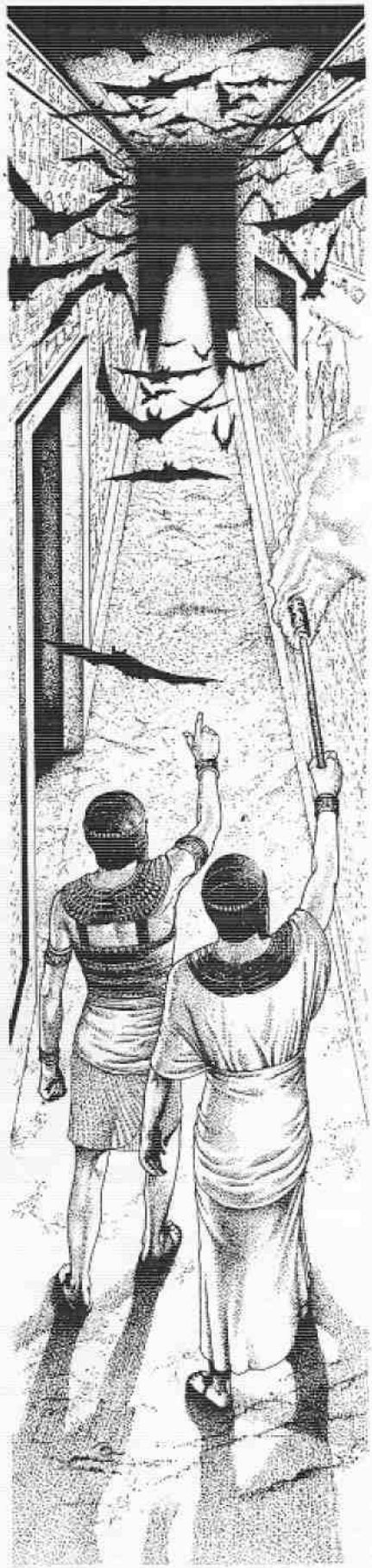
A la mañana siguiente, el príncipe llamó a los sacerdotes de Khons y les dijo:

—¡Preparaos para regresar a Egipto al instante! Regresad a Tebas, yo enviaré un ejército que os proteja, y carros que llevarán los regalos.

Varios meses después, la divina imagen regresó a Tebas, y las ofrendas del príncipe de Bakhtan fueron entregadas a Khons el Compasivo en su templo. Khons el Resuelto fue introducido de nuevo en su santuario, y Ramsés y su reina se regocijaron al oír que Bentresh había sanado.







El libro de Thot

Ramsés II tenía más de cien hijos, pero su favorito era el príncipe Khaemwese, a quien hizo sumo sacerdote de Ptah en Menfis. Khaemwese fue famoso por sus conocimientos y por el interés que profesaba por los tiempos pasados. Mil años después de su muerte, los egipcios continuaron contando historias que le describían como el más sabio de los magos. Una de las historias relata cómo el príncipe Setna Khaemwese descubrió el escondite del libro de Thot, que contenía los hechizos más potentes y peligrosos.

Un día, Setna se acercó a su padre y le pidió permiso para abrir una de las tumbas reales de la Ciudad de los Muertos. Toda la corte de Menfis quedó estupefacta, pero Setna explicó que el famoso libro de Thot estaba escondido en la tumba del príncipe Neferkaptah. El faraón trató de que su hijo olvidara semejante idea, pero cuando le vio absolutamente decidido, se lo permitió. Ramsés sabía que los muertos se protegen solos y que Setna aprendería a respetarlos.

El príncipe preguntó a Anhurerau, el más valiente de sus hermanos pequeños, si quería acompañarle, y partieron con un grupo de obreros a la Ciudad de los Muertos. Ante la antigua tumba de Neferkaptah, los hombres limpiaron con sus palas la arena que cubría la entrada. Poco a poco fue apareciendo una puerta de madera. Setna rompió el sello y ordenó a sus hombres derribar a hachazos la madera. A regañadientes obedecieron. La madera podrida se desmoronó y la tumba quedó abierta. Setna y su hermano esperaron diez tensos minutos para que el aire fresco se filtrase en la tumba, y encendieron una antorcha. Ninguno de los hombres quiso entrar por aquel tétrico agujero, así que los dos hermanos fueron solos. Anhurerau sostenía la antorcha y Setna caminaba delante de él.

Caminaron con cautela por un estrecho pasaje y cruzaron una estancia, en cuyas paredes representaban escenas del funeral del príncipe Neferkaptah. Más abajo había un laberinto de pequeñas cámaras y retorcidos pasillos. Según iban adentrándose en el sepulcro, el calor y el viciado aire se hacían cada vez más insoportables. La antorcha de Anhurerau iluminaba poco la oscuridad y todo a su alrededor eran crujidos y susurros.

—Sólo son murciélagos...

Setna quería tranquilizar a su hermano, pero hizo eco en el sepulcro y decenas de murciélagos se alzaron al vuelo. Cuando Anhurerau se agachaba, el batir de las alas de los murciélagos apagó su antorcha, y la oscuridad les atacó de súbito. Setna se quedó helado. Tendría que regresar si pudiesen acordarse cómo salir de aquel

laberinto. No era solución pedir socorro: nadie entraría en el sepulcro. De pronto, Anhurerau agarró fuertemente el brazo de su hermano.

—¡Mira!

Delante de ellos había una tenue luz. Según se acercaban a ella, ésta brillaba más. Los dos hermanos se deslizaron hacia un recodo y hallaron la cámara del sepulcro.

Estaba provista de rico mobiliario, tronos de ébano, vasos de alabastro, taburetes adornados con pieles de leopardo y cofres de marfil. En un dorado canapé yacía la momia de Neferkaptah, envuelta en tela perfumada, cubierta su cara por una resplandeciente máscara. Sentada a su lado una bella mujer, pálida como el loto blanco, con un niño acurrucado a sus pies. La luz fluía de un rollo de papiro sobre una mesa. Setna sabía que era el libro de Thot. Anhurerau temblaba en la puerta, pero Setna se atrevió a entrar y saludó a la mujer. La mano que ella alzó como saludo era prácticamente transparente, pero su voz era suave y dulce.

—Setna Khaemwese, ¿por qué perturbas el descanso de un difunto?

—Si me entregas el libro de Thot —dijo Setna ocultando su temor—, te dejaré en paz.

El bello *ka* denegó con un movimiento de cabeza.

—Setna, si robas el libro de Thot, te llevará al desastre. Sé que no me crees. Te contaré nuestra historia y así comprenderás el peligro. Mi nombre es Ahwere, la única hermana del rey del Bajo y Alto Egipto —dijo el *ka* arrogantemente y, mirando a la silenciosa figura que yacía sobre el canapé, prosiguió—: Amé a mi hermano Neferkaptah más que a nada en el mundo, y él me correspondió. Rogué a nuestro padre, el rey, que permitiera nuestro matrimonio, y accedió. Hubo una espléndida fiesta para celebrar la boda y vivimos dichosos. Pronto nació nuestro hijo, al que llamamos Mrib.

Ahwere se agachó para acariciar al niño, que le sonrió como si despertara de un sueño.

—Mi marido era como tú, Setna. Le gustaba deambular por la Ciudad de los Muertos para estudiar las tumbas, y visitaba las bibliotecas de los templos, tratando de descifrar los milenarios papiros. Era un sapientísimo mago, pero siempre buscaba hechizos más poderosos. Un día acudió a un festival en el templo de Ptah. Cuando caminaba tras la procesión, leyó unos escritos en los altares de los dioses. De pronto escuchó a alguien que se reía de él. A la sombra de una columna había un viejo sacerdote, al que la risa le duplicaba las arrugas de su rostro.

»—¿Por qué te ríes de mí? —preguntó mi marido con indignación.

»—Me río de tu preocupación ante insignificantes hechizos, cuando yo puedo decirte dónde encontrar el libro mágico escrito por Thot. Hay dos hechizos en él. Si lees el primero en voz alta, podrás encontrar los cielos de arriba y de abajo, y la tierra desde las montañas al mar. Serás capaz de entender a todas las bestias y pájaros, y todos los peces que habitan en las profundidades, como un dios. Si lees el segundo hechizo, aunque te encuentres en la Ciudad de los Muertos podrás volver a tu forma original y ver brillar el sol y elevarse a la luna, y ver a los mismos dioses.

»Mi marido comenzó a adularle:

»—¡Oh, gran sacerdote, deberías vivir eternamente! Lo que desees se te concederá, pero dime cómo encontrar el libro de Thot.

»—Dame cien piezas de plata para pagar mi funeral, y cuando llegue la hora, dos sacerdotes que cuiden mi *ka*.

»Neferkaptah le entregó la plata, y cuando el viejo sacerdote la hubo contado, susurró a mi marido:

»—El libro de Thot está escondido en un cofre de hierro en el fondo del río, cerca de Coptos. Dentro del cofre de hierro hay otro de bronce y dentro del cofre de bronce hay otro de sicomoro. Dentro del cofre de sicomoro hay otro de ébano y dentro de éste un cofre de marfil. En el cofre de marfil hay otro de plata y en el cofre de plata otro de oro y en éste el libro de Thot. Todos los cofres están guardados por serpientes y escorpiones.

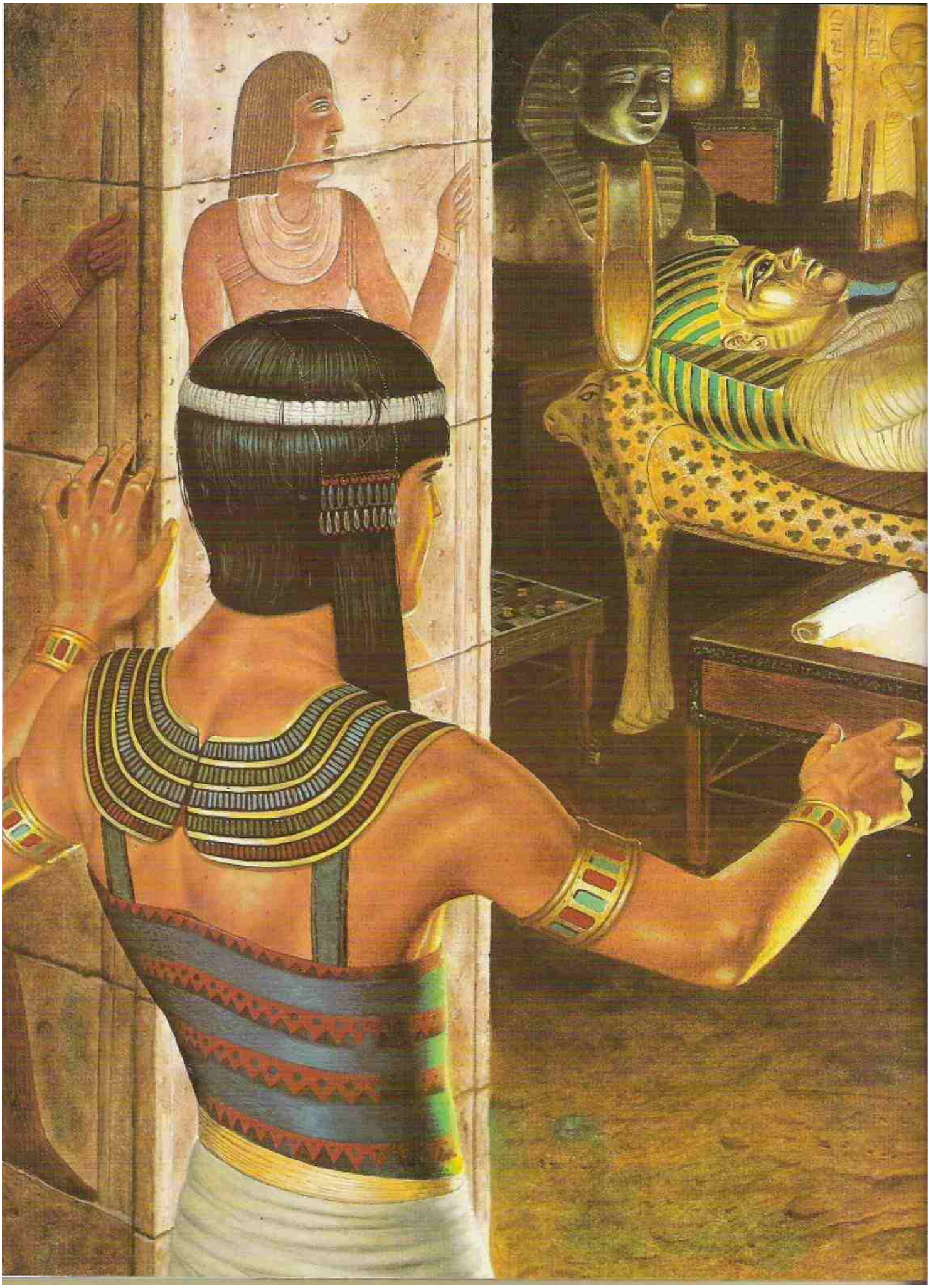
»Neferkaptah, aturdido por la excitación, bajó precipitadamente a palacio para decirme lo que había ocurrido:

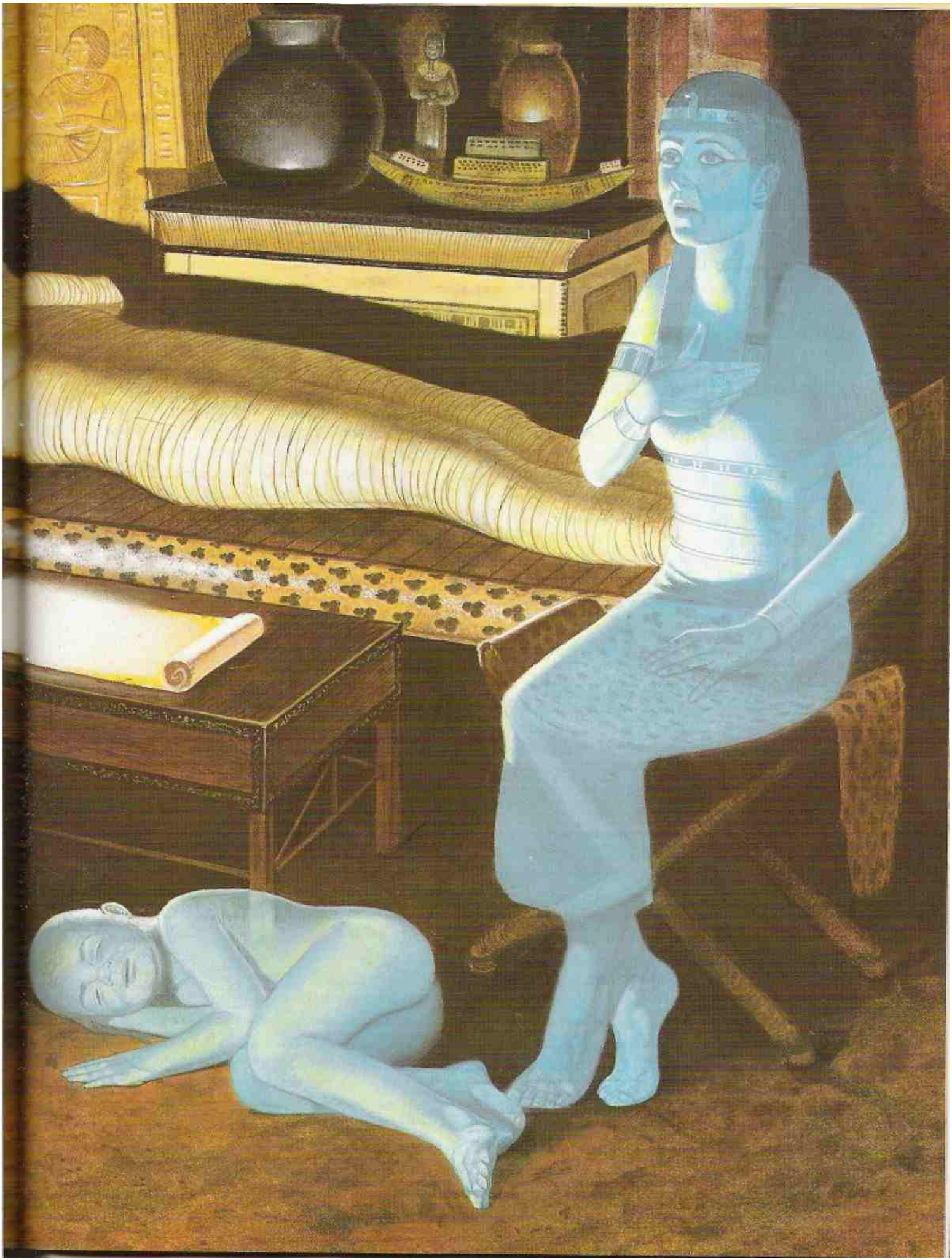
»—Navegaré a Coptos enseguida y traeré el libro de Thot.

»Yo tenía miedo y maldije al viejo sacerdote.

»—Los dioses deberían castigarle por contar tan importante secreto. Sé que Coptos no nos traerá sino desgracias.

»Rogué a Neferkaptah que no fuera al Sur, pero él no podía pensar en nada ajeno al libro de Thot —Ahwere suspiró—. El rey nos entregó un espléndido barco. Neferkaptah navegó hacia el Sur, y Mrib y yo fuimos con él. Cuando llegamos a Coptos, los sacerdotes del tem-





plo de Isis y sus mujeres corrieron a saludarnos y estuvimos cuatro días con ellos. Al quinto día mi marido ordenó que le llevaran cera y modeló un barco con todos sus hombres. Después se agachó sobre él y murmuró unos hechizos, dando vida a toda la tripulación. Introdujo la barca de cera en el río y cargó el barco real con arena. Mi marido subió a bordo y yo me senté a la orilla del río, decidida a no moverme de allí hasta que él regresara. Neferkaptah dijo a la tripulación del barco de cera:

»—¡Remad, hombres, llevadme al lugar donde se halla el desconocido libro de Thot!

»Los hombres de cera tomaron sus remos durante tres días y tres noches, remaron sin parar, seguidos por el barco real. Al cuarto día de viaje el barco de cera se paró y mi marido supo que había llegado al lugar exacto. Arrojó la carga del barco real, formando una franja de arena seca en medio del río. Neferkaptah bajó dirigiendo sus ensalmos a las serpientes y escorpiones que custodiaban el cofre.

»Las serpientes silbaron y los escorpiones alzaron sus colas mortales, pero los ensalmos de mi marido fueron tan potentes que se congeló el veneno al intentar escupirlos y los escorpiones no consiguieron alcanzarle con sus colas. Una serpiente protegía, enroscada, el cofre de hierro, pero su tamaño era excesivo para que los hechizos le hicieran efecto. Mi marido no se asustó, y con su hacha de bronce la cortó en dos. Ante su horror, se unió nuevamente y en pocos segundos le rodeaba. Neferkaptah se aterró ante su venenoso aliento. Los anillos de la serpiente apretaban intentando aplastarle, pero él pudo sacar su daga y clavarla en las relucientes escamas. Mi esposo volvió a cortar a la serpiente en dos, pero en cuanto retrocedió, los anillos se unieron. Neferkaptah tomó su hacha y atacó por tercera vez. Rasgó sus anillos y por un momento la serpiente quedó inmóvil. Para desesperación de mi esposo, los trozos cortados empezaron a moverse uno hacia otro. Con inspiración repentina, Neferkaptah cogió un puñado de arena y la lanzó entre las dos mitades. La serpiente luchó por unirse otra vez, pero algo había ahora entre los trozos que impedía su magia. Con un frenético siseo, la criatura se estremeció y murió. Neferkaptah apartó el cuerpo de una patada y se precipitó a abrir el cofre de hierro. En su interior había otro cofre de bronce, como el sacerdote había dicho. Impacientemente, mi marido comenzó a desarrajar los cofres de bronce, sicomoro, ébano, marfil y plata, y encontró, por último, una cajita de oro. Abrió la tapa y encontró el reluciente pergamino: *El libro de Thot.*

Awhere hizo una pausa. Sus pálidos dedos tocaron el papiro que había en la mesa frente a ella, pero no separó sus ojos de la máscara que escondía el rostro de su marido.

—Neferkaptah —prosiguió— desenroscó el pergamino y se atrevió a leer el primer ensalmo. Encantó el cielo de abajo y el cielo de arriba, y la tierra desde las montañas hasta los mares. Llegó a entender el lenguaje de todo ser vivo, los peces de las profundidades e incluso de las bestias que habitan las colinas desiertas. Esto no fue suficiente para mi marido y leyó el segundo ensalmo. Por su tremendo poder vio el sol y la luna y las estrellas en sus formas verdaderas, y la gloria de los mismos dioses. Después Neferkaptah regresó a su barco. Susurró un ensalmo al río, y las aguas inundaron los cofres, pero el libro de Thot estaba a salvo en manos de mi marido. Ordenó a la tripulación del barco de cera remar hacia Coptos, y lo hicieron sin descanso durante tres días y tres noches. En todo este tiempo yo había estado sentada junto a la orilla del río, frente al templo de Isis. No comí ni bebí hasta saber lo que había ocurrido a mi marido. Durante el séptimo día no aparté mis ojos del agua hasta que vi aparecer el barco real. Neferkaptah saltó a la orilla y, cuando nos hubimos abrazado, le pregunté por el libro de Thot y lo puso sobre mis manos. Leí el primer ensalmo y el segundo, y compartí el poder de mi marido. Neferkaptah ordenó que se le entregaran papiros frescos, donde reprodujo las palabras del libro de Thot. Después empapó el nuevo escrito en cerveza, y más tarde lo introdujo en un recipiente donde lo disolvió en agua. La bebió, y con ella el poder de los dos hechizos. Hicimos ofrendas de gratitud en el templo de Isis como agradecimiento y navegamos de nuevo hacia el Norte con Mrib, nuestro hijo.

»Mi marido estaba muy satisfecho de su éxito, pero el Gran Sabio conocía lo que Neferkaptah había hecho y estaba muy enojado con él. Thot corrió hacia Ra, rey de los dioses, y exigió que se le hiciera justicia.

»—¡Neferkaptah, el hijo del rey Mernebptah, ha descubierto el escondite de mi libro mágico! ¡Ha asesinado al guardián y ha abierto los siete cofres, leyendo los ensalmos prohibi-

dos! ¡Semejantes crímenes no pueden quedar sin castigo!

»Ra estuvo de acuerdo con Thot y decretó que no deberíamos llegar a salvo a Menfis. Nosotros tres estábamos sentados sobre la cubierta, bajo un adornado toldo. No sabíamos que, desde aquel momento, estábamos condenados.

Los oscuros ojos de Ahwere se llenaron de lágrimas y Mrib se tapó los oídos, como si le fuera imposible escuchar la continuación de la historia.

—Nuestro pequeño se bajó del diván donde nos encontrábamos sentados. Cuando se inclinaba sobre la baranda para contemplar el Nilo, la maldición de Ra hizo presa en él, y cayó al agua. Grité al escuchar el chapoteo, y gritaron también los marineros. Mi marido salió del toldo y pronunció el segundo ensalmo del libro de Thot. Mrib se elevó sobre las aguas del Nilo, apartó sus mojados cabellos y nos dijo que la ira de Thot y la de Ra nos había maldecido. Ningún hechizo pudo salvar a Mrib, estaba ya ahogado. Sus labios se cerraron y nuestro hijo cayó muerto a mis pies. Regresamos a Coptos y pasamos setenta insufribles días mientras el cuerpo de Mrib era preparado para ser embalsamado y se le disponía un sepulcro principesco. Tras el entierro, navegamos hacia el Norte para decirle a nuestro padre, el rey, la trágica noticia de la muerte de Mrib. Neferkaptah me cuidaba, pero ansiosamente yo continuaba dando vueltas por la cubierta, sin parar, afligida por la ausencia de nuestro hijo. Cuando volvimos a pasar por donde Mrib se ahogó, la maldición de Ra se apoderó de mí y caí al río. Las aguas se cerraron sobre mi cabeza, y me ahogé antes de que mi marido pudiera rescatarme. Neferkaptah pronunció el segundo ensalmo y mi cuerpo se elevó sobre las aguas. Le hablé de la ira de Thot y de la maldición de Ra, pero mi *ka* había pasado ya al Oeste. Mi marido me llevó a Coptos y fui enterrada junto a mi hijo Mrib.

»Neferkaptah dispuso su regreso a Menfis, pero se dijo a sí mismo: "No puedo soportar mi estancia en Coptos, cerca de la tumba de mi mujer e hijo, pero ¿cómo puedo llegar a Menfis y decirle al rey que no regresan ni su hija ni su nieto, que yo aún vivo, pero que ellos están muertos?» Mi marido sabía que no podría soportar vivir un día más. Envolvió su cuerpo en una venda de lino habiendo introducido el libro de Thot. Entonces, se inclinó sore la baranda del barco y cayó al Nilo. Los marineros gritaron horrorizados, pero no pudieron encontrar el cuerpo de mi esposo.

»Cuando el barco llegó a Menfis, los marineros enviaron un mensajero con la terrible noticia de que los hijos del rey habían muerto. La corte y el mismo rey se presentaron esa mañana en el puerto con todas las gentes de Menfis y el sacerdote de Ptah. El vio el cuerpo de Neferkaptah enganchado al timón del barco real. El cuerpo fue extraído del agua y todos lloraron. El rey dijo:

»—Que ese maldito libro sea enterrado con mi hijo.

»El cuerpo de Neferkaptah fue llevado a los embalsamadores, y tras setenta días descansaba en esta misma tumba. Te he contado la desdicha que nos causó el libro que quieres que te entregue. El libro de Thot nos costó nuestras vidas, no podrá nunca pertenecerte.

Setna temblaba después de escuchar la historia de Ahwere, pero la luz del libro de Thot le deslumbraba y no soportó la idea de dejarlo.

—Deja que posea el libro —repitió—. ¡Si no, lo tomaré por la fuerza!

En ese momento, la momia del príncipe Neferkaptah se incorporó lentamente, y una voz surgió del interior de la máscara:

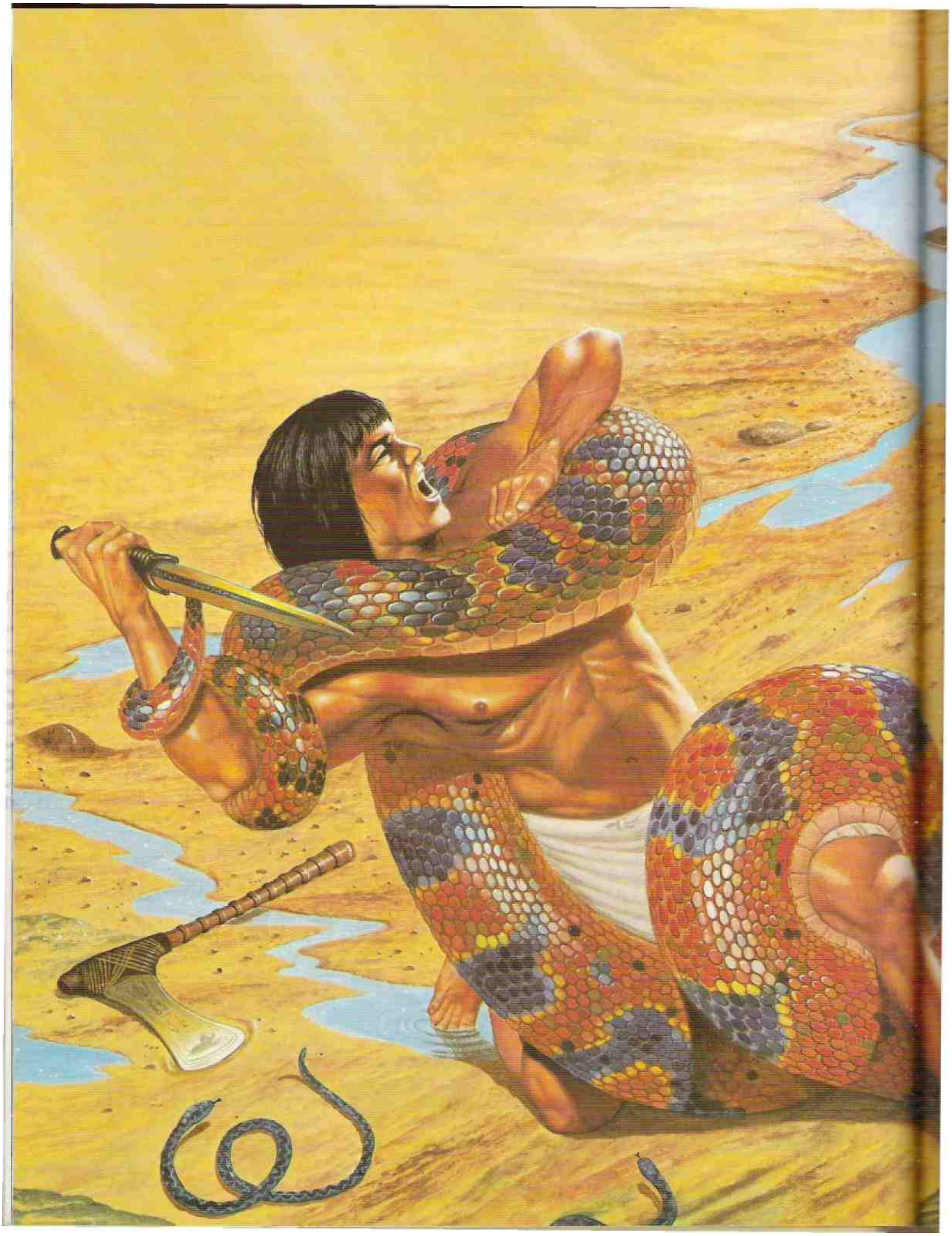
—Setna Khaemwese: ¿No has oído a Ahwere? ¿Eres un mago lo suficientemente poderoso para quitarme el libro de Thot? ¿O jugarás conmigo cuatro partidas de damas? Si ganas, obtendrás el libro de Thot como premio.

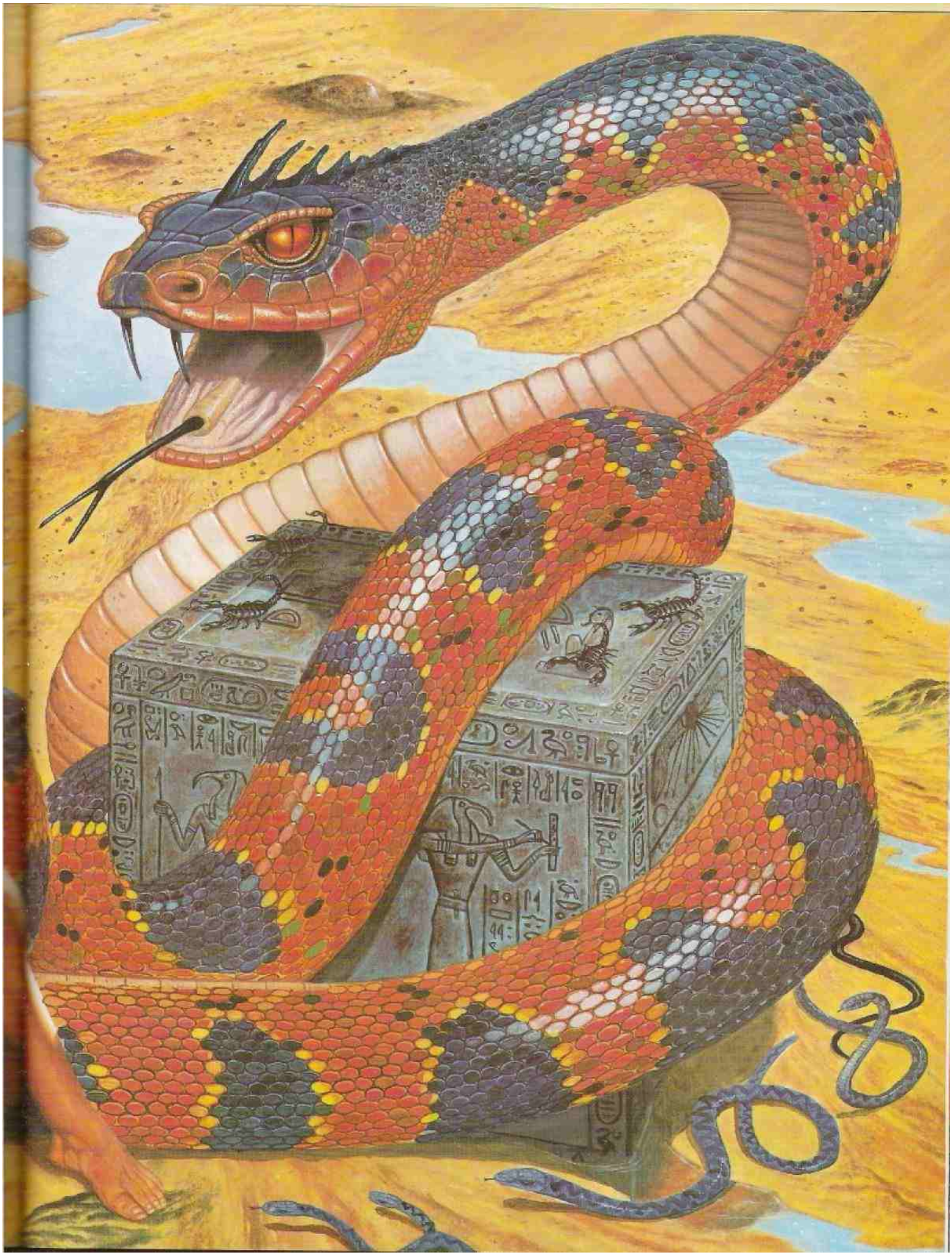
Ante el estremecedor soplido de la voz de Neferkaptah, Anhurerau retrocedió. ¿Qué pasaría si Setna perdiese? El lo susurró al oído de su hermano, pero éste se acercó al libro de Thot:

—Estoy preparado —dijo.

Cerca del canapé había un tablero de damas con casillas de ébano y marfil, y piezas de oro y plata. Comenzaron la primera partida y las piezas se movían sin ser tocadas. Setna era un buen jugador, pero el difunto príncipe era aún mejor. Neferkaptah ganó la primera partida y murmuró un ensalmo. Setna se hundió bajo tierra hasta los tobillos.

Anhurerau trató en vano de sacar a su hermano. Setna no podía hacer nada, pero jugó la segunda partida; también perdió. Neferkaptah murmuró otro ensalmo y Setna se hundió hasta la cadera. Setna comprendió que estaba arriesgando su vida por el libro de Thot, y comenzó la tercera partida.





En la cámara del sepulcro tan sólo se oían las piezas sobre el tablero. Setna jugó astutamente, pero el príncipe muerto parecía leer su pensamiento, y lentamente fue perdiendo. Neferkaptah formuló un tercer ensalmo y Setna se hundió hasta la barbilla. No podía mover más que sus ojos y sus párpados. Setna susurró desesperadamente a Anhurerau:

—¡Vete de la tumba! Ve al faraón y trae mis libros de magia y los amuletos de Ptah.

Mientras comenzaba la cuarta y última partida Anhurerau huyó rápidamente por el largo pasadizo. Como la luz de la cámara se extinguía, hizo su camino rogando a Ptah no perderse en la oscuridad. Se le hizo interminable hasta ver de nuevo la luz del día. Anhurerau, una vez fuera de la tumba, aterrorizó a los obreros y corrió hasta donde estaba el faraón. Cuando le contó su historia, Ramsés dijo:

—¡Corre, hijo mío! ¡Lleva a Setna estos libros de magia y estos amuletos de poder!

Anhurerau regresó lo más rápidamente que pudo con los papiros mágicos debajo del brazo, una antorcha en una mano y los amuletos de Ptah en otra.

En la cámara del sepulcro las piezas de plata eran más numerosas que las de oro; Setna perdía por cuarta vez; este sería su último juego. Ya imaginaba la tierra cubriendo sus párpados, su nariz, sus ojos... Setna ya no jugaba para ganar, sólo pretendía retrasar ese espeluznante momento. Finalmente, Neferkaptah hizo su jugada de la victoria, y las palabras del cuarto ensalmo salieron de su reluciente máscara. Cuando Setna se disponía a abrir su boca para pedir clemencia, oyó unos pasos. Anhurerau llegó a la cámara del sepulcro, se arrodilló frente a su hermano y puso los amuletos de Ptah sobre su cabeza. Al instante, el poder de Ptah liberó a Setna de los ensalmos del difunto príncipe. Salió fuera de la tierra y, tras unos instantes de duda, arrebató el libro de Thot. Setna y su hermano salieron apresuradamente de la cámara del sepulcro. La antorcha de Anhurerau no fue necesaria, pues la luz les precedía y la oscuridad quedaba tras ellos. En la lóbrega cámara del sepulcro Ahwere lloraba y Mrib se abrazaba a ella.

—Hola, rey de la oscuridad —susurró ella.

—¡Adiós, rey de la luz! El poder que nos protegía se ha desvanecido y yo desapareceré en mi solitaria tumba.

Pero Neferkaptah había bebido las palabras del libro de Thot y no estaba desesperado.

—No te entristezcas —dijo—. Haremos que Setna devuelva el libro de Thot con un plato de incienso en su cabeza y un bastón de horquilla en su mano.

Cuando los dos príncipes salieron de la tumba, ordenaron a los obreros cerrar de nuevo la entrada y echar arena sobre ella. Setna se apresuró a ver al faraón y le contó todo lo ocurrido. Ramsés le miró con gravedad.

—Si eres sabio, querido hijo, devolverás el libro enseguida o de lo contrario Neferkaptah te humillará haciéndote regresar llevando el bastón del suplicante y el incienso ardiendo para protegerte.

Setna no escuchaba, no veía el momento de desenrollar el reluciente papiro.

Durante varios días estudió el documento, aprendiendo a leer la antigua escritura. Una mañana, Setna se paseaba por el patio del templo de Ptah, reflexionando sobre las palabras del primer ensalmo. De pronto vio a una mujer caminando hacia el templo principal seguida por un gran número de sirvientes y pajes. Desde sus delicados pies hasta sus brillantes trenzas de color negro, era la criatura más bella que Setna jamás había visto. Durante unos instantes, sus ojos se encontraron y él no pudo adivinar de quién se trataba. La mujer ocultó su rostro tras un abanico de plumas de avestruz y siguió caminando.

Setna llamó a uno de sus esclavos:

—¿Ves a esa mujer? ¡Quiero saber inmediatamente de quién se trata!

Esperó impaciente bajo la sombra de las puertas del templo, hasta que el joven regresó.

—Mi señor, sus doncellas me han dicho que se llama Tabube, es hija del profeta de Bastet de Ankhtawy y ha venido a rezar a Ptah.

—Regresa y habla con una de sus sirvientes, di que Setna Khaemwese te envía. Preocúpate de que le llegue el mensaje siguiente: si pasa algunos días conmigo la obsequiaré con diez piezas de oro.

El esclavo se sorprendió al escuchar las palabras de su amo, pero obedeció rápidamente. Tabube se encontraba en el patio cercano haciendo ofrendas de vino y flores ante la estatua de Ptah. El esclavo se acercó cautelosamente a una de sus sirvientas y susurró la oferta de su amo. La mujer se indignó más que si hubiera sido insultada su ama y protestó amargamente contra el pobre esclavo. Tabube en seguida quiso saber lo que ocurría, y con gran timidez

y nerviosismo el joven repitió el mensaje. Tabube no pareció ofenderse lo más mínimo.

—Dile a Setna Khaemwese —dijo ella— que soy una sacerdotisa y mujer de rango. Si quiere que nos veamos tendrá que visitarme en mi casa, en Bubastis, y allí le agasajaré.

El joven corrió a decírselo a su amo y Setna se quedó encantado. Se olvidó de su mujer y familia e incluso del libro de Thot. No podía pensar en nada más que en Tabube, y al día siguiente navegó hacia el Norte, hacia Bubastis.

No tardó en encontrar la casa del profeta de Bastet de Ankhtawy y le dijeron que esperara en el amurallado jardín. Setna caminó entre unas higueras y se sentó en un cenador pensando en Tabube. De pronto levantó la mirada y ella estaba junto a él. Tabube llevaba un precioso vestido de lino transparente. Sus párpados tenían un color verde de malaquita, sus pestañas negras, con cosmético de khol y su pelo perfumado con flores de loto.

Ella llamó a Setna con gestos y, entrando con él en la casa, le llevó a una de las habitaciones de arriba. El suelo era de lustroso lapislázuli y las paredes tenían incrustaciones de turquesa. Los canapés de ébano estaban forrados de fina tela, y sobre una mesa había fuentes con granadas y jarros con vino. El aire se hacía más denso por el incienso. Tabube se sentó junto a Setna. Ella le ofreció frutas, pero él estaba demasiado excitado para comer. Tabube sirvió el fortísimo vino rojo y bebieron juntos.

Setna anhelaba besarla, pero Tabube dijo:

—Soy una sacerdotisa y mujer de alto rango. Tendrás que casarte conmigo y firmar un contrato.

Setna estaba demasiado enamorado para pensarlo dos veces.

—Que venga un escriba —dijo él.

Al momento un escriba apareció con un contrato preparado, en el cual Setna ofrecía todas sus riquezas a su nueva mujer. Firmó rápidamente, y tan pronto como el escriba hubo desaparecido, Setna intentó besar de nuevo a Tabube, pero ella retrocedió.

—Este contrato no tendrá validez alguna hasta que tus herederos renuncien a todos sus derechos. Están esperando abajo, les haré venir y firmarán nuestro contrato matrimonial.

Setna estaba demasiado intoxicado con el fortísimo vino que había bebido y con la sobrenatural belleza de Tabube para recapacitar

sobre la propuesta. Sus hijas pequeñas subieron a la estancia y sumisamente firmaron el contrato que les hacía perder todos sus derechos sobre sus respectivos patrimonios. Cuando se fueron, Setna bebió otra copa de vino y rodeó con sus brazos la cintura de Tabube. Ella se apartó mientras una lágrima se deslizaba por sus pómulos enrojecidos.

—Si realmente me amas —dijo ella—, tendrás que matar a tus hijas. Estoy segura de que se opondrán a nuestro matrimonio y nos harán infelices.

Cuando Setna miró a los ojos de Tabube, se dio cuenta de que no podría negarle nada. Ordenó que mataran a sus hijas y que sus cuerpecitos fueran arrojados por la ventana del patio. Setna escuchó cómo los perros y los gatos desgarraban sus cuerpos, mientras él brindaba con la bella Tabube. Luego ella rodeó con sus blancos brazos el cuello de Setna y se inclinó para besarlo. Inesperadamente, los labios de Tabube se abrieron en un escalofriante grito, y, tras esto, Setna se encontró a sí mismo acurrucado en mitad de la calle, abrazando el polvo. Tabube y su casa se habían desvanecido. Su mente se despejó, y Setna se dio cuenta de lo que había hecho. Gimió arrastrándose por el polvo. Los transeúntes le miraban atónitos pensando si era un borracho o un loco.

El pobre Setna no se dio cuenta de que cuatro nubios se acercaban cargando una silla de ébano. Sobre la silla había un hombre en-

vuelto en espléndidas ropas, y luciendo joyas reales. Parecía disfrutar con el estado de Setna.

—¿Qué hace el príncipe Setna Khaemwese en semejante estado?

—Neferkaptah es el responsable —dijo Setna amargamente—. Se ha vengado en mis pequeñas, mis queridas hijas...

El desconocido sonrió.

—Regresa a Menfis. Encontrarás a tus hijas a salvo en la corte del faraón.

Setna no daba crédito a sus oídos. ¿Había sido todo una ilusión? El real desconocido hizo una seña a sus esclavos, que ofrecieron una capa a Setna para que cubriera sus sucias ropas.

—Regresa a Menfis, tus hijas están a salvo —repitió.

Había algo que le resultaba familiar en la voz del desconocido, pero antes de que hubiera podido darle las gracias, la carroza y los nubios habían desaparecido.

Setna regresó a Menfis y su mujer e hijas se sorprendieron por lo ardiente de sus abrazos y las muchas veces que preguntó si estaban sanas y salvas. Ese mismo día Setna tuvo una incómoda audiencia con el faraón. Cuando Ramsés se enteró de la historia completa, le dijo:

—Setna, intenté advertirte y no me escuchaste. ¿Devolverás ahora el libro de Thot antes de que ocurra otra catástrofe?

Al día siguiente los obreros abrían de nuevo la tumba de Neferkaptah. Un avergonzado Setna se introdujo con un plato de incienso balanceándose sobre su cabeza, el bastón de horca en una mano y el libro de Thot en la otra. Tan pronto como entró en la cámara del sepulcro, Ahwere susurró:

—¡Ah, Setna, nunca habrías escapado con vida de no haber sido por la ayuda de Ptah!

—Bueno —rió su marido—, veo que mi profecía se ha hecho realidad.

Setna se inclinó humildemente hacia el difunto príncipe y le devolvió el libro de Thot, que iluminó la tumba como el sol naciente.

—¿Tengo que hacer algo más? —preguntó Setna cautelosamente. Neferkaptah miró las pálidas figuras de su mujer y su hijo.

—Por la fuerza de mi magia —dijo el príncipe— los *ka* de mi familia están junto a mí, pero tanto esfuerzo me fatiga. Tráeme sus cuerpos desde Coptos, y entonces estaremos verdaderamente unidos.

Setna abandonó la tumba y le dijo al faraón lo que el difunto príncipe deseaba. Ramsés ordenó que un barco saliera por la mañana hacia el Sur. Cuando Setna llegó a Coptos, fue saludado por los sacerdotes del templo de Isis, y él ofreció bueyes, gansos y vino a la diosa y a Horus, su hijo. Al día siguiente fue con el sumo sacerdote de Isis a la Ciudad de los Muertos para buscar la tumba de Mrib y Ahwere. Deambuló durante tres días entre tumbas, buscando en las antiguas piedras y leyendo las inscripciones, pero ninguna pertenecía a la familia de Neferkaptah.

Desde la lejana Menfis, el difunto príncipe vigilaba la búsqueda y, al ver que Setna no podía encontrar la tumba, se transformó en un anciano sacerdote y cojeando atravesó la ladera. Setna le recibió cortésmente:

—Pareces ser el hombre más anciano que he encontrado en Coptos. ¿Puedes recordar dónde se encuentran enterrados la princesa Ahwere y su hijo?

El anciano fingió pensar durante unos instantes y luego dijo:

—El abuelo del abuelo de mi padre dijo que el abuelo de su padre le había dicho que la tumba de Ahwere se encuentra bajo la esquina sur de la casa del sumo sacerdote.

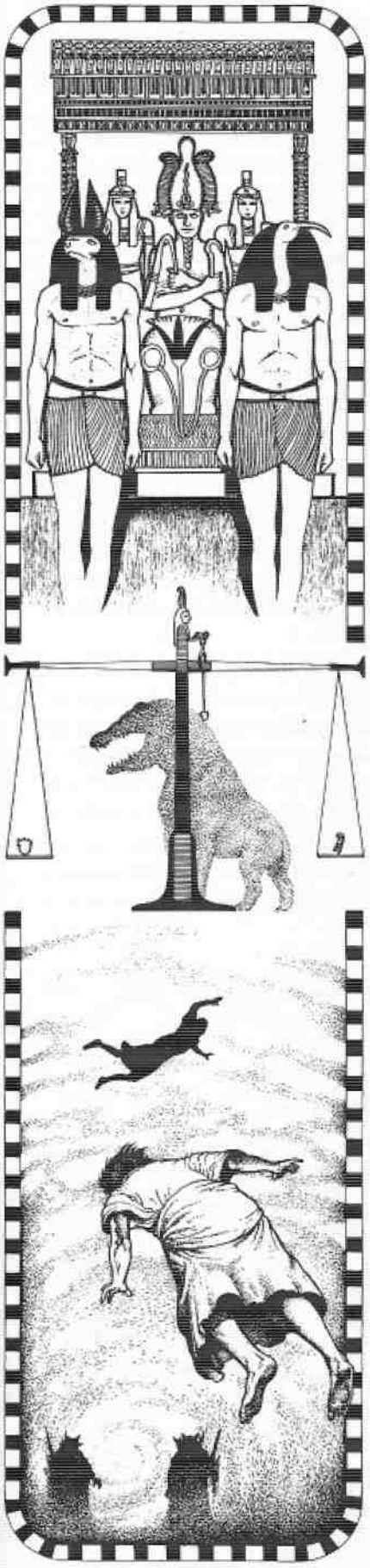
Setna le miró con desconfianza.

—¿Cómo puedo saber que dices la verdad? Quizá tengas algún motivo de rencor contra el sumo sacerdote y quieras ver su casa derruida.

—Tómame como prisionero —contestó el anciano desdentado— y, si no encuentras la tumba, mátame.

Setna ordenó a sus hombres derribar la casa del sumo sacerdote, y bajo la esquina sur encontraron una antigua tumba. Al final de un oscuro pozo estaban los ataúdes de Ahwere y Mrib. Setna los embarcó con reverencial cuidado. Ordenó a sus hombres que reconstruyeran la casa del sumo sacerdote, y cuando Setna se acercó a dar las gracias al anciano, encontró a los guardas en absoluta confusión; su prisionero se había desvanecido. En aquel instante, Setna comprendió quién había sido el anciano.

Setna navegó hacia el Norte, y cuando llegaron a Menfis, el faraón y toda su corte se encaminaron al puerto para honrar a los reales difuntos. Los ataúdes de Ahwere y Mrib fueron introducidos en la cámara sepulcral de Neferkaptah y, por fin, la familia estuvo reunida. El propio Setna vio cerrar la entrada con ladrillos. Nunca se volvió a entrar en la tumba y nadie más leyó el libro de Thot.



El joven mago

El príncipe Setna Khaemwese y su mujer Mehusekhe tenían dos preciosas hijas, pero ellos anhelaban un varón. Año tras año colmaban los altares de los dioses con ricas ofrendas, pero sus ruegos nunca tuvieron eco. En muchos templos, los enfermos y las mujeres estériles solían dormir en los recintos sagrados, esperando que se les apareciese alguna deidad en sueños y les dijera cómo sanar. Setna decidió llevar a su mujer a pernoctar al templo de Osiris.

Llegaron al atardecer y encontraron el edificio atestado de gentes que desenrollaban sus ropas de cama, disponiéndose a dormir en el patio. A la mujer de Setna, debido a su rango, la acomodaron en una cámara donde sólo cabía el lecho. El príncipe le dio un beso y se fue. Ella yacía en el extraño lecho con los ojos cerrados. Los ronquidos de los enfermos y los ruegos de las mujeres estériles se escuchaban por doquier. Mehusekhe sabía que no podría dormir en tal lugar, pero al cabo de tres horas de ruegos a Isis y Osiris se durmió.

Justo antes del amanecer, Mehusekhe se despertó sabiendo que un dios le había hablado durante el sueño. No podía recordar bajo qué forma se le había presentado, pero estaba segura de que una misteriosa voz le dijo: «Mujer de Setna, preséntate mañana donde tu marido se baña. Sobre el lago crece una parra. Coge una rama con su fruta. Exprime su jugo mezclado con agua y bébelo. Después abraza a tu marido y concebirás un hijo.»

Mehusekhe hizo una ofrenda de gratitud, dejó el templo y fue en pos del lago y la parra. Hizo todo lo que el dios había ordenado, y pronto quedó encinta. Cuando se lo dijo a Setna le causó una gran alegría. Su marido colgó un poderosísimo amuleto del cuello de su mujer y recitó ensalmos para proteger al futuro niño.

Una noche, un dios se apareció a Setna en sueños y le dijo:

—Setna Khaemwese, tu mujer va a dar a luz a un niño. Cuando nazca deberá llamarse Sa-Osiris y hará maravillas en Egipto.

Setna despertó de su sueño aún más feliz que antes, esperando impaciente los meses que faltaban para el suceso.

Cuando llegó la hora, Mehusekhe dio a luz un precioso niño, y Setna lo llamó Sa-Osiris. Pronto se hizo evidente que el pequeño era extraordinario. Cuando tenía un año, los desconocidos pensaban que tenía dos, y cuando tenía dos, todos pensaban que tenía tres. Setna se sentía orgulloso de su hijo, y Sa-Osiris comenzó a ir a la escuela cuando otros de su misma edad apenas pueden caminar.

Aprendió a leer y escribir tan deprisa que en pocos meses sabía más que su maestro.

Después el pequeño fue llevado al templo de Ptah, donde su padre era Sumo Sacerdote, y le pusieron al cuidado de los sabios en la Casa de la Vida. Allí los sacerdotes estudiaban astronomía y matemáticas, medicina y magia, y hacían copias de los libros sagrados. Sa-Osiris era su alumno más aventajado. Aprendió los rituales de cada dios en cada templo todos los días del año. Conocía los nombres de todas las estrellas y calculaba los días afortunados o desafortunados; sabía hechizos para combatir las enfermedades y para proteger a los vivos y a los muertos. A los siete años se sabía de memoria todos los libros del templo. Los que le conocían se pasmaban ante la inteligencia del niño, y Setna puso todas sus ilusiones en el día en que su maravilloso hijo fuera presentado en la corte.

Una tarde, Sa-Osiris y su padre fueron juntos a su casa de Menfis para un banquete. Setna se sorprendió al escuchar lamentos, se asomó a la ventana y vio que era del funeral de un hombre rico. Un ataúd con incrustaciones descansaba sobre un trineo que arrastraban un par de bueyes, seguidos de mujeres llorando. Los pies desnudos, despeinados los cabellos y las ropas desgarradas ofrecían un lamentable espectáculo, y habían sido pagadas para golpear sus pechos y gemir como si Osiris acabara de morir otra vez. Tras ellas caminaban filas de sirvientes que cargaban sillas de ébano, cofres de marfil con incrustaciones de piedras preciosas, abanicos de plumas de avestruz y otros muchos preciados objetos para enterrar con el difunto en su espléndida tumba.

Tras esta procesión hubo otro funeral. Envuelto en una estera, un pobre hombre, que había muerto sin casa y sin amigos, era arrastrado a su sepultura en la arena del desierto. No tenía plañideras que lloraran por él, ni siquiera poseía un jarrón de barro para que lo enterraran con él. Al verlo, Setna exclamó:

—¡Por Ptah! Cuánto más feliz es el rico, incluso en su muerte, que ese pobre hombre.

Sa-Osiris se acercó a la ventana donde se encontraba su padre y dijo pausadamente:

—¿Lo crees así? Yo desearía que compartieras el destino del hombre pobre.

Setna se entristeció.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa?

—Si quieres, padre, te enseñaré qué le ha ocurrido al rico, tan llorado por las plañideras, y al pobre que no las tiene. Ven conmigo.

Con una reservada sonrisa, Sa-Osiris tomó la mano de Setna y se fueron a la calle. En una barca cruzaron el Nilo y llegaron a la Ciudad de los Muertos, junto al desierto del Oeste. Una vez entre las antiguas sepulturas, Sa-Osiris pronunció un ensalmo para eliminar las barreras entre el reino de los muertos y el de los vivos. Setna sintió que su cuerpo perdía peso, y levitó. A una vertiginosa velocidad, el joven mago dio alcance a su padre, que traspasaba las puertas del Mundo Subterráneo. Setna distinguió entre las sombras figuras demoníacas que llevaban largos cuchillos, pero Sa-Osiris conocía el ensalmo para convencer a los Guardianes de las Puertas. Se zambulleron en las profundidades del Mundo Subterráneo, y cuando redujeron el paso Setna vio estupefacto un grupo de hombres sentados en cuclillas en el suelo de una lóbrega estancia que intentaban trenzar paja para formar cuerdas. Sus dedos estaban en carne viva y su tarea era interminable, pues junto a cada hombre había un asno que se comía las cuerdas.

Había tres hombres absolutamente esqueléticos, con sus rostros chupados por el hambre. Sobre sus cabezas pendían panes y jarras de vino. A la más mínima posibilidad de alcanzarlos, los demonios que los acechaban cavaban fosos bajo sus pies. Los escuálidos hombres caían en los hoyos antes de dar alcance a las provisiones y maldecían atormentados por el hambre que los consumía.

La sala siguiente estaba llena de almas suplicantes, y el eje de la gran puerta estaba fijo en el ojo de un hombre que continuamente gemía y rezaba. El cuerpo de Setna se estremeció al cerrarse la puerta y gritar el hombre agónicamente, pero Sa-Osiris le llevó a otra sala. Allí los demonios del Mundo Subterráneo escuchaban los pecados de los nuevos difuntos frente a los cuarenta y dos jueces. En la última sala, Setna quedó deslumbrado por la misteriosa forma del rey de los Muertos.

Vestido con fina tela blanca y con la piel de color verdoso, Osiris estaba sentado bajo un dorado toldo con los símbolos de la realeza, el cayado y el mayal. Tras él se encontraban la valiente Isis y el gentil Neptys, y frente a él, Anubis con su cabeza de chacal, el guardián de los muertos, y Thot con cabeza de ibis, escriba de los dioses. La enorme sala estaba llena de espíritus de los muertos benditos, y en el centro se encontraban las balanzas para comparar los pesos de los corazones difuntos con las plumas de la Verdad. En la penumbra había una monstruosa forma con una parte de león, otra de cocodrilo y otra de hipopótamo: era el Devorador que daba una segunda muerte a las almas malditas. Sa-Osiris susurró a su padre, que temblaba de respeto:

—¿Ves a ese espíritu bendito envuelto en doradas ropas, que lleva las plumas de la Verdad en sus cabellos y que está junto al trono de Osiris? Pertenece al pobre hombre que viste en un miserable ataúd y al que nadie lloraba. Su espíritu llegó al Mundo Subterráneo y se le juzgó. Se enfrentó con los cuarenta y dos jueces y su corazón fue pesado con las plumas de la Verdad. Sus buenas acciones pesaron más que las malas. El mismo Osiris ordenó que al pobre se le ofrecieran los bienes del rico y un lugar entre los espíritus benditos.

Setna se quedó mirando fijamente al brillante espíritu que hacía tan sólo unos instantes había sido un pobre vagabundo obligado a deambular por las calles de Menfis. Antes de que pudiera formular la siguiente pregunta, Sa-Osiris comenzó a contestarla:

—Para el acaudalado hombre cuyo lujoso funeral presenciaste... a pesar de sus innumerables esfuerzos por ser compasivo con el débil y generoso con el pobre, sus malas acciones pesaron mucho más que las buenas. Osiris le condenó a prisión en el Mundo Subterráneo. Su alma es la que viste con el eje de una gran puerta metido en un ojo. Por Osiris, el Señor de los Muertos, cuando dije que te enseñaría el destino del pobre, ya sabía lo que ocurriría con las dos almas.

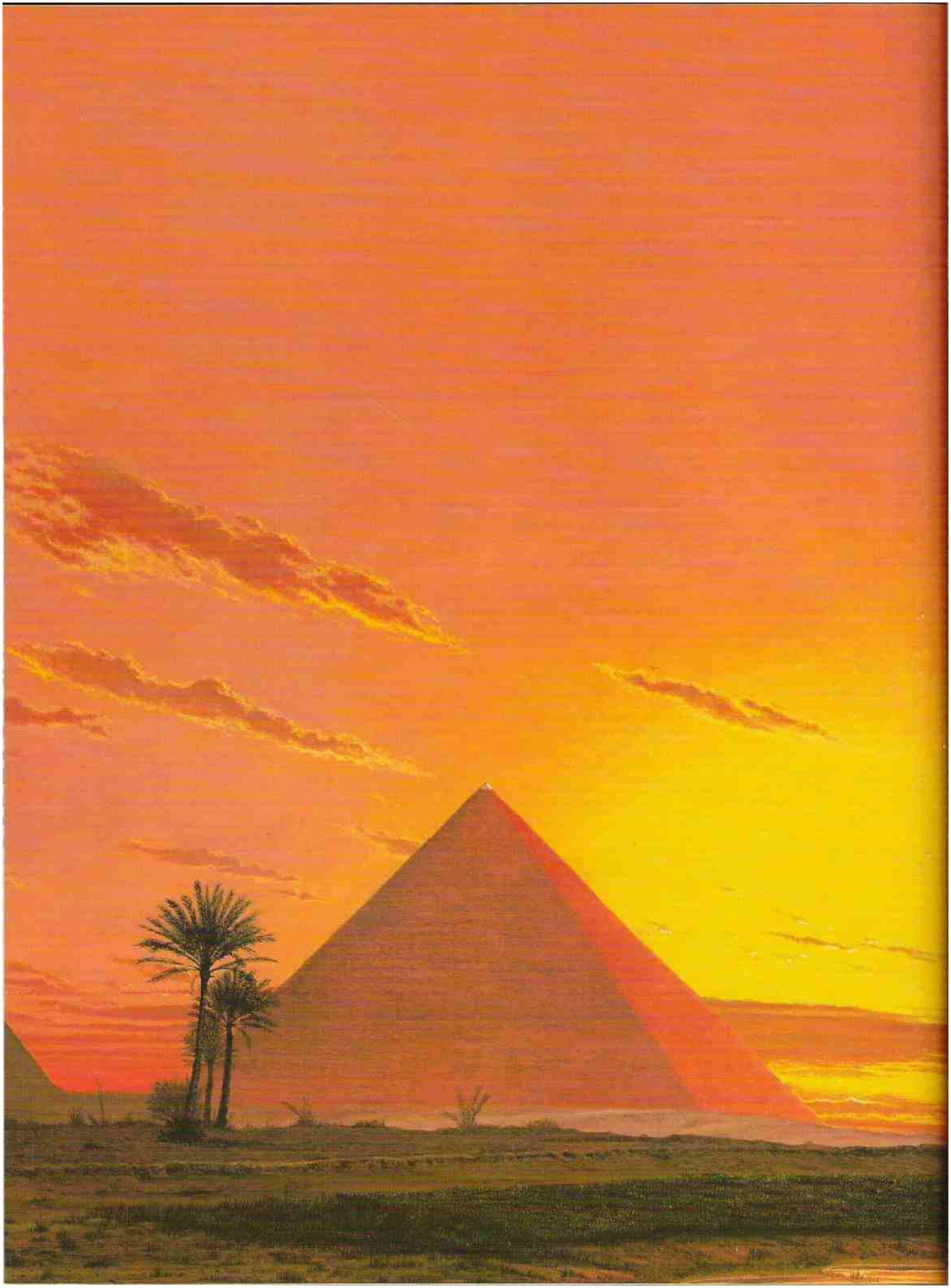
Setna comprendió que se había equivocado al juzgar a su hijo, y le propuso que siguiera enseñándole otros maravillosos misterios.

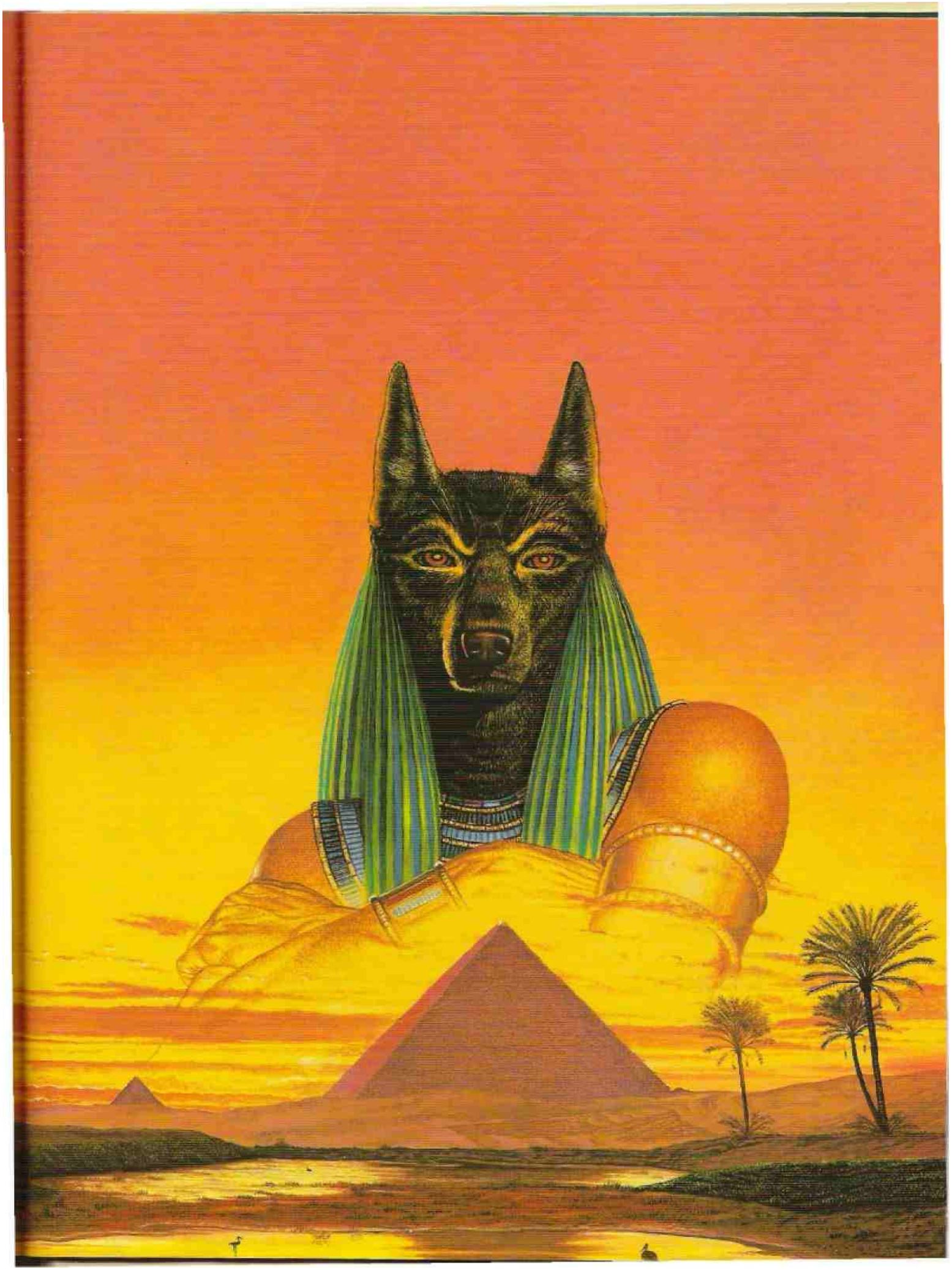
—Los hombres que viste trenzando cuerdas que nunca terminarían y los que luchaban por la comida que nunca alcanzarían poseen almas malditas, condenadas al tormento. Queridísimo padre, aprende esta lección. Si eres bueno en la tierra, el rey de los Muertos será bueno contigo. De lo contrario, se te castigará con maldad. Así es la ley de los dioses para toda la eternidad.

Setna inclinó su cabeza y dejó que su hijo le condujese fuera del Mundo Subterráneo por extraños y retorcidos senderos. Pasaron a través del fuego y el agua, y emergieron al desierto del Oeste. Cuando caminaban de vuelta a Menfis, agarrados de la mano, Setna estaba sobrecogido ante la sabiduría y poder de Sa-Osiris.

—Es casi un dios, y cuando las gentes me pregunten puedo decir: ¡es mi hijo!

Susurró ensalmos contra los demonios del Mundo Subterráneo. Había visto lo que ningún hombre vivo tuvo oportunidad de ver, y ahora sabía que incluso el hijo de un faraón debía sentir temor ante el Juicio de la Muerte.





La carta sellada

Un día, el gran faraón Ramsés convocó a su corte en Menfis, sentado en su trono, rodeado de sus príncipes, generales, sacerdotes, concejales y todas las grandes personalidades de Egipto. Un cacique de Nubia adornado con espléndidas pieles de leopardo, plumas y ajorcas de marfil y oro le hizo tres reverencias, pero sus palabras no fueron humildes.

—¿Alguien puede leer aquí esta carta sin abrirla? ¡Si no hay en tu corte sabios para leer el contenido de la carta sin romper el sello y desenrollar el papiro, haré que Egipto se avergüence ante Nubia!

Los cortesanos quedaron atónitos. Ninguno de ellos había oído hablar de un hombre tan sabio para realizar semejante hazaña, pero el faraón dijo pausadamente:

—Traed al más sabio de mis hijos, al príncipe Setna Khaemwese.

Doce sirvientes corrieron a buscarlo, y pronto Setna hacía una reverencia ante su padre.

—Hijo —comenzó el faraón—, este cacique de Nubia quiere saber si hay alguien tan sabio en Egipto que pueda leer una carta sin abrirla.

—La respuesta es muy simple —dijo Setna, disimulando su inquietud—, dame diez días y veré qué puedo hacer para que la vergüenza de Egipto no llegue a la tierra de los comedores de goma.

—Los días son tuyos —contestó el faraón, y ordenó que ofrecieran al cacique confortables habitaciones en palacio y le cocinaran platos típicos de Nubia.

Ramsés abandonó la cámara con gran dignidad, pero le resultó difícil comer y dormir temiendo por su pueblo. Setna se encontraba aún en peores condiciones. Regresó a su casa como un sonámbulo y se acostó, escondiendo la carta entre las mangas de su vestimenta. Mehusekhe, su mujer, le rodeó con sus brazos.

—Hermano mío, te estremeces de frío. ¿Estás enfermo o asustado?

—Déjame solo, mi corazón se estremece por todo, y una mujer no me puede ayudar.

Sa-Osiris se introdujo en la estancia de su padre y le preguntó qué ocurría.

—Déjame solo. No tienes más que doce años, y un niño no me puede ayudar.

—Dime qué ocurre —insistió Sa-Osiris—, haré que desaparezcan tus temores.

Setna le contó a su hijo que el cacique de Nubia les había desafiado.

—Y si no encuentro un egipcio que sea capaz de leer la carta sellada, mi país y yo seremos deshonrados para siempre.

Sa-Osiris comenzó a reírse, y su padre le preguntó indignado qué le hacía tanta gracia.

—¡Oh, padre! Me río de tu desesperada preocupación ante algo tan insignificante. Yo puedo leer esa carta.

Setna se incorporó en seguida incrédulo.

—¿Eres capaz de demostrarlo, hijo mío?

—Toma un papiro. Lo leeré desde un piso más arriba.

Setna corrió escaleras abajo. Abrió un arca de cedro y sacó un papiro que contenía ensalmos para las fiebres. Lo miró durante un minuto y regresó con su hijo. Sa-Osiris en seguida comenzó a recitar los ensalmos allí escritos, asombrando a sus padres. Una y otra vez, Setna bajaba, abría el arca y tomaba uno de los papiros al azar, pero Sa-Osiris siempre sabía su contenido. Setna fue a palacio a darle la buena noticia a su preocupado padre. Ramsés no cabía en sí de gozo e invitó a su hijo y a su nieto para celebrar la buena nueva juntos.

A la mañana siguiente, el cacique de Nubia se presentó ante el trono con la carta sellada sujeta en su cinturón. Sa-Osiris fue a su encuentro.

—Tú, diablo de Nubia, has venido a esta maravillosa tierra de Egipto, jardín de Osiris, escabel de Ra, para traernos la vergüenza y la deshonra. ¡Amón te castigará! Ahora leeré tu carta, y no trates de mentir al faraón acerca de su contenido.

—No mentiré —dijo el cacique arrogantemente.

No temía al niño, pero su rostro cambió a medida que Sa-Osiris leía la carta.

—Esto es lo que hay escrito en la carta: «Hace cientos de siglos, cuando el faraón Siamun gobernaba Egipto, Nubia envidiaba su valor y poder. Un día, el príncipe de Nubia descansaba en los jardines de un templo de Amón, cuando escuchó casualmente a tres hechiceros hablando.

»—Amón y el faraón no me castigarán —dijo el primer hechicero—. Sometería a Egipto bajo mi hechizo y permanecería en tinieblas tres días y tres noches, y aterrorizaría a las gentes.

»—Amón y el faraón no me castigarán —declaró el segundo hechicero—. Sometería a Egipto bajo mi hechizo y permanecería árido durante tres años y no habría cultivos.

»—Amón y el faraón no me castigarán —declaró el tercer hechicero—. Sometería al faraón bajo mi hechizo y sería llevado a Nubia, y sería castigado ante el príncipe. Después regresaría a Egipto. Todo esto transcurriría en seis horas.

»El príncipe ordenó que se presentaran ante él los tres brujos y les dijo:

»—¿Cuál de vosotros presume de poder traer al faraón y castigarlo ante mí?

»—Sa-Neheset.

»—Arroja tu hechizo sobre Egipto —ordenó el príncipe—, y si tienes éxito, por Amón, el Toro de Meroe, te ofreceré grandes cosas.

»Sa-Neheset modeló una camilla y cuatro porteadores de fina cera. Recitó sus ensalmos sobre ellos y les dio vida. Después ordenó a los porteadores que volaran a Egipto y regresaran a Nubia con el faraón y le azotaran cinco veces. Los porteadores abrieron sus bocas de cera y dijeron a coro:

»—Lo haremos como nos ordenas.

»Esa noche, el hechicero de Nubia recitó sus ensalmos contra Egipto y los porteadores de la camilla entraron en el dormitorio del faraón sin ser vistos. Dominaron a Siamun con sus poderes mágicos, le echaron sobre la camilla y regresaron a Nubia. En el palacio del príncipe, el faraón fue arrojado de la camilla y los porteadores le golpearon con palos mientras la corte de Nubia reía. Después le devolvieron a su cama en Egipto; todo ocurrió en seis horas, y los porteadores desaparecieron.»

Sa-Osiris hizo una pausa, y hubo murmullos entre los cortesanos egipcios.

—La ira de Amón te castigará si mientes —amenazó el joven mago—. ¿Estoy leyendo tu carta?

—Sí, y cada palabra es cierta.

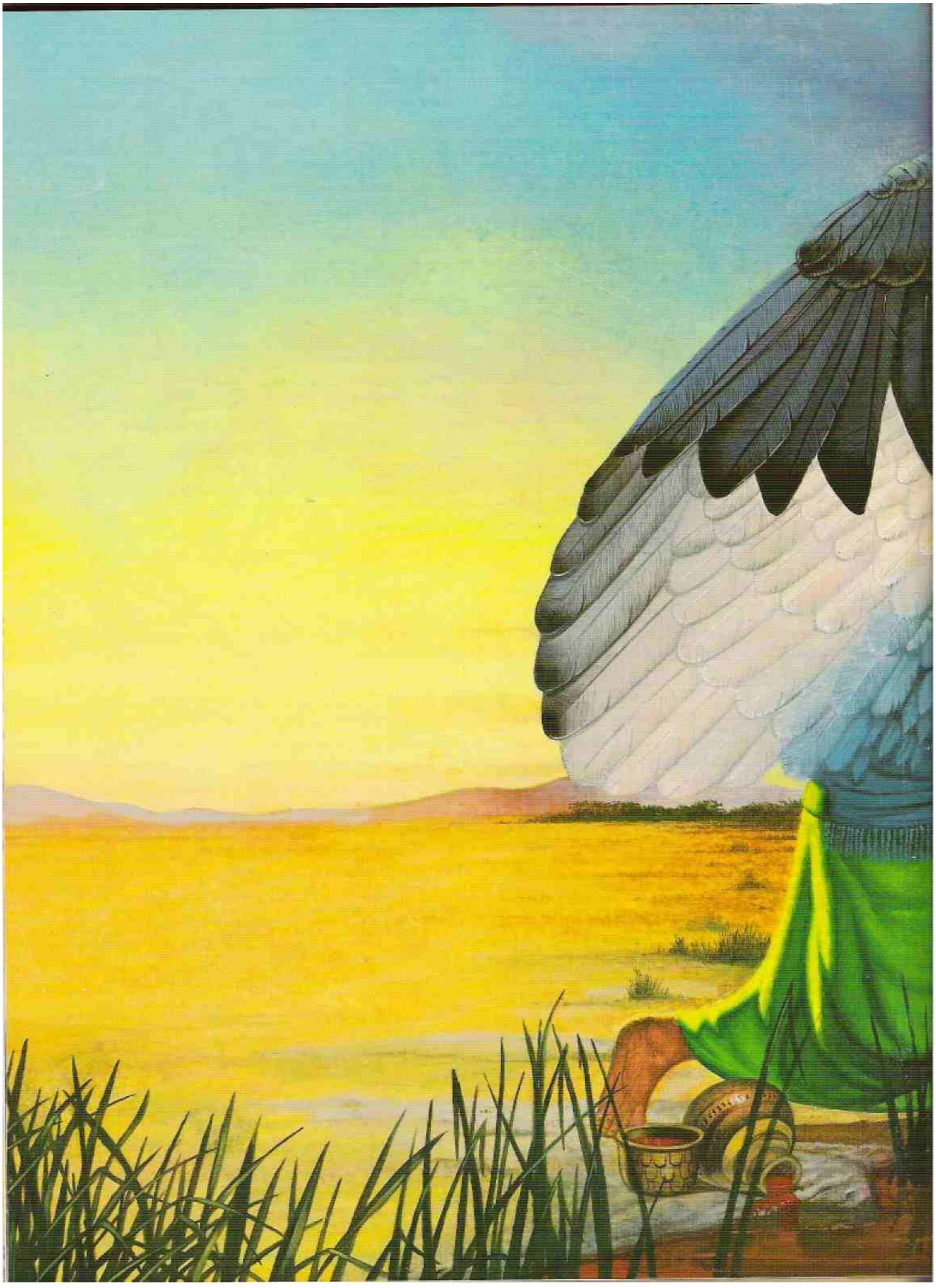
Sa-Osiris fijó sus ojos en la carta sellada y continuó:

«Cuando Siamun se encontró en su cama llamó a gritos a sus guardias.

»—¿Cuánto tiempo he estado fuera? ¿Y qué ha ocurrido?

»Los guardias creían que había dormido durante toda la noche en su cama.

»—¡Oh, faraón, gran señor! —comenzó un chambelán—. ¡Que Isis te asista! No te entendemos, has estado durmiendo toda la noche.



»Siamun hizo que le examinaran la espalda.

»—Os digo que me llevaron a Nubia y me dieron cinco mil azotes.

»Cuando los cortesanos vieron que su espalda estaba llena de contusiones, se sobresaltaron y comenzaron a lamentarse. Nadie supo qué hacer, hasta que vino el mago Sa-Paneshe, examinó al faraón y exclamó:

»—Ha sido producto de los ensalmos de un brujo de Nubia y hay que vengarse.

»—¡Deprisa! —rugió Siamun—. ¡No podría tolerar otra noche como la pasada!

»Sa-Paneshe cogió sus amuletos y libros de magia. Recitó un ensalmo al faraón y puso los amuletos sobre su frente, cuello y brazos. Después dejó a Siamun en manos de los doctores de la corte y navegó hacia Hermópolis, al templo de Thot. Sa-Paneshe hizo ofrendas al dios y rogó así:

»—¡Oh, gran dios, vuélveme tu cara! No dejes que Egipto sea deshonrada por Nubia. Eres el creador de la magia, conoces todo lo que hay en la tierra y en los cielos. ¡Ayúdame a salvar al faraón y derrota la hechicería de Nubia!

»Después, Sa-Paneshe se tumbó a dormir en el templo. Thot fue a él en sueños y le dijo:

»—Mañana busca la biblioteca del templo, y en ella una pequeña habitación secreta. Allí hay un cofre, y en él un papiro escrito por mí. Coge el libro de Thot, copia los ensalmos que necesites y ponlo de nuevo en el cofre. No cuentes a nadie este secreto y salvarás al faraón.

»Sa-Paneshe se despertó recordando su sueño. Encontró el papiro y reprodujo los ensalmos más poderosos para proteger a Siamun. Esa noche, en Nubia, Sa-Neheset volvió a dar vida a sus figuras de cera y las envió a Egipto. Entraron en la cámara donde dormía el Faraón sin ser vistos, pero, cuando se aproximaban al lecho, una invisible barrera mágica les impidió acercarse. Siamun sintió vibrar con poder los amuletos que llevaba y se dio cuenta de que los ensalmos de Sa-Paneshe vencían a los de Nubia. Durante toda la noche, los hombres de cera deambularon alrededor del lecho tratando de encontrar alguna grieta en la mágica barrera mientras el faraón yacía inmóvil, sin apenas atreverse a respirar. Cuando amaneció, los porteadores tuvieron que regresar a Nubia, y Siamun saltó de un brinco del lecho. El faraón convocó a Sa-Paneshe y le contó lo sucedido. El mago egipcio estaba encantado de que sus ensalmos hubieran funcionado, pero no satisfecho del todo decidió continuar su venganza. Sa-Paneshe modeló en cera una camilla y cuatro porteadores, les dio vida y los envió a Nubia. A mitad de la noche vieron al príncipe de Nubia, le llevaron a Egipto y le azotaron ante el faraón y su corte. Después regresaron. Todo esto transcurrió en seis horas.»

Sa-Osiris hizo una pausa para preguntar:

—¿Es esto cierto?

El cacique de Nubia inclinó la cabeza derrotado.

—Sí, lo es.

«A la mañana siguiente —continuó Sa-Osiris—, el príncipe de Nubia despertó a toda la corte con sus quejas. Sa-Neheset, el brujo, fue arrastrado ante su presencia y arrojado junto a la cama.

»—¡Tendrás que hacer frente a las maldiciones del Toro de Meroe! —gritó el príncipe—. ¡Fue idea tuya arrojar sobre Egipto tus ensalmos! ¡Ahora deberás salvarme de este terrible hechicero!

»Sa-Neheset recitó todos los ensalmos de protección que conocía y cubrió al príncipe de amuletos, pero esa misma noche los hombres de cera le llevaron a Egipto, donde fue golpeado. Después de tres noches así, el angustiado príncipe mandó llamar de nuevo a Sa-Neheset.

»—¡Por el Toro de Meroe —le dijo—, tú eres el culpable de que yo sea humillado! ¡Si no impides que ocurra esta noche lo mismo, haré que te torturen hasta la muerte!

»Sa-Neheset rogó que se le permitiera ir a Egipto y desafiar a su rival con una batalla de magia. El príncipe no se opuso. Antes de partir, Sa-Neheset visitó a su madre, que le había enseñado la mayor parte de su magia. Ella le procuró otros hechizos y dijo:

»—Ten cuidado con los brujos de Egipto, hijo mío. Si te vas de Nubia ahora, seguramente no regresarás y yo no podré ayudarte.

»—No tengo elección.

»—Dame una señal, así sabré cuándo estás en peligro.

»—Si me derrotan, el agua que bebas se tornará roja y la sangre salpicará los cielos.

»Recién aprendidos los hechizos que le había dado su madre, el brujo se dirigió rápidamente a la corte de Menfis. Se presentó ante el faraón y retó a Sa-Paneshe. Los dos hechiceros salieron de palacio insultándose, mientras que Siamun y su corte observaban. Sa-Neheset, formulando un ensalmo de fuego, hizo que unas

llamas enormes se dirigieran hacia el faraón. Rápidamente, Sa-Paneshe formuló un hechizo de agua que extinguió el fuego.

»Después, Sa-Neheset murmuró un hechizo de oscuridad, y una nube negra envolvió el palacio de forma que nadie podía ver su mano junto a la cara. Sa-Paneshe murmuró el hechizo contrario, y los rayos del sol derritieron la gran masa oscura. El mago de Nubia con uno de sus ensalmos formó una enorme bóveda de piedra sobre el faraón y sus cortesanos. Los egipcios se pegaron unos a otros aterrorizados, pero Sa-Paneshe conjuró un enorme barco de papiro e hizo cargar en él la enorme bóveda para que fuera arrojada al mar.

»Cuando Sa-Neheset vio esto, supo que nunca podría vencer a los egipcios. Sólo pensaba en escapar y se hizo invisible. Instantáneamente, Sa-Paneshe formuló un hechizo que hizo invisible todo lo que había a su alrededor. El brujo de Nubia estaba desesperado y voló convertido en un ganso. Sa-Paneshe hizo un hechizo y un cazador cayó sobre él amenazándole con un cuchillo en la garganta.

»En ese momento, en Nubia, la madre de Sa-Neheset vio cómo el agua que estaba bebiendo se tornaba roja y los cielos eran salpicados de sangre. Supo que su hijo estaba en peligro y, convirtiéndose en un ganso, voló a Menfis. Permaneció suspendida sobre palacio gritando el nombre de su hijo con la voz de un pájaro salvaje. Sa-Paneshe reconoció que era una hechicera y pronunció un ensalmo que hizo caer al ave junto a su hijo con un cuchillo en su cuello. Cuando volvió a su primitiva forma de mujer, rogó clemencia a los egipcios.

»—Si quieres ser perdonada —dijo Sa-Paneshe—, debes jurar por todos los dioses que nunca volverás a Egipto.

»La mujer y su hijo prometieron no regresar a Egipto durante mil quinientos años. Al faraón le satisfizo la promesa y ordenó a Sa-Paneshe que los dejara marchar. Los egipcios le proporcionaron una nave que llevara a Sa-Neheset y a su madre volando, de vuelta a Nubia, y nunca más fueron vistos.»

Sa-Osiris hizo una reverencia al faraón:

—Has escuchado el contenido de la carta, pero creo que aún no entendéis por qué ha venido este hombre desde Nubia. El hechicero Sa-Neheset ha nacido de nuevo y, transcurridos mil quinientos años, se ha transformado en este cacique.

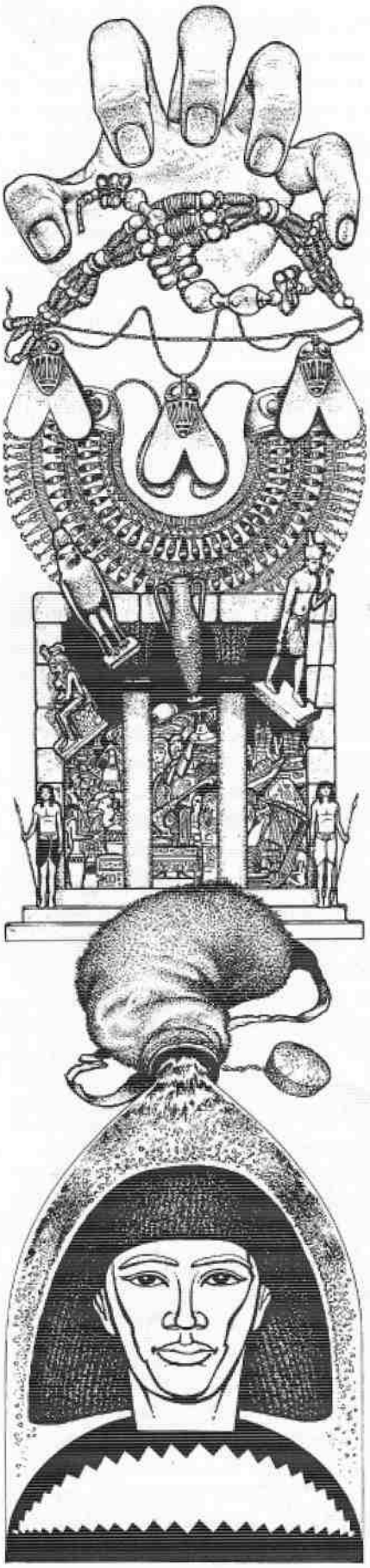
Se escucharon exclamaciones de asombro de los cortesanos, pero Sa-Osiris continuó:

—Nunca se ha arrepentido de sus crímenes contra Egipto y ha venido a vengarse, pero no tendrá éxito, por Osiris, pues yo soy su ancestral enemigo. Yo soy Sa-Paneshe. Durante mil quinientos años he vivido con los espíritus benditos, pero, cuando descubrí que este diablo de Nubia pretendía regresar a Egipto, rogué a Osiris que me permitiera nacer de nuevo y vivir sólo el tiempo suficiente para derrotarle. ¡Nací de la mujer de Setna, y estoy aquí de nuevo para desafiarte, Sa-Neheset!

Cuando el terrible espíritu oyó estas palabras comenzó a formular un ensalmo para destruir al faraón y a su corte. Sa-Paneshe lo contrarrestó con un ensalmo de fuego y las llamas hicieron rendirse a Sa-Neheset, que formuló ensalmo tras ensalmo sin poder deshacerse de las llamas, que le consumieron cuerpo y alma.

Sin dirigir una palabra a su padre, Sa-Paneshe, a quien todos habían conocido como Sa-Osiris, desapareció como si se tratara de una sombra. Había llevado a cabo su misión y Osiris le había llamado al Mundo Subterráneo.

El faraón y sus cortesanos comenzaron a alabar la sabiduría de Sa-Paneshe, pero Setna lloró desconsoladamente la pérdida de su único hijo. Yació en su lecho con Mehusekhe y se consolaron mutuamente. Nueve meses después, Mehusekhe dio a luz un niño, pero Setna nunca cesó de echar de menos a Sa-Osiris y siempre hizo ofrendas a su espíritu.



El ladrón ingenioso

En el siglo V a. C., un historiador griego llamado Heródoto visitó Egipto. Cuando escribió acerca de este país y su historia, incluyó un relato que hablaba del fabuloso tesoro del faraón Rhampsinitus y dos ladrones que intentaron robarlo. Rhampsinitus generalmente se identifica con el faraón Ramsés III, que gobernó Egipto en el siglo XII a. C., pero nadie sabe con certeza qué hay de verdad en ello. Heródoto es conocido como el Padre de la Historia, pero también hay gente que le denomina el padre de la mentira...

Rhampsinitus era el más rico de todos los faraones, y para proteger sus tesoros ordenó a un arquitecto real que construyera una gran cámara a un lado del palacio. Esta habitación no tenía ventanas, sólo una puerta que daba al tejado. Los muros y el suelo estaban formados por sólidos bloques de piedra. Cuando el edificio fue terminado, llenó su nuevo tesoro con jarros de plata, cofres de joyas y otros muchos preciosos objetos. Los soldados hacían guardia a la puerta del edificio, y Rhampsinitus estaba bastante seguro de que su tesoro se encontraba a salvo.

Pasaron varios años y el arquitecto real se sintió enfermo, y pronto se enteró de que no le faltaba mucho para morir. Llamó a su mujer y a sus dos hijos junto a su cama y les dijo:

—El faraón nunca se ha comportado generosamente conmigo, no soy hombre rico, pero he pensado en vuestro futuro. Las grandes piedras que forman el muro exterior parecen todas iguales, pero una de ellas está suelta y puede ser fácilmente movida por dos personas. Planeé esto pensando que mis dos hijos pudieran controlar el tesoro del faraón.

Les dijo luego cómo podrían encontrar la piedra que estaba suelta, pero con su último aliento les aconsejó no dejarse llevar por la codicia.

Una vez que su padre fue embalsamado y enterrado, los dos hermanos no tardaron en visitar el tesoro. Entre las tinieblas de la noche se deslizaron hacia el muro exterior del edificio y encontraron el bloque de piedra que se encontraba suelto. Se deslizaron por el hueco y encajaron de nuevo la piedra para prevenir que alguien que pasara en ese momento diese la alarma. Una vez en su interior encendieron antorchas que llevaban consigo y quedaron admirados ante la espectacular visión del tesoro.

Durante una hora deambularon de acá para allá probándose preciosos collares, oliendo exóticos perfumes y admirando doradas estatuas. Recordando que debían salir del lugar antes del amanecer,

cada uno de los hermanos se apropió de dos puñados de plata, y abandonando la estancia por la entrada secreta se precipitaron a su casa.

Después de esto, los hermanos fueron al edificio noche tras noche. Al principio eran muy precavidos, apropiándose sólo de pequeñas cantidades de plata que difícilmente serían echadas en falta y gastando lentamente su nueva riqueza. No obstante, gradualmente, la visión del magnífico tesoro del faraón fue acrecentando su codicia. Los hermanos olvidaron la advertencia de su padre y comenzaron a llenar sacos completos y a robar joyas para su madre, que ella no se atrevía a lucir.

Un día, Rhampsinitus fue a recrearse admirando su tesoro. El faraón encontró a la guardia alerta en la puerta, pero nada más entrar en el edificio se dio cuenta de que algo había cambiado. Algunas de sus joyas favoritas habían desaparecido, y las jarras que antes rebosaban de plata estaban ahora medio vacías. El faraón se puso realmente furioso, pero no sabía quién era el culpable, ya que el robo se había producido en un edificio sin ventanas, con una puerta cerrada a cal y canto y vigilada por guardias.

Ordenó que se tomaran más precauciones con respecto a la puerta, pero a la mañana siguiente la plata que contenían las jarras había disminuido. El faraón astutamente tendió crueles trampas en el interior del edificio y esperó pacientemente los resultados.

Esa misma noche los dos hermanos movieron el bloque de piedra y se introdujeron en la cámara del tesoro. El hermano mayor corrió ambicioso hacia las jarras que contenían la plata y una de las trampas se cerró sobre él, rompiéndole ambas piernas. Su hermano trató desesperadamente de liberarle, pero todo esfuerzo resultó en vano. Cuando se aproximaba el amanecer, el hermano mayor supo que estaba condenado al fracaso.

—Hermano: me desangraré hasta morir antes del amanecer o los guardias del faraón me encontrarán y me matarán. Si me reconocen, toda nuestra familia será castigada. Salva a nuestra madre y a ti mismo, y mátame cortándome la cabeza.

El hermano pequeño estaba horrorizado ante semejante sugerencia, pero en el fondo de su corazón sabía que tendría que hacerlo. Puso fin a la agonía de su hermano con un fortísimo golpe en su cabeza, la cortó y la escondió tiernamente bajo su capa.

A la mañana siguiente, el faraón y sus guardias quedaron estupefactos al encontrar el cuerpo sin cabeza en una de las trampas. No sabían por dónde había entrado el ladrón, así que Rhampsinitus estaba más confundido que nunca.

—Este hombre debía tener algún cómplice —dijo el faraón, y ordenó que colgaran el cuerpo junto al muro exterior del palacio y que fuera custodiado por diez guardias.

—Si ves a alguien que rompa a llorar cuando pase junto al cuerpo —dijo Rhampsinitus—, arréstale al instante.

La cabeza del hermano mayor fue amorosamente enterrada por su familia, pero cuando su madre supo lo que había ocurrido con el cuerpo se quejó amargamente a su hijo pequeño, diciendo:

—¿Cómo podría alcanzar el espíritu de tu hermano los Campos Benditos con su cabeza enterrada en un lugar y su cuerpo en otro?

Le dijo a su hijo que rescatara el cuerpo, y cuando él se negó a hacerlo, ella le amenazó con denunciarle al faraón. El hermano vio que no tenía elección y se sentó a idear un plan.

Al día siguiente por la tarde se disfrazó y se llevó dos asnos con odres llenos de vino. Condujo a los animales a lo largo de la calle junto a palacio como si se dirigiera a las cocinas reales. Intentó no mirar el horrible espectáculo que proporcionaba el cuerpo de su hermano colgado del muro, pero cuando pasaba junto a los guardias se las arregló para que chocaran los asnos, de forma que saltaron los tapones de dos odres.

El vino salió a chorros y el hermano más joven se quedó dudando en medio de la calle, con un ataque de nerviosismo como si no pudiera hacer frente a los animales. Viendo que el buen vino se iba a desperdiciar, los guardias reales se acercaron al manantial para llenar los cuencos vacíos de la comida. El hermano les insultó fingiendo estar muy enojado, y en cerca de un minuto se las ingenió para poner de nuevo el tapón en los odres. La guardia real se apiñó a su alrededor bromeando a sus expensas, el hermano pareció recobrar su buen humor y, divertido, ofreció a los soldados como regalo uno de los odres que había perdido la mitad del vino.

Los guardias, encantados, invitaron a beber al joven hermano, y todos juntos se sentaron a la sombra que proyectaba el muro.

El vino circulaba de mano en mano, y tras varias rondas el hermano fingió haber bebido más de la cuenta, y tambaleándose fue en busca de otro odre. Los soldados le vitorearon y de nuevo el vino fue circulando hasta que los soldados comenzaron a desvariar.

Fue demasiado para los guardias; primero bromeaban y cantaban, más tarde se pelearon y lloraron, y por último, de uno en uno fueron quedándose traspuestos. El cielo se teñía de luz crepuscular, y cuando el hermano se aseguró de que todos los soldados roncaban a pierna suelta se levantó de un brinco y cortó la cuerda que sostenía el cuerpo de su hermano. Lo cargó sobre uno de los asnos y cubriéndole con su capa regresó a su casa. Su madre se alegró y se encargó de que secretamente el cuerpo fuera enterrado junto a la cabeza.

A la mañana siguiente, los guardias se despertaron con horrible dolor de cabeza, pero se sintieron aún peor cuando vieron que el cuerpo del ladrón del tesoro había desaparecido. El faraón les castigó severamente, y aunque no pudo dejar de admirar la audacia del crimen, estaba más decidido que nunca a dar caza al ladrón.

Rhampsinitus instaló a su hija en una casa en la ciudad e hizo que la joven prometiera que pasaría la noche con el hombre que le pudiese contar las cosas más malvadas y astutas transcurridas a lo largo de su vida, y que si alguno de ellos le hablaba del robo del tesoro gritara, y los soldados que previamente estarían escondidos acudirían en su ayuda.

La princesa en poco tiempo llegó a ser motivo de charla para todas las gentes de la ciudad, y el joven hermano no pudo resistir la tentación de visitarla, pero antes de ir robó un brazo de casa de los embalsamadores y lo escondió bajo su capa. Llegó a casa de la princesa antes de que se hiciera noche cerrada, y una vez allí fue conducido a su habitación. A pesar de la tenue luz proyectada por una sola lámpara, era evidente que la princesa era muy bella, pero él se sentó en el extremo del canapé más cercano a la puerta.

Cuando la princesa le dijo que tomara su mano, el joven sacó la mano del muerto. La princesa la tomó entre las suyas y le dijo incitantemente:

—Cuéntame la acción más cruel e inteligente que hayas llevado a cabo. Cuéntame la verdad y seré tuya.

—Lo más cruel ha sido matar a mi hermano cortándole la cabeza —contestó el hermano—, pero él me lo pidió, pues estaba atrapado en la cámara del tesoro. La acción más inteligente fue robar el cuerpo de mi hermano emborrachando a los guardias.

La princesa sabía que aquel jovel era el que su padre buscaba desesperadamente. Gritó diciendo que tenía al hombre atrapado, pero cuando los soldados se precipitaron en la estancia encontraron a la princesa desmayada con una repugnante mano junto a ella sobre el canapé. El joven hermano se había escapado bajo el oscuro manto de la noche, desapareciendo por completo.

Cuando el faraón supo lo ocurrido decidió que sería mejor tener a tan inteligente hombre como amigo en vez de como enemigo. Ofreció el indulto y una rica recompensa si el ladrón del tesoro se presentaba ante la corte. El hermano más joven confió en la palabra del faraón y se presentó en palacio contando la historia completa. Rhampsinitus recompensó al audaz ladrón, ofreciéndole a su hija en matrimonio y haciéndole uno de sus principales concejales. Después de esto el hermano no volvió a robar, poniendo su ingenio al servicio del faraón.

El viaje de Wenamón

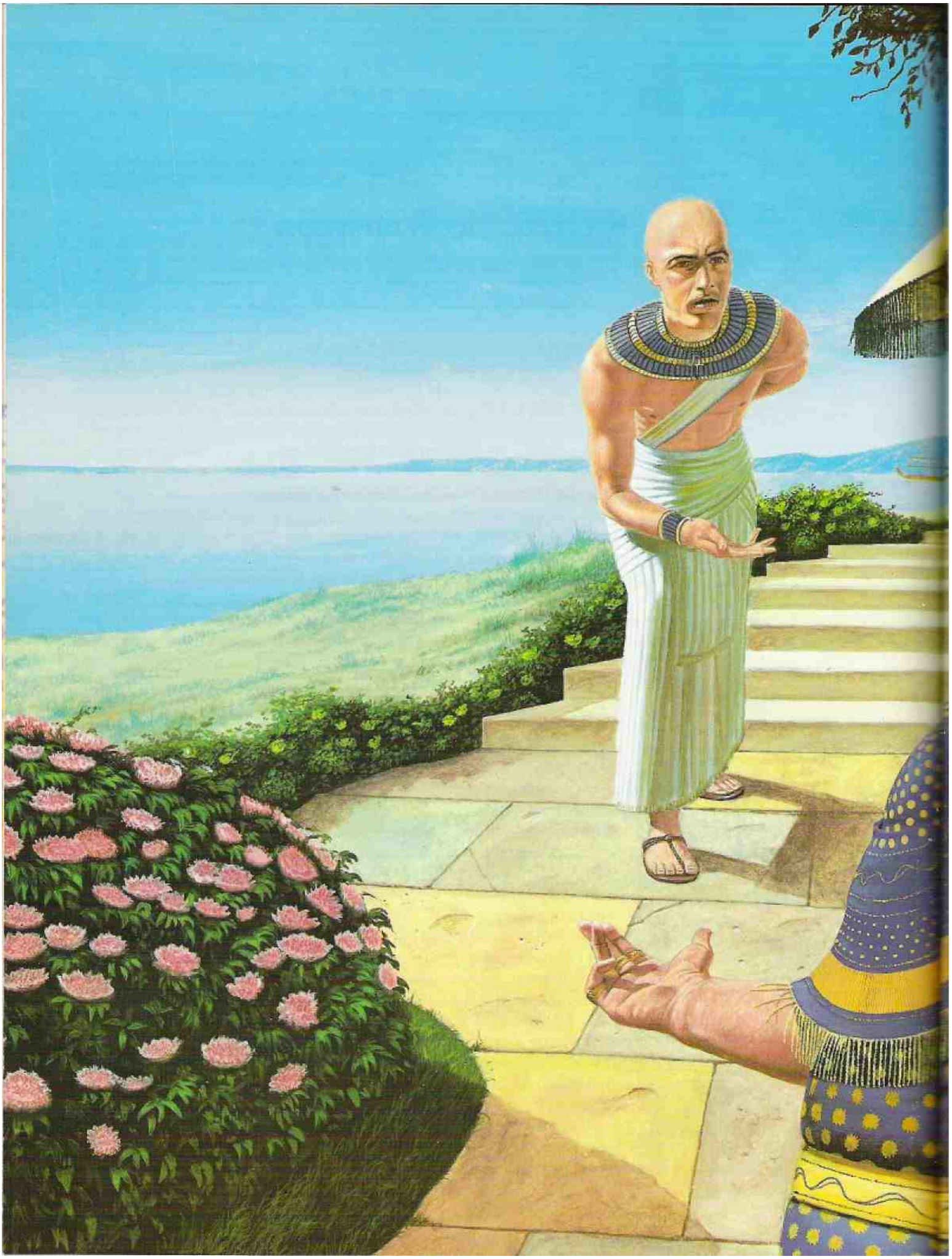
A principios del siglo XI a. C., Egipto había perdido la mayor parte de su imperio después de que las misteriosas Gentes del Mar les hubieran invadido desde el Norte, conquistando gran parte de Siria y Palestina. En Egipto no pasó mucho tiempo sin que el mismo faraón fuera contestado como gobernante, y el hombre más poderoso del Sur llegó a ser el sumo sacerdote de Amón, en Tebas. Un manuscrito de hace tres mil años habla de lo que ocurrió cuando el sumo sacerdote Herihor envió un mensajero al Líbano.

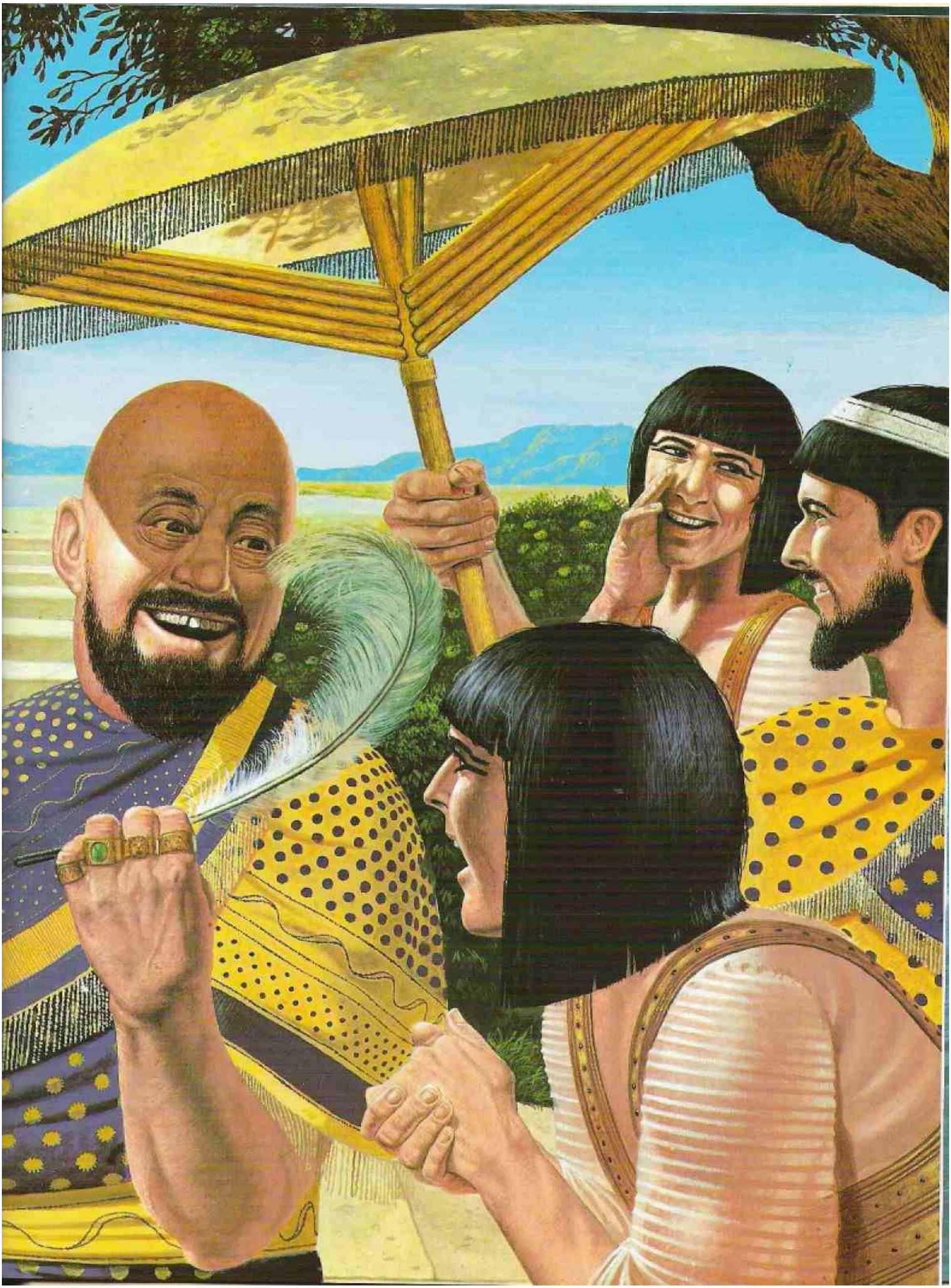
Cada año, la gran imagen de Amón-Ra, rey de los dioses, era trasladada a través del Nilo a la Ciudad de los Muertos, donde se reunía con Hathor, la diosa de la embriaguez. A medida que transcurrían los años, la barca que trasladaba la divina imagen se fue deteriorando. El sumo sacerdote quería construir una nueva, pero los mal desarrollados árboles de Egipto no producían madera del largo y calidad adecuados. Sólo los famosos cedros del Líbano eran lo bastante buenos para construir la barca, así que Herihor decidió enviar un mensajero al príncipe Tjekerbaal, que gobernaba el Líbano desde la ciudad de Biblos. El sumo sacerdote reunió plata y oro suficiente para pagar la costosa madera, y eligió como mensajero a un sacerdote llamado Wenamón. Una figurilla de Amón del Camino se introdujo en un dorado santuario para que protegiera a Wenamón durante su viaje.

Tras el veloz viaje a través del Nilo, el mensajero de Herihor llegó a la ciudad de Tanis y se presentó en el palacio del príncipe Smendes, que era más poderoso en el Norte que el mismísimo faraón. Wenamón le entregó la carta escrita por el sumo sacerdote en nombre de Amón, y un escriba la leyó en alta voz a Smendes y a su mujer, Tentamón.

—Somos los sirvientes del rey de los dioses —dijeron el príncipe y la princesa, y prometieron conseguir un barco para Wenamón y sus hombres, que le acompañarían y realizarían todo lo posible por el bien de la misión.

Pasaron dos meses antes de que encontraran el barco apropiado, pero en el cuarto mes de verano, Wenamón condujo a bordo una de las vasijas más preciadas de Smendes y saludó al capitán sirio, Mengebet. Al día siguiente navegaron hacia el Norte, y permanecieron en la costa de Palestina hasta que fueron obligados a presentarse en el puerto de Dor para abastecerse de provisiones frescas. Dor, en una ocasión, había formado parte del imperio de Egipto. Ahora pertenecía al Tjeker, uno de los que había invadido Pales-





tina desde el Norte. Wenamón pensaba de ellos que no eran mucho mejores que los piratas, pero estuvo obligado a ser amable, pues necesitaba su ayuda durante el viaje.

Beder, el tjeker príncipe de Dor, envió cincuenta panes, una pierna de buey asada y vino. Wenamón y sus acompañantes se dispusieron a celebrar un banquete sobre cubierta. El vino pasó una y otra vez y Wenamón se quedó dormido en el mismo lugar donde se había sentado. Hasta la mañana siguiente nadie se dio cuenta de que uno de los tripulantes había desaparecido, llevándose todo el oro y la plata para pagar la madera.

Wenamón estaba turbadísimo. ¿Cómo podría regresar a Egipto y confesar que le habían robado mientras dormía en cubierta bajo los efectos del vino? Corrió al palacio de Beder para averiguar lo sucedido.

—He sido robado en tu puerto —comenzó Wenamón—. Tú eres el gobernador aquí, tú eres el encargado de la ley y del orden. Arresta al culpable y encuentra el botín. Pertenece a Amón-Ra, y si se pierde, Smendes y todos los nobles de Egipto, el sumo sacerdote de Amón y el príncipe de Biblos se enojarán.

—¿Estás bromeando? —preguntó fríamente Beder—. ¿Qué derecho tienes a presentarte dándome órdenes? Si el responsable ha sido un tjeker, reemplazaré el oro y la plata de mi propio tesoro. Pero si pertenece a tu tripulación, no me concierne. Como favor al rey de los dioses, ordenaré que se busque minuciosamente en el puerto. Quédate durante unos días y veremos si tu plata y oro aparecen.

Wenamón regresó furibundo al barco y allí esperó durante nueve días. Al décimo fue a palacio y preguntó si su tesoro había sido encontrado. Beder simplemente sugirió que esperara algo más. Wenamón pensó que el príncipe no tenía en realidad ninguna intención de encontrar al malhechor. Así que dio órdenes de zarpar al capitán Mengebet.

Rumbo Norte, y pasado el gran puerto de Tiro, Wenamón meditó tristemente cómo conseguir de nuevo algo de valor para obtener la madera. A mitad de camino, entre Tiro y Biblos, sobrepasaron el barco de un tjeker. Wenamón, absolutamente desesperado, ordenó a sus hombres asaltarlo, cogiendo todo lo que hubiera de valor. Después de una desenfrenada lucha, la tripulación del pequeño barco fue dominada y obligada a hacer entrega de toda la plata que tuviera. La cantidad obtenida era similar a la que les robaron.

—Ahora tú y tu tripulación quedáis en libertad —dijo Wenamón al ultrajado tjeker—. Dile a Beder, tu príncipe, que te entregue mi plata cuando la encuentre.

Wenamón se sentía muy satisfecho de sí mismo cuando su barco entró en el puerto de Biblos. Instaló un campamento en la orilla con una tienda especial para el santuario de Amón del Camino. El capitán Mengebet tenía otros encargos de Smendes, y el barco zarpó mientras Wenamón enviaba un mensaje al príncipe Tjekerbaal para decir que había llegado.

Al poco rato, el contramaestre del puerto se aproximó a las tiendas de los egipcios y dijo:

—¿Cómo te atreves a acampar aquí? —preguntó—. ¡El príncipe de Biblos te ordena abandonar el puerto inmediatamente!

—¿Cómo podría hacerlo? —preguntó Wenamón—. No dispongo de barco.

El contramaestre repitió al príncipe las palabras de Wenamón, pero la orden fue que se fueran al instante.

Cada día, el mensajero egipcio preguntaba si era posible ver al príncipe, y siempre se le negaba la propuesta.

—Si quieres que me marche —dijo Wenamón enojado—, proporcióname un barco.

—¡Vete de mi puerto! —era la única respuesta.

Tras un mes de humillaciones, Wenamón pudo marcharse. Cuando descubrió que había un barco procedente de Siria dispuesto a llevar pasajeros a Egipto ordenó a sus hombres que desmontaran las tiendas. A media tarde sólo quedaba la tienda de Amón del Camino. Wenamón no soportó la idea de que los extranjeros miraran el santuario mofándose del dios, así que decidió esperar al anochecer para embarcar a Amón del Camino en el barco sirio.

Esa misma tarde, el príncipe Tjekerbaal fue al principal templo de Biblos. Cuando se aproximaba al altar de su diosa, transportando incienso ardiendo, a uno de sus pajes le dio un extraño ataque. El joven se puso pálido, sus miembros se estremecieron, su cabeza se inclinó hacia uno de sus hombros y habló con una extraña voz. Todos supieron que había sido poseído por algún dios, y se precipitaron a su alrededor para poder escuchar lo que decía.

—Traed a Amón del Camino —dijo el joven entrecortadamente—. Convocad al envia-

do que se encuentra con él. El rey de los dioses quiere que su mensajero sea escuchado.

El joven se desmayó y todos se apiñaron a su alrededor intentando hacerle revivir, mientras Tjekerbaal se preguntaba si habría cometido un error ignorando a Wenamón. Sabía que el inoportuno enviado partía esa misma noche, así que un mensajero corrió al puerto.

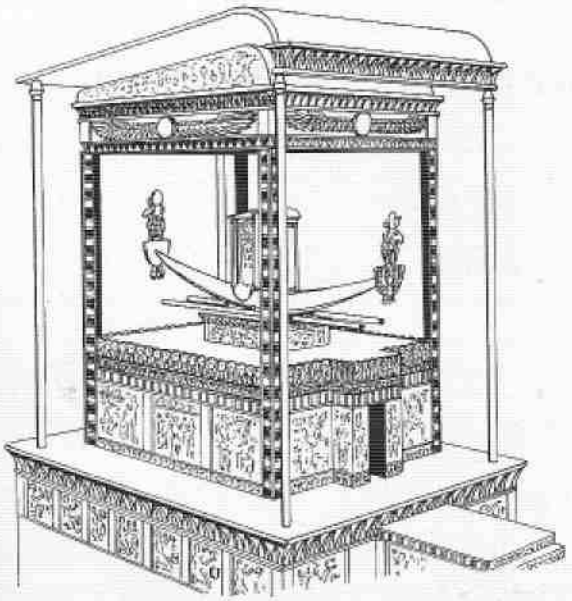
En el mismo instante que Wenamón se introducía en la tienda para coger el santuario de Amón del Camino, el contramaestre se precipitó a su encuentro diciendo:

—¡No te vayas! El príncipe ordena que permanezcas hasta mañana.

—¿Es una ilusión óptica o eres tú el mismo hombre que venía todas las mañanas a decir: «¡Vete! ¡Abandona el puerto ahora mismo!»? —imitó Wenamón—: Tú quieres gastarme una broma. ¿Pretendes que pierda mi única oportunidad de regresar a casa para que mañana vuelvas a decirme: «¡vete!», y culparme de todo lo que te ocurra?

A pesar de todos los esfuerzos que hizo el contramaestre, Wenamón rehusó creerle y siguió recogiendo su tienda. Cuando Tjekerbaal se enteró, dio orden de que el barco sirio se quedara en el puerto. A la fuerza, Wenamón se quedó.

A la mañana siguiente llegaron mensajeros que escoltaron al enviado egipcio, a través de Biblos, al palacio de Tjekerbaal. Wenamón se arrodilló ante el santuario de Amón del Camino para suplicarle valor y buena dialéctica.



Tjekerbaal le recibió en una sala del piso alto con vistas al gran puerto. El príncipe estaba sentado en una silla de marfil, de espaldas a la ventana, de tal modo que parecía como si las olas rompiesen sobre su cabeza. Vestía una costosa túnica color púrpura y llevaba anillos en todos los rechonchos dedos. Wenamón le hizo una reverencia y dijo educadamente:

—Te traigo a Amón-Ra, rey de los dioses.

—¿Y cuándo dejaste el santo lugar de Amón? —preguntó el príncipe.

—Hace cinco meses —contestó Wenamón.

—Si esto es cierto —dijo Tjekerbaal—, tendrás una carta del sumo sacerdote como prueba de que eres quien dices.

—Tenía una carta, pero se la entregué a Smendes.

Tjekerbaal perdió la paciencia.

—Ya veo, te presentas en mi palacio sin barco y sin carta y esperas que te haga caso. Probablemente, Smendes te envió en un barco sirio para deshacerse de ti, esperando que con la fortuna de su lado, el capitán te arrojaría por la borda.

—No se trataba de un barco sirio —protestó Wenamón—. Era un barco egipcio, porque la tripulación servía a Smendes.

—Bien, bien —dijo Tjekerbaal irritado—. ¿Qué es lo que quieres?

Wenamón se acercó al príncipe, hasta que sólo les separó el ancho de una mesa de ébano.

—He venido en busca de madera para reconstruir el barco sagrado de Amón, rey de los dioses. Sabes que tu padre y el padre de tu padre enviaron madera a Egipto. Es tu deber hacer lo mismo.

—Enviaré madera a Egipto cuando Egipto pueda pagar por ella —dijo con brusquedad—. Es cierto que mis antecesores comerciaron con tus faraones, pero los cedros no se cortaban hasta que seis barcos egipcios descargaban sus bienes en el muelle de Biblos. Si no me crees, compruébalo en los informes.

El príncipe ordenó que le llevaran los informes y tres escribas se presentaron tambaleándose bajo el peso de los amarillentos papiros. Tjekerbaal cogió uno fechado en época de su bisabuelo y leyó la lista de los bienes facilitados por el faraón a cambio de la madera para los barcos. Sintiéndose cada vez más desalentado, Wenamón escuchaba cabizbajo.

—Si el gobernador de Egipto fuera mi jefe supremo —continuó el príncipe—, simple-

mente me ordenaría cortar la madera sin estipular forma de pago alguna, pero no lo es y no puede hacerlo. ¡No soy tu sirviente ni de ninguna persona que te envíe! Soy el señor del Líbano. Cuando quiero, los árboles se talan y los troncos se conducen a la orilla. ¿Dónde está tu barco para llevar los troncos a casa? ¿Dónde están las cuerdas para fijar los troncos sobre cubierta? ¿Debo proporcionártelo yo? Es cierto que Amón hizo Egipto antes que ninguna otra tierra, y que la sabiduría y la destreza llegan a Biblos desde Egipto, pero eso fue hace mucho, mucho tiempo. Has realizado tu viaje en vano.

La ira le proporcionó a Wenamón gran energía.

—¡Estás equivocado! ¡No hay barco que no pertenezca a Amón, y en el Líbano, que dices que te pertenece, no hay ni siquiera madera que ofrecerle! ¿Cómo te atreves a discutir sobre el precio de la madera? Los faraones del pasado quizá ofrecieron barcos cargados con oro, pero yo puedo ofrecer regalos divinos. Si dices «Sí» a Amón, te proporcionará una larga y saludable vida.

Wenamón hizo una pausa momentánea y después dijo:

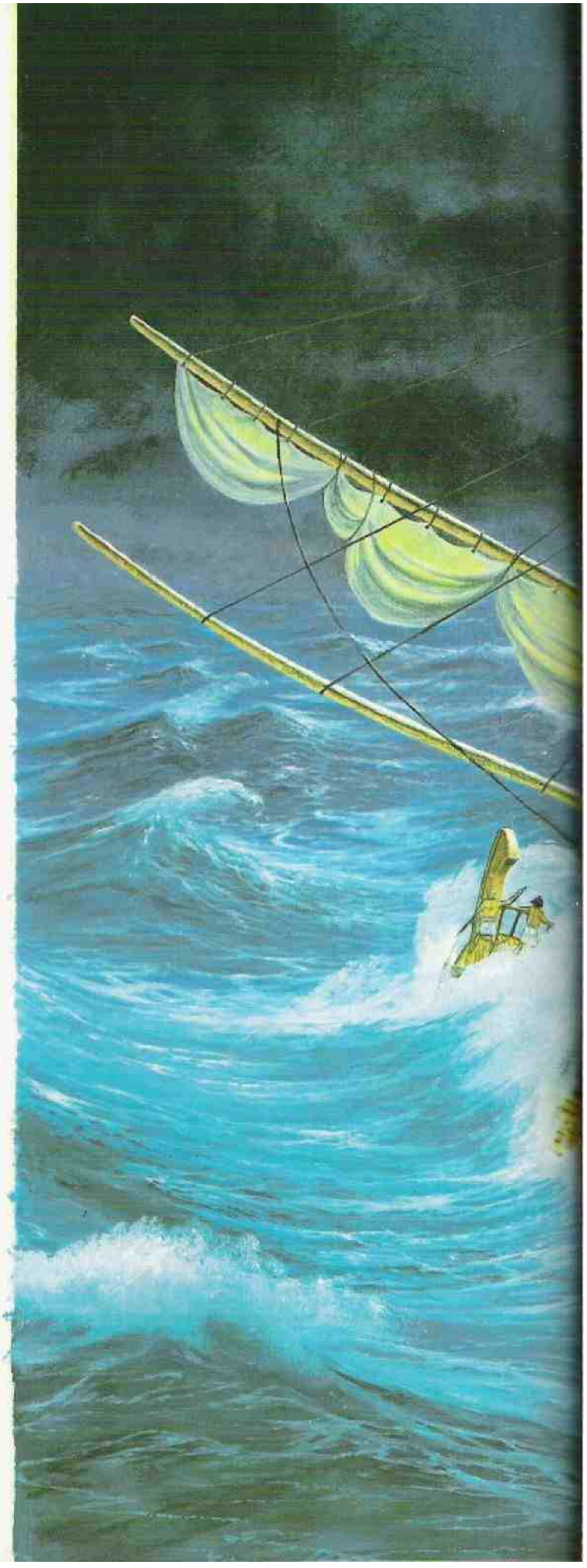
—Si aún dudas, déjame enviar una carta a Smendes y Tentamón, los verdaderos sirvientes de Amón. Ellos te pagarán por cortar y embarcar la madera.

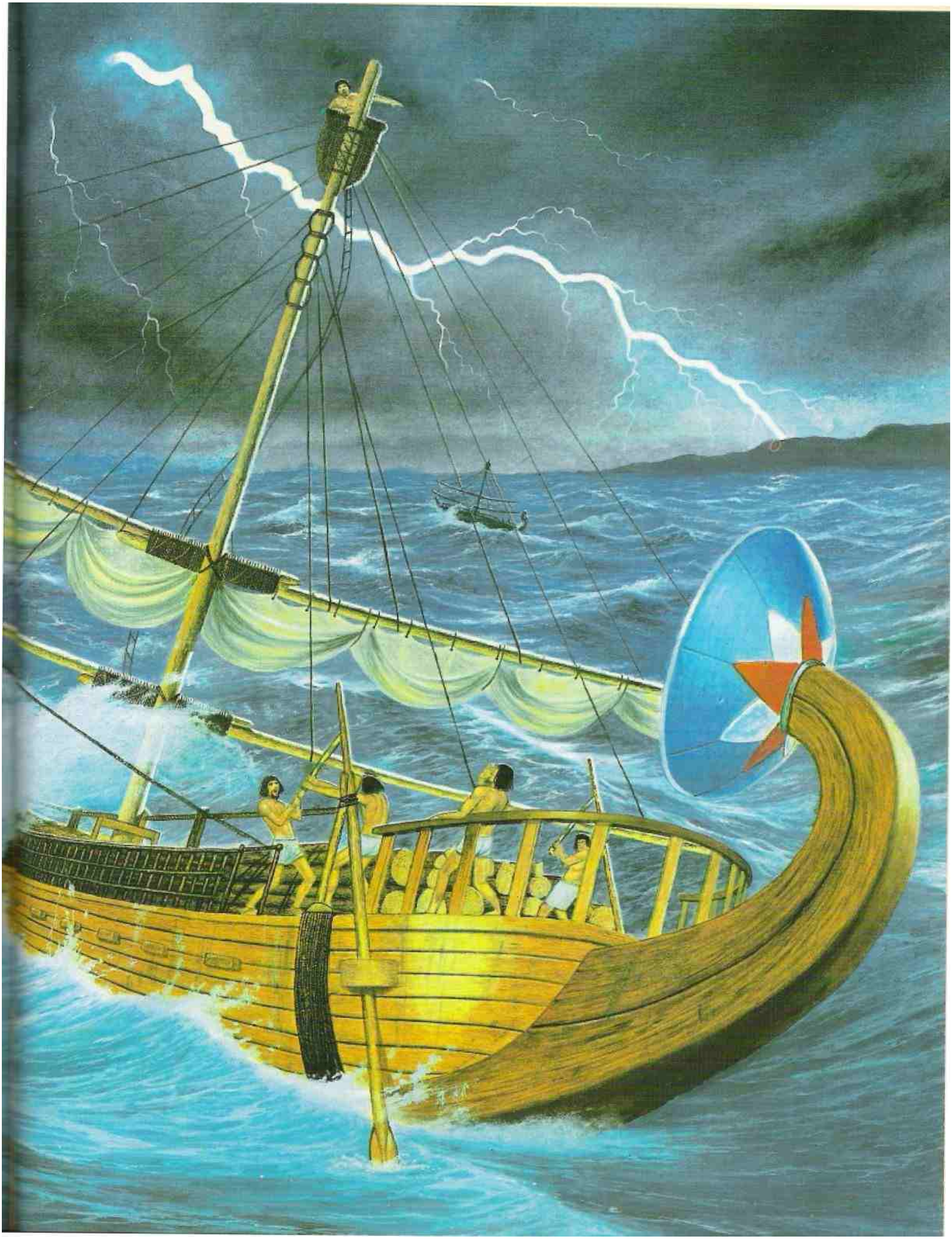
Tjekerbaal estaba obviamente más interesado en comerciar con bienes egipcios que en bendiciones divinas. Pero uno de los escribas avanzó hacia ellos para que les dictaran la carta, y así se hizo.

Wenamón instaló su campamento de nuevo y esperó. Varios meses después los mensajeros llegaron con cinco jarras de oro y cinco de plata, vestimentas tejidas del mejor lino, quinientos tapetes, quinientas cuerdas y quinientos cuernos de buey para Tjekerbaal. Además, la princesa Tentamón enviaba nuevas ropas, un saco de lentejas y cinco cestas de pescado seco para Wenamón.

El príncipe estaba encantado y asignó trescientos hombres para que cortaran la madera. Los enormes cedros fueron talados y se dejaron madurar durante todo el invierno. Después les quitaron las ramas, se cortaron y los arrastraron con bueyes hasta la orilla.

En el tercer mes de verano, Tjekerbaal mandó llamar al enviado egipcio. El príncipe





paseaba por los jardines de palacio, protegido por una sombrilla y seguido por cortesanos. Muchos de ellos eran egipcios que habían desertado para vivir en Biblos, que era mucho más rica, y se mofaban de Wenamón. Tjekerbaal dijo:

—Bien, todo está listo para partir ahora mismo, los barcos y la tripulación, aunque el pago fue escaso. He hecho por ti lo que mi padre hizo con los enviados de Khaemwese. Ellos esperaron diecisiete años en Biblos. ¿Te agradaría ver sus sepulturas?

—No será necesario —dijo Wenamón nervioso—. Ellos eran sólo hombres. Yo soy el enviado de un dios. Deberías dejar inscrito en piedra, para que lo pueda ver la Humanidad: «Diste la bienvenida al enviado de Amón, amablemente le ofreciste barcos y madera y le enviaste de vuelta a Egipto para pedirle al dios cincuenta años más de vida.»

—Benditas palabras —dijo Tjekerbaal secamente.

—Cuando llegue a casa —continuó Wenamón—, le diré al dios y a su sumo sacerdote todo lo que has hecho, y ellos te lo recompensarán.

El mensajero de Egipto hizo una reverencia al príncipe de Biblos y se fue hacia el puerto regocijándose al pensar que su difícil misión había llegado a su fin. De pronto se fijó en que el puerto estaba abarrotado de barcos del tjeker. Un capitán que se encontraba en el muelle, al ver a Wenamón comenzó a gritar:

—¡Ese es el hombre que nos robó la plata! ¡Arrestadle, no dejéis que sus barcos naveguen a Egipto!

Wenamón se sentó con la cabeza entre las manos y casi lloró de rabia e impotencia. Uno de los escribas de Tjekerbaal corrió hacia él y le preguntó qué ocurría.

Wenamón miró hacia arriba.

—¿Ves a todos esos pájaros allá arriba? Se alejan de Biblos buscando el clima templado de Egipto. Ellos llegarán allí antes que yo, e incluso es probable que yo no vuelva a ver mi casa. Esos piratas han venido a arrestarme.

El escriba se precipitó a palacio y le dijo al príncipe lo ocurrido. Tjekerbaal estaba realmente enojado. Ahora que había cortado la madera para Wenamón no quería que fracasara el acuerdo en el último minuto.

—Diles que mañana yo mismo les juzgaré —dijo el príncipe.

Secretamente envió un segundo mensaje a Wenamón, aconsejando que no se desesperara. Con el mensaje llegaron dos jarras con el mejor vino, una oveja entera y una preciosa cantante egipcia que normalmente cantaba para el mismo Tjekerbaal.

Wenamón intentó alegrarse. Asó la oveja y compartió el vino con la joven cantante. Después se sentaron juntos a la orilla del mar, la joven tocó el arpa y cantó canciones de amor egipcias. Wenamón contemplaba el oleaje y pensaba con nostalgia en su casa.

Por la mañana, el tjeker expuso su caso contra Wenamón ante el príncipe de Biblos y su corte. Tjekerbaal simulaba escuchar con gran compasión.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres que haga?

—¡Arréstalo! —dijo el capitán—. Y deja que le llevemos a Dor, donde le castigaremos por ladrón.

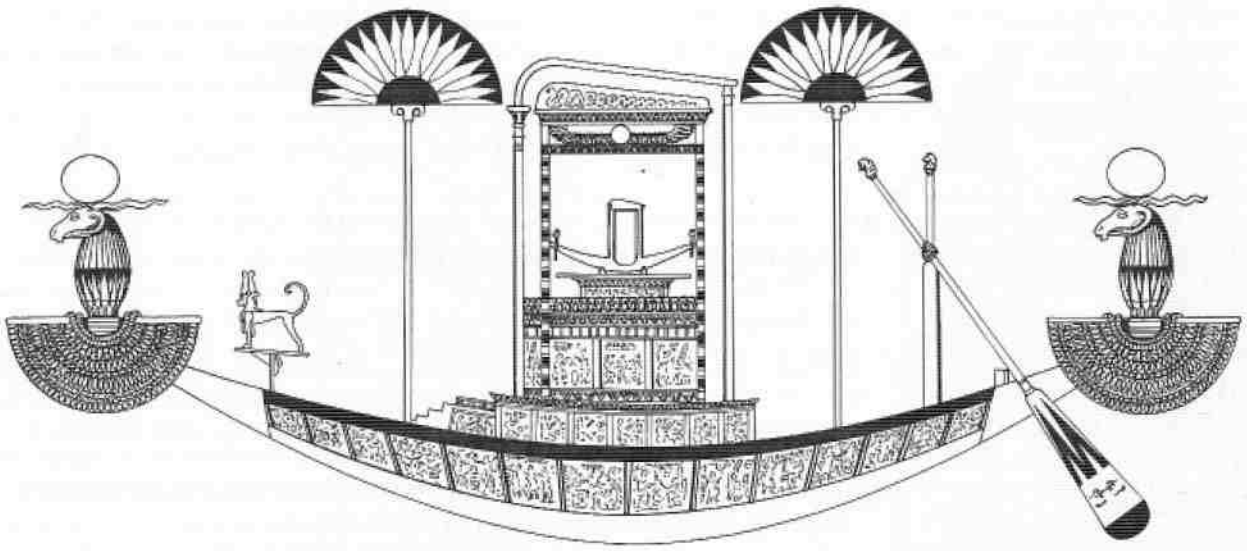
—Si este egipcio fuera tan sólo un hombre, bajo las órdenes de un gobernante terrenal, haría lo que me pides con gran placer, pero ¡ay! —suspiró Tjekerbaal—. Es el enviado del rey de los dioses. Como devoto adorador de Amón, ¿acaso podría cometer el terrible crimen de detener a su mensajero?

El tjeker comenzó a refunfuñar enojado, pero el príncipe continuó:

—Haré lo siguiente: los egipcios se embarcarán en sus naves. Cuando se hayan alejado del puerto de Biblos os liberaré y podréis darle caza. Si le detenéis en mar abierto, yo no seré el responsable, y el dios no podrá culparme.

El príncipe estaba muy satisfecho con su solución, pues, una vez que Wenamón abandonara Biblos con la madera, Smendes no podría exigir que se le devolviera el pago. El tjeker tuvo que contentarse, y Wenamón se dirigió al puerto sin pérdida de tiempo. Reunió el resto de su equipaje y ordenó a los capitanes que fueran lo más rápidamente posible. Los barcos no eran tan ligeros como los del tjeker debido a la sobrecarga, pero Wenamón no había perdido la esperanza, así que se arrodilló en la cubierta del barco y pidió ayuda a Amón del Camino.

Tan pronto como se alejaron del puerto, un fuerte viento les impulsó en dirección a Egipto. Wenamón se apoyó contra el mástil, débil pero optimista. Al cabo de media hora divisaron los barcos del tjeker, pero con semejante viento



tras ellos era improbable que les dieran alcance. Gradualmente, el cielo se fue oscureciendo y el viento se hizo cada vez más fuerte. Al poco tiempo y ante semejante tempestad, los egipcios estaban demasiado ocupados por sobrevivir como para preocuparse del tjeker.

El vendaval se prolongó durante toda la noche, pero al amanecer divisaron tierra, y los fatigados capitanes pusieron rumbo al puerto más cercano. El tjeker había quedado muy atrás, pero Wenamón pronto tuvo un nuevo motivo de preocupación. Sus capitanes le aseguraron que habían llegado a la isla de Alasiya, reino de la princesa Hatiba, donde los habitantes distaban mucho de ser amigables. Cuando llegaron al puerto, se vieron rodeados por una iracunda multitud, de los cuales algunos iban armados con espadas y arcos.

Temeroso de los habitantes de aquella ciudad, Wenamón decidió ir en busca de las autoridades. Rodeado por seis de sus hombres más corpulentos, Wenamón bajó de la pasarela hacia la hostil multitud. Al principio, sólo fueron atacados con un torrente de palabras y gritos ininteligibles, pero después alguien les arrojó una piedra. Cuando Wenamón alzó una mano para protegerse, la masa de gente identificó el gesto como amenaza y se dispusieron a atacar.

En ese momento, la princesa Hatiba salió de una casa cercana para ver qué ocurría. Wenamón se arrojó a sus pies y dijo desesperado:

—¿Hay alguien que entienda el egipcio?

—Yo lo entiendo —dijo uno de los acompañantes de Hatiba—. ¿Quién eres?

—Dile a tu señora que soy Wenamón, enviado del gran dios Amón. Vengo de Tebas, la ciudad santa de Amón, e incluso allí habíamos oído que la justicia reina en Alasiya. ¿Pero es justo atacar a alguien que se ha dirigido a tu puerto buscando refugio? Las tripulaciones de mis barcos pertenecen al gran príncipe de Biblos, y si algo les ocurriera se enojaría y se vengaría.

Cuando todo esto se le hubo traducido a la princesa, ordenó a sus gentes que bajaran las armas y les reprendió por atacar a inocentes desconocidos. La princesa sonrió al enviado egipcio y le habló en su propia lengua.

—Mi señora os invita a pasar la noche en su palacio —dijo el intérprete.

Y Wenamón aceptó agradecido.

Durante dos noches y dos días Wenamón y sus hombres disfrutaron de la hospitalidad de Hatiba. Ella le propuso alargar su estancia en la isla, pero Wenamón temía que el tjeker le encontrara, así que abandonó Alasiya al quinto día, cargado de ofrendas para Amón. Los capitanes tomaron diferentes rutas, pero Wenamón siempre miraba nervioso el horizonte pensando que era seguido por el tjeker. No se sintió seguro hasta que llegaron a la costa de Egipto y la madera fue descargada e introducida en barcazas para el largo viaje a través del Nilo.

Wenamón llamó a Tanis para que agradeciera a Smendes y Tentamón los bienes que habían enviado a Biblos. Luego reunió las barcas, y un mes después estaba en Tebas. Toda la ciudad se regocijó al ver llegar la madera. Se construyó una espléndida barca para la imagen de Amón-Ra, y el alto sacerdote premió a Wenamón y dio gracias a los dioses por haberle ayudado a regresar a su tierra natal.

Egipto en decadencia

A pesar del grandioso esplendor del reinado de Ramsés II, el poder de Egipto estaba ya en decadencia. A finales del segundo milenio antes de C. se produjo una gran confusión en el Cercano Este; los viejos imperios se fueron derrumbando y se formaron nuevos países, como Israel.

Al principio, esta confusión parecía ajena a Egipto, pero los sucesores de Ramsés II pronto tuvieron que defender sus fronteras de enemigos extranjeros. Las tribus de Libia intentaron emplazarse en el Delta, atacadas por el Oeste y por el Norte, por invasiones de las misteriosas gentes del mar que habían barrido ya el imperio hitita. En el reinado de Ramsés III (1194-1163 a. C.), las Gentes del Mar fueron derrotadas en dos grandes batallas, una por tierra y otra por mar. Egipto se salvó, pero la mayor parte de su imperio y su prosperidad había desaparecido. La historia de *El viaje de Wenamón* nos muestra cómo el prestigio de Egipto se había hundido en el siglo XI a. C.

A Ramsés III le sucedió una serie de faraones incompetentes que consiguieron que en el gobierno reinara la ineficacia y la corrupción. Los artesanos de Deir el-Medina se declararon en huelga varias veces, pues no se les pagaban sus salarios; aún fue mayor escándalo el hecho de que las autoridades de Tebas pasaran por alto los robos a las antiguas tumbas reales. Nubia se separó de Egipto, y los jefes del ejército y el sacerdocio se hicieron cada vez más y más poderosos y fundaron sus propias dinastías.

Tras el linaje de Ramsés, una nueva dinastía, la Vigesimoprimera (1070-945 a. C.), gobernó desde la ciudad de Tanis, en el Delta, pero la unidad de Egipto fue debilitándose. La siguiente dinastía provenía de Libia y, al poco tiempo, se dividió en dos ramas rivales.

Alrededor del siglo VIII a. C., Egipto estaba dividido en seis gobiernos, y cada uno de sus gobernantes pretendía ser rey. Estos reyes fueron todos derrotados en el año 730 a. C. por Piye de Napata, que gobernaba Nubia. Aunque Nubia había sido independiente desde hacía siglos, los reyes de Napata eran más egipcios que los egipcios. Adoraban a Amón y se hacían enterrar en pirámides, aunque esta costumbre se había extinguido en Egipto hacía mil años. Los descendientes del rey Piye se reunieron en Egipto y gobernaron formando la Vigesimoquinta Dinastía (712-657 a. C.). El último de estos reyes, procedente de Nubia, fue conducido a Napata por una invasión asiria.

Desde su capital de Nínive, los asirios habían conquistado un enorme imperio y se hicieron famosos por la crueldad que imperaba en su gobierno. La invasión fue un terrible golpe para el orgullo de Egipto, pero los asirios no tuvieron tropas suficientes para someter a Egipto por completo. Se vieron forzados a gobernar a través de vasallos egipcios, que se suponía ofrecían tributo al rey de Asiria. Uno de estos vasallos, Psamético de Sais, hizo la revolución contra los asirios y reclamó el reinado de todo Egipto. El y su dinastía, la Vigesimoquinta, gobernaron desde el año 664 al 525 a. C.

La Vigesimosexta Dinastía fue una época de paz y prosperidad para Egipto. La única amenaza partió del rey Nabucodonosor de Babilonia, que conquistó Jerusalén y llevó a los judíos al exilio, pero todos sus ataques contra Egipto fueron vencidos. A finales del siglo VI, Persia reemplazó a Asiria y Babilonia como el mayor poder del Cercano Este y, en el año 525 a. C., el rey persa, Cambises, invadió Egipto triunfalmente.

Durante el siglo IV a. C., los líderes egipcios lucharon por llevar a su país de nuevo a la independencia. Durante algún tiempo tuvieron éxito, pero más tarde los persas reconquistaron Egipto y gobernaron más opresivamente que nunca. Después, el propio imperio persa sucumbió bajo el ataque del joven rey de Macedonia, Alejandro Magno. En el año 332 a. C., Alejandro arrojó a los persas de Egipto y fue llamado por sus nuevos súbditos *«Hijo de Amón»*.

Cuando Alejandro murió en el año 323 a. C., su cuerpo fue enterrado en Egipto, primero en Menfis, y más tarde en una espléndida tumba en la nueva ciudad de Alejandría. Su gran imperio se dividió entre sus generales y Egipto correspondió al general Tolomeo, cuyos descendientes gobernaron el país durante los siguientes doscientos cincuenta años. Alejandría, con su famosa biblioteca, llegó a ser el centro de Grecia en cuanto a aprendizaje, legislación y acuñación de monedas, pero a los egipcios se les permitió la construcción de templos para sus dioses. Esto actuó como reducto de su ancestral cultura.

La familia de Tolomeo era cruel y pendenciera, y las mujeres llegaron a ser tan despiadadas como los hombres. La más famosa de la familia de Tolomeo, la reina Cleopatra VII, había asesinado a su hermana mayor, y luchó contra su hermano menor cuando Julio César llegó a Egipto en el año 48 a. C. Para salvar su trono durante la revolución, el padre de Cleopatra puso Egipto bajo la protección romana, y Roma sólo esperó una oportunidad para convertir el país en una parte más de su reciente imperio.

Cleopatra mantuvo la independencia de Egipto, ganándose la simpatía de César, del que tuvo su único hijo. Cuando Julio César fue asesinado, su poder se dividió entre su amigo Marco Antonio y su sobrino Octavio. Marco Antonio se hizo cargo del este del imperio, y una de sus principales tareas fue pedir el homenaje de Egipto. No obstante, cuando llegó Cleopatra, el general romano quedó deslumbrado. Marco Antonio y Cleopatra pronto gobernaron juntos desde Alejandría, sin importarles en absoluto la desaprobación de Roma; pero cuando llegó el inevitable desacuerdo con Octavio fueron derrotados. Antes de verse forzados a pasear encadenados por las calles de Roma, ambos, Marco Antonio y Cleopatra, se quitaron la vida.

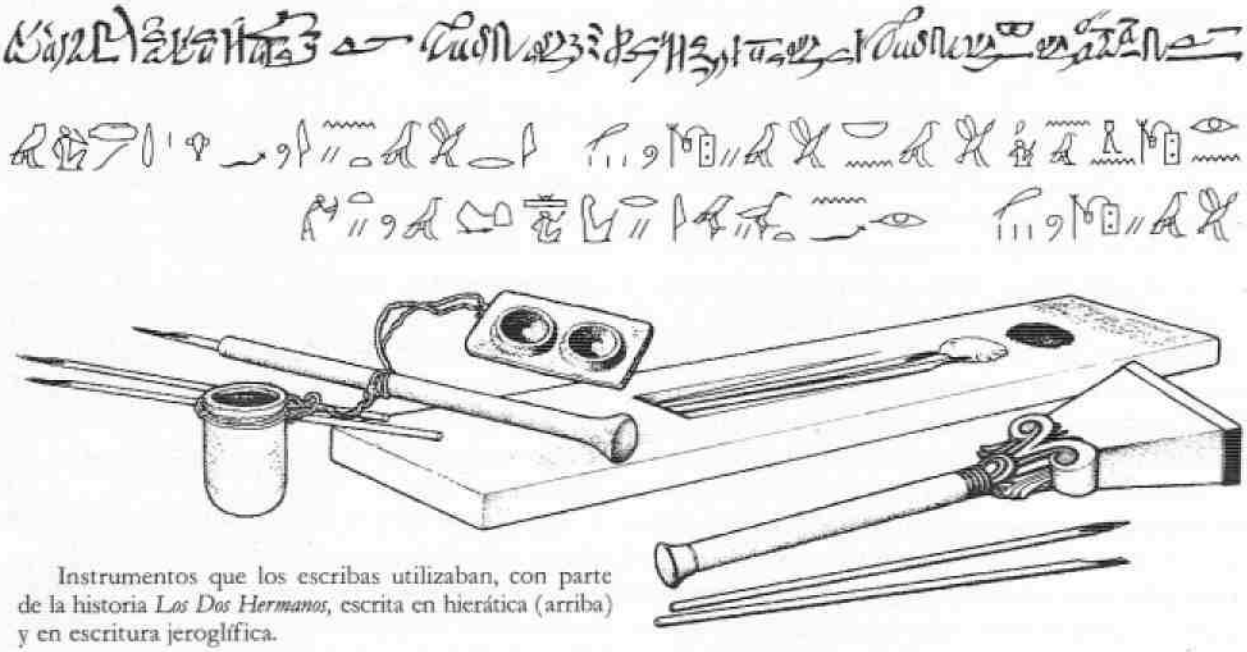
En el año 30 a. C. Egipto era sólo una provincia del imperio romano. Como lo habían sido los griegos antes, los nuevos conquistadores estaban fascinados con la cultura egipcia. Una religión que prometía una feliz vida futura tuvo gran aceptación entre los romanos, y el culto a Isis y Osiris se extendió a través del imperio. Así, por ejemplo, se construyó un templo a Isis en Inglaterra, en la ciudad romana de Londinium. No fue el gobierno de Roma, sino el Cristianismo el que destruiría la antigua cultura egipcia. Cuando el Cristianismo se hizo la religión oficial del Imperio Romano, los templos egipcios fueron obligados a cerrarse. Las ancestrales tumbas pasaron a ser los hogares de los ermitaños cristianos, las imágenes de los viejos dioses fueron mutiladas y el significado de la escritura jeroglífica olvidado. Los egipcios deliberadamente fueron desviados de su pasado.

En el siglo XII a. C. Egipto fue invadido por los árabes y llegó a ser el centro de la civilización islámica, pero aún permanecía la gran comunidad cristiana. La lengua de esta comunidad era el copto, mezcla de griego y egipcio. Aún se utiliza en los servicios eclesiásticos y nos proporciona el último enlace con la cultura del Antiguo Egipto.

La escritura en el Antiguo Egipto

La escritura se utilizó por primera vez en Egipto alrededor del año 3000 a. C. Desde esa época en adelante, el país fue gobernado por personas que se especializaron como escribas y podían leer y escribir la lengua egipcia. Para escribir se utilizaban cañas, y todos los escribas llevaban una paleta con tinta roja y negra endurecida, una jarra con agua y una herramienta para alisar el papel. El papel egipcio estaba fabricado del tallo del papiro. Era un material muy costoso, así pues los toscos trabajos o los ejercicios escolares se escribían en láminas de piedra caliza o en tiestos (pieza de cerámica rota) por sustitución.

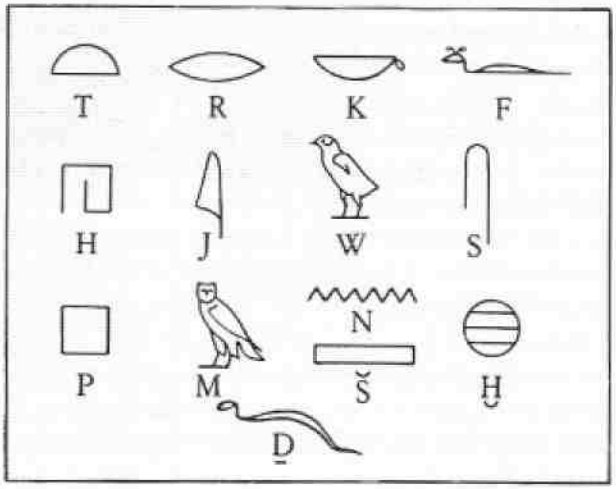
La historia egipcia estuvo representada por dos principales tipos de escritura: jeroglífica y hierática. La bonita escritura jeroglífica con sus detallados dibujos de hombres, objetos y animales era esculpida o pintada en estatuas, tumbas o templos y en muy raras ocasiones en papiro. Ambas escrituras solían representarse de derecha a izquierda, sin separaciones entre palabras o frases y sin signos de puntuación.



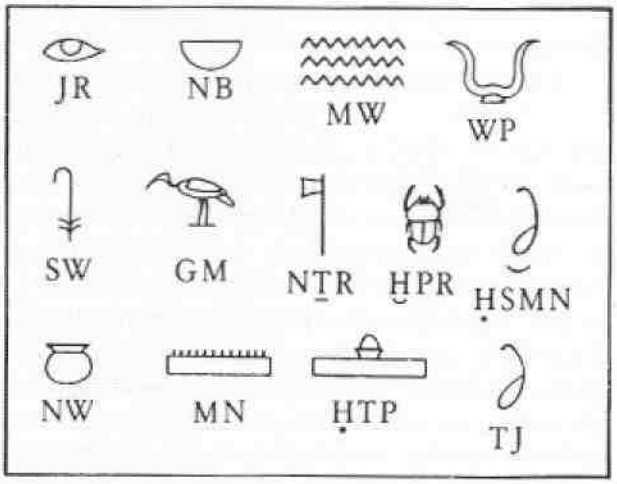
Instrumentos que los escribas utilizaban, con parte de la historia *Los Dos Hermanos,* escrita en hierática (arriba) y en escritura jeroglífica.

ESCRITURA JEROGLIFICA

En ocasiones a la escritura jeroglífica se le llama «escritura pintada», pero esto no es correcto. Los setecientos jeroglíficos que generalmente se utilizaban se pueden dividir en dos tipos de signos: fonogramas y semiogramas. Los fonogramas representan sonidos y los semiogramas comunican el significado de todas las palabras. Los fonogramas más comunes eran veinticuatro signos, de los cuales representan una sola consonante o semi vocal:



Otros signos representaban una combinación entre dos y cuatro sonidos:



Como en muchas lenguas orientales, las vocales no se escribían. Lo cual hace muy difícil decidir cómo se pronunciaba o escribía una palabra completa en antiguo egipcio. Los estudiosos seguían sistemas para deletrear la misma palabra de varias formas; así el Dios de Tebas puede ser escrito como Amón, Amún o Amén.

Para complicarlo más aún, los primeros egiptólogos frecuentemente utilizaban versiones de palabras egipcias tomadas de la antigua Grecia y nombres griegos para nombrar la mayoría de las ciudades egipcias. Nombres tales como Thot o Hermópolis, eran preferidos en lugar de los egipcios.

A los fonogramas se unen dos tipos de semiogramas, logogramas y taxogramas. Los logogramas indican el significado de una palabra completa mediante un apropiado dibujo:

para escribir «toro»

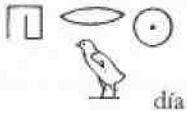
para escribir «escriba»

Los taxogramas se escribían al final de una palabra y representaban el área general del significado al que pertenece la palabra. Los verbos de movimiento como *andar* o *ir* terminaban con un par de piernas:

ir

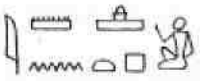
andar

Las palabras que tenían que ver con la luz frecuentemente terminaban con un dibujo de un disco o del sol.


día

resplandor

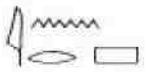
Los nombres propios finalizaban con un hombre o una mujer sentados.


Amenhotep

Tentamón

La mayoría de las palabras egipcias están hechas con la combinación de fonogramas y taxogramas.

rm (pescado) se escribía con el signo *r* y el signo *m* y el dibujo de un pez.


jnr (piedra) se escribe con los signos *j*, *n* y *r* y un bloque de piedra.

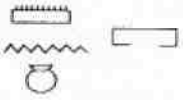
En algunas palabras, un sonido es expresado dos veces con diferentes tipos de fonogramas.

hnw (alabanza o alegría) escrito con un signo *h*, un signo *n*, un signo *nw*, un signo *w* y un taxograma de un hombre arrodillado golpeando su pecho. Se debería leer como *hnw*, no como hnnww, ya que el signo *n* y el signo *w* refuerzan el significado del signo *nw*.

Para complicar las cosas aún más, algunos signos pueden actuar como fonogramas, logogramas y taxogramas.

En algunas palabras se deletrea *pr*.

Pero, como este signo es el pleno significado de una casa, se puede utilizar sólo como logograma para escribir casa.


También se puede utilizar como un taxograma en palabras que tengan que ver con edificios como *mnw* (fortaleza).

Esto, unido al hábito egipcio de readaptar los signos para hacer que la palabra parezca más bonita, puede hacer que un texto antiguo egipcio sea muy difícil de descifrar. Las excavaciones en templos y tumbas pueden ser más apasionantes, pero son los eruditos los que se han esforzado en descifrar el lenguaje egipcio, y se puede decir que ellos son los verdaderos héroes de la egiptología.

Símbolos en los mitos egipcios

Al principio de cada capítulo, el artista ha ilustrado algunos de los objetos y símbolos identificados con los sucesos y personajes del relato.

Pág. 11. TIERRA ROJA, TIERRA NEGRA.—Imágenes típicas del Antiguo Egipto. En la parte de arriba, las pirámides de Gizeh, combinadas con la Mitra Blanca y el Gorro Rojo, símbolos de las Dos Tierras, y una legendaria comunidad egipcia; estuche exterior de un ataúd que contiene una momia; pueblo de los artesanos de Deir el-Medina; río Nilo.

Pág. 21. LOS NUEVE DIOSES.—Arriba, representación de Nut, diosa del cielo, y abajo, el dios de la tierra, Geb. La figura central es Ra-Atum; el tablero y las piezas pertenecen a la versión egipcia del juego de damas. Los pájaros son ibis, las aves sagradas de Thot.

Pág. 24. EL NOMBRE SECRETO DE RA.—El dios Sol, Ra, aparece dibujado al estilo egipcio, con un escarabajo en el lugar de la cabeza. La serpiente mágica está amenazando a Ra y convirtiéndose en polvo después de atacarle.

Pág. 26. EL OJO DEL SOL.—Arriba, el sol cubierto simboliza la decadencia de Egipto. Hathor en forma de gato salvaje aparece representando escenas de algunas de las fábulas de Thot. Abajo, Thot en forma de mandril.

Pág. 34. LA IRA DE RA.—El dios Sol lanza sus rayos hacia Egipto, que luce primero próspero y luego vacío de habitantes humanos; Nut en forma de vaca, lleva el disco del sol, una serpiente y doble plumaje entre sus cuernos. Abajo, Hathor en forma de leona.

Pág. 36. EL ASESINATO DE OSIRIS.—Al fondo, el Nilo desembocando en el mar. Isis en forma de golondrina alrededor del árbol que escondía el cuerpo de Osiris. Abajo, el pequeño Horus en los pantanos.

Pág. 41. EL CONFLICTO DE HORUS Y SETH.—Horus con cabeza de halcón llevando la Mitra Blanca; encima, la barca de pino que utilizaba Seth; abajo, los dos dioses luchando bajo las aguas en forma de hipopótamos.

Pág. 48. EL VIAJE DEL ALMA.—En el centro, una momia rodeada por su *ka*. Encima, el *ba* o alma en forma de garza real. Detrás, puerta del Mundo Subterráneo; abajo, asno engullendo serpientes y fuego, que simbolizan las rigurosas pruebas por las que ha de pasar el *ba*. En la base, una vasija que contiene el líquido utilizado para embalsamar, en forma de loto, símbolo de la resurrección.

Pág. 51. LOS SIETE AÑOS DE HAMBRE.—El dios Khnum, con cabeza de carnero, liberando a Egipto de la sequía producida por la ausencia de inundaciones periódicas del Nilo.

Pág. 53. EL REY KHUFU Y LOS MAGOS.—Arriba, los cocodrilos de cera cobrando vida. En el centro, una de las mujeres que remaban en el barco de Sneferu y su amuleto de turquesa en forma de pez, que se le cayó al río en un momento de descuido. Abajo, ganso, pato y buey, cuyas cabezas fueron unidas a sus respectivos cuerpos por el mago Djedi.

Pág. 60. EL CAMPESINO ELOCUENTE.—Escenas de la vida cotidiana basadas en pinturas murales de época: mujer y niño recolectando grano; fabricación de pan y cerveza; campesino con un burro cargado; escriba con papiros e instrumentos para la escritura. En el centro, el campesino expone su querella contra el oficial corrupto.

Pág. 64. EL MARINERO NÁUFRAGO.—La gigantesca serpiente aparece ante el marinero; frutas de la misteriosa isla. Abajo, hoguera.

Pág. 69. LA CONQUISTA DE JOPPA.—Carros de guerra egipcios y armas (cimitarra de bronce y bola pesada utilizada para desnucar). Abajo, estilizados dibujos de ciudad amurallada; símbolos de campamento, y soldados cargando una cesta.

Pág. 71. EL PRÍNCIPE CONDENADO.—El príncipe y sus destinos: el cocodrilo, la serpiente y el perro con el demonio del lago y la torre donde la princesa se encuentra encerrada.

Pág. 77. LOS DOS HERMANOS.—Mujeres de ambos hermanos, enmarcadas por estilizados corazones. Arriba, el cedro; abajo, el laurel. Entre ambas figuras hay dos sarcófagos, simbolizando las muertes de las dos infieles mujeres.

Pág. 84. LA CEGUERA DE VERDAD.—Mentira (arriba) divirtiéndose con la desgracia de Verdad. Abajo, Verdad es descubierto por las sirvientas de Deseo, y más tarde permanecerá sentado y desesperado en su puerta. Abajo, Verdad consigue que finalmente se haga justicia.

Pág. 86. EL FARAÓN SOL.—Arriba, Akhenaton con la doble corona. Abajo, el busto de Nefertiti de el-Amarna. En el centro, el Aton (disco del sol) con rayos que terminan en unas manos que sujetan el símbolo de la vida.

Pág. 88. LA PRINCESA DE BAKHTAN.—El dios Khons provisto del cayado y el mayal, llevando la trenza que simboliza la infancia y el disco que representa la luna llena.

Pág. 92. EL LIBRO DE THOT.—El príncipe y su hermano llegando al interior de la tumba.

Pág. 103. EL JOVEN MAGO.—Osiris con su corona de plumas está sentado bajo un toldo dorado con una flor de loto; Anubis con cabeza de chacal, y Thot con cabeza de ibis, ante él. En el centro, la balanza con el corazón de un muerto y las plumas de Verdad y la bestia que espera para devorar al condenado. Abajo, padre e hijo caen en el Mundo Subterráneo sin ser vistos por los demonios guardianes.

Pág. 108. LA CARTA SELLADA.—El cacique de Nubia con el papiro sellado. Arriba, la madre del hechicero en forma de ganso. Abajo, el hechicero regresa a Egipto para vengarse.

Pág. 114. EL LADRÓN INGENIOSO.—Manos de ladrón que roban típicas joyas egipcias de oro y plata. Abajo, estilizada cámara del tesoro y un odre que vierte vino sobre la escultura de una cabeza cortada. Abajo, una trampa de cepo.

Pág. 117. EL VIAJE DE WENAMÓN.—Los barcos de Wenamón en plena tormenta; abajo, los majestuosos cedros del Líbano.

Pág. 126. EGIPTO EN DECADENCIA.—Desmoronamiento de la realeza egipcia, representada por una estatua de Zoser. En las monedas, Alejandro Magno y Tolomeo I. En el centro, Cleopatra VII, Julio César y Marco Antonio. Abajo, sobre el fondo de la silueta de la pirámide escalonada de Zoser, las influencias del Cristianismo y el Islam, simbolizadas por la cruz y la mano. Los dedos representan los cinco pilares del Islam, y la inscripción del brazo dice: «Dios es grande».

Indice analítico

Los números en cursiva se refieren a las ilustraciones en color.

Abu 35
Abu Simbel 88
Ahwere 93-102, *95*
Akenaton, faraón *86*, 86-87
Akhet Aton 86, 87
Alasiya 125
Alejandro Magno 127
Alejandría 127
Amón 18, 20, 68, 85, 87, 89, 109, 110, 117, 119, 120, 121, 124, 125, 126, 127.
Amón-Ra, *ver* Amón
Amonet 20
Amenhotep I, rey 68
  II 68
  III 86
  IV, *ver* Akenaton
Anatolia 88
Anhurerau, príncipe *92*, 92, 93, 97
Anpu 77-83, *77*
Anubis 25, 49, 50, *103*, 105, *106-107*, 130
Anukis 25, 51, 52
Apohis 48
Apofis, rey 66
Asiria 126, 127
Aton 86, 87
Atenais, reina 37, 38
Avaris 66, 68
Ay, visir 87

Baba 44
Babilonia 127
Bakhtan 88, 90
  príncipe y princesa de 88, 90
Banebdjed 44
Barca de los Millones de Años, 22, 25, 40, 44, 48, 50
Boca, Ceremonia de abrir la 49
Bata 77-83, *77*
Baufre, príncipe 56-57
Beder 120
Bentresh, princesa 89, 90, *90-91*
Bes 17
Biblos 37, 38, 117, 120, 121, 122,125
  príncipe de, *ver* Tjerkerbaal
  reina de, *ver* Atenais
Boca, Ceremonia de abrir la 40

Cacareador, El Gran 20
Cairo, Museo del 11
Cambises, rey 127
Campo de los Benditos 115
Campo de los Juncos 36, 50
Campo de la Paz 36
Caos, aguas del, 18, *18-19*, 20
Caos, serpientes del 14, 18, 20, 33, 36, 48
Carter, Howard 11
César, Julio 127, 130
Champolion, Jean 11
Chemmis, pantanos de 38, 39, 40
Ciudad de los Muertos (Necrópolis), 49, 92, 93, 102, 104, 117
Cleopatra VII, reina 127, 130
Cocodrilos de cuatro colas 50
Copta, religión 127
Coptos 84, 85, 93, 96, 97, 98, 102
Cuarenta y Dos Jueces, Los 105

Deir el-Medina 16, 17, 126
Delta del Nilo 12, 66, 69, 85, 88, 126
Deseo 84-85
Devorador, El *103*, 105
Djadja-emankh *54-55*, 56-57
Djedi 57-58
Djed-Sneferu 57
Djehutyemheb 89
Djhuty, general 69, 70
Dor 117, 120

Egipto, Fundación de la Exploración de 11
Egipto, Servicio de Antigüedades de 11
el-Amarna 86
el-Kab 33
Elefantina 51, 52
Embriaguez, diosa de la, *ver* Hathor
Enéada, La 22, 25, 41, 44, 45, 46, 47, 81, 84, 85
Escritura jeroglífica 128-129
Escritura hierática 128-129
Este, montañas del 85
Etiopía 51

Geb 21, *21*, 22, *22-23*, 25, 34, 36
Gizeh 13, 15, 16, 53, 68
Guardián de las Puertas 105

Hardjedef, príncipe 57-58
Harmachis 68
Haroeris 21
Hathor 13, 17, 20, *26*, 26-33, *28*, 30-31, 34, *34*, 35, 36, 44, 46, 48, 71, 72, 73, 83, 117
Hatiba, princesa 125
Heh 20, 36
Hehet 20
Heket 25, 58, 59
Heliópolis18, 20, 33, 35, 50, 58
Heracleópolis 61
Herihor, sumo sacerdote 117
Hermópolis 18, 50, 110
Heródoto 114
Hicsos 66, 88
Hititas 88, 126
Horemheb, general 87
Horus 17, 24, *36*, 38, 39, 40, *41*, 41-47, 48, 49, 69, 102
Huevo Primitivo 20

Imhotep 14, 51-52
Imperio Antiguo 12, 16, 48, 52, 60, 64
Imperio Medio 12, 64, 66
Imperio Nuevo 12, 16, 17, 48, 50, 68
Isis 21, 24-25, 36-40, 44, 45, *45*, 46, 47, 58, 59, 96, 102, 103, 105, 110, 127
Islam 127
Israel 126

Jaffa, *ver* Joppa
Jafra, príncipe heredero 53-57
Jartum 51
Jerusalén 127
Joppa 69, 70
José 66
Judíos 127

Kadesh 88
Kal 85
Karnak 68, 86, 87
Kek 20
Keket 20
Khaemwese, Setna, príncipe *92*, 92-102, *94-95*, *101*, 103-106, 108-113
Khaemwese, visir 122
Khedive 11
Khepri 25, 68, *ver* Ra
Kheraha 50
Khnum 13, 22, 25, 51, *51*, 52, 58, 59, 81
Khons 68, 88, *88*, 89, 90
Khor, tierra de 72
  príncipe de 72, 76
Khufu, rey 13, 53-59, *54-55*
Khunanup *60*, 60-62, *62-63*
Koptos, *ver* Coptos

Lago del Alba 50
Líbano 117, 121
Libia 126
Libro de los Muertos 49, 50
Libro de la Vaca Divina 34
Londinium 127
Loto primitivo 18, 19, 20

Maat 12, 50
Macedonia 127
Marco Antonio 127, 130
Mariette, Auguste 11
Mediterráneo, mar 12
Mehusekhe, princesa 103, 104, 108, 113
Mendes 41
Menes 12
Menfis 12, 13, 18, 20, 33, 53, 59, 68, 86, 92, 98, 102, 104, 105, 108, 112, 113, 127
Mengebet 117, 120
Mentira 84-85, *84*
Mernebptah, rey 97
Meroe, toro de 109, 112
Meskhenet 25, 58, 59
Min 25
Montículo primitivo 20
Montuhotpe, rey 64
Mrib 93, *95*, 96, 97, 98, 102
Mut 33, 68

Nabucodonosor, rey 127
Naharin 72-76, 88
  rey de 72-76
  princesa de 72-76, *74-75*
Napata 126
Napoleón, emperador 11
Naunet 20
Nebka, rey 53, 56
Nebkaure, rey 60, 61
Neferkaptah, príncipe 92-102, *94-95*, *96-97*
Nefertiti, reina *86*, 86-87
Neferure, *ver* princesa de Bakhtan
Neith 25, 44, 47
Nekhbet 12, 25
Nemti 44, 45, *45*, 46
Nemtinakht 60-62, *62-63*
Nephtis 21, 25, 38, 40, 58, 59, 105
Nilo, río 12, 20, 22, 25, 27, 37, 46, 47, 49, 51-52, 57, 60-62, 81, 85, 89, 97, 104, 117, 125
Nínive 127
Noche, sol de 48, 50
Nomes 52, 60
Nubia 26, 52, 64, 66, 68, 85, 86, 101, 102-113, 126
Nun 18, 20, 28, 34, 35, 36, 52
Nut 21, *21*, 22, *22-23*, 25, 34, 35, 36, 38, 47

Octavio (Augusto), emperador 127
Oeste, montañas del 46, 85
Oeste, Bello 38, 47, 48-50

Ogdóada 20, 34
Ojo del Sol, ver Hathor
Onuris 25
Osiris 17, 18, 21, 22, 25, 36-40, 41, 44, 48-50, 103, *103*, 104, 105-106, 109, 113, 127

Palestina 11, 66, 68, 86, 87, 88, 117
Perfefi 60
Persia 127
Petrie WMF 11
Pirámide, La Gran 16, *17*, 53, 68
Pirámide, textos de la 16, 18
Piye de Napata, rey 126
Primer Período Intermedio 60
Psamético de Sais 127
Ptah 18, 25, 53, 92, 98, 100, 104
Punt, señor de 65

Qurna 11

Ra 18, 20, 21, *21*, 22, *24*, 24-25, 26, 27-29, 33, *34*, 34-35, 36, 38, 40, 41, 44, 45, 46, 48, 58, 59, 68, 69, 73, 76, 80, 81, 87, 88, 97, 98, 109
Ra-Atum, *ver* Ra
Ra Horakhkty, *ver* Ra
Ramesseum 88
Ramsés (el Grande)
  faraón 12, 88, 89, 92, 100, 102, 108, 109, *113*, 126
  III (Rhampsinitus), faraón 114-116, 126
  visir 87
Rawosre 58-59
Reddedet 58-59, 60
Reino de los Muertos 62, 93, 104-105, 113
Renenutet 25
Rensi 61, 62
Reyes, valle de los 11, 12, 87
Rhampsinitus, faraón, *ver* Ramsés
Rojo, Mar 64
Rosetta, piedra 11
Rostau 50

Sa-Neheset 109, 112, 113
Sa-Osiris, príncipe *103*, 103-105, 109-113
Sa-Paneshe 112, 113, *ver también* Sa-Osiris
Sakhbu, señor de, *ver* Ra
Sala de las Dos Verdades 50
Saris 25, 51, 52
Sed, festival 13
Sekhmet 25, 70
Selkis 25, 40
Seshat 25
Seth 21, 25, 36-40, 41-47, *47*, 48
Seti I, rey 87, 88
Setna, *ver* Khaemwese, príncipe
Shu 20, 21, 22, 25, 28, 34, 35, 36, 41, 44
Siamun 109-113
Siete Hathors, Las 21, 71, 72, 73, 83
Siria 68, 69, 86, 87, 117, 120, 121
Smendes, príncipe 117, 120, 121, 122, 124, 125
Smenkhara, faraón 87
Sneferu, rey 56, 57
Sobek 25
Sudán 51
Sun, faraón, *ver* Akenaton

Tabube 100, *101*
Tanis 117, 125, 126
Taweret 13, 17, 25
Tebas 16, 33, 64, 66, 69, 86, 87, 88, 89, 90, 117, 126.
Tefen 39
Tefnet 20, 22, 25, 34, *39*
Tentamón, princesa 117, 122, 125
Thot 18, 21, 25, 26, *26*, 26-33, 36, *37*, 39, 40, 44, 46, 47, 48, 50, 52, 57, 58, 62-68, 97, *103*, 105
Thutmosis I, rey 68
  III 68, 69-70
  IV *66-67*, 68
Tiro 120
Tiye, reina 86
Tjeker 117, 120-125
Tjekerbaal, príncipe 117-125
Tolomeo, general 127
Turquía 88
Tutankhamon, faraón (Tutankhaton) 12, 34, 87
Tutankhaton, *ver* Tutankhamon

Uraeus, serpiente 20

Valle del Cedro 80-81
  del Templo 16
Vaca Divina 34-36, *34*, *ver* Nut
Verdad 84, 84-85
  plumas de la 50, 105, *ver también* Maat
Vida, casa de la 52, 104

Wadjet 12, 25
Webaoner 53-56
Wenamón 117, 120-125, 126

Yal, monte 84, 85

Zoser, rey 13, 51, 52